



La espléndida corona de la Virgen de Guadalupe, impuesta á la sagrada imagen el Día de la Raza por el Cardenal Primado, con asistencia del Rey, del Jefe del Gobierno, de varios prelados y de otras ilustres personalidades.  
Se han empleado en la magnífica corona 34.369 piedras preciosas de todas clases; brillantes,

diamantes, rubíes, zafiros, esmeraldas, rosas, perlas, etcétera. Las dos terceras partes de las piedras proceden de donativos y el resto ha sido completado en la orfebrería. Todas están montadas sobre platino y oro, de cuyos metales se han invertido, respectivamente, dos y cuatro kilogramos.

# FIGURAS DE LA RAZA

## DOÑA CONCEPCION ARENAL

### :: El corazón de :: Concepción Arenal

LA personalidad de Concepción Arenal, figura preeminente de la raza, cuya fiesta acabamos de celebrar nuevamente, ha sido muy minuciosamente estudiada. Uno de sus biógrafos, muy distinto, por varios motivos, de todos los demás, Julio Alarcón Meléndez, publicó en la revista *Razón y Fe* interesantes estudios, hechos desde un punto de vista poco general, acerca de la eximia pensadora gallega, y en uno de ellos estudia especialmente, con documentación positiva y real, la más valiosa para conocer una psicología, el corazón de la insigne autora de *Cartas á un señor*. Ese estudio merece ser conocido y divulgado; quizás entre todas las cualidades de la raza que gustamos de exaltar es el corazón la más culminante; por ello tal vez la figura de Concepción Arenal descuella entre las que más culminan...

He aquí cómo era su corazón.

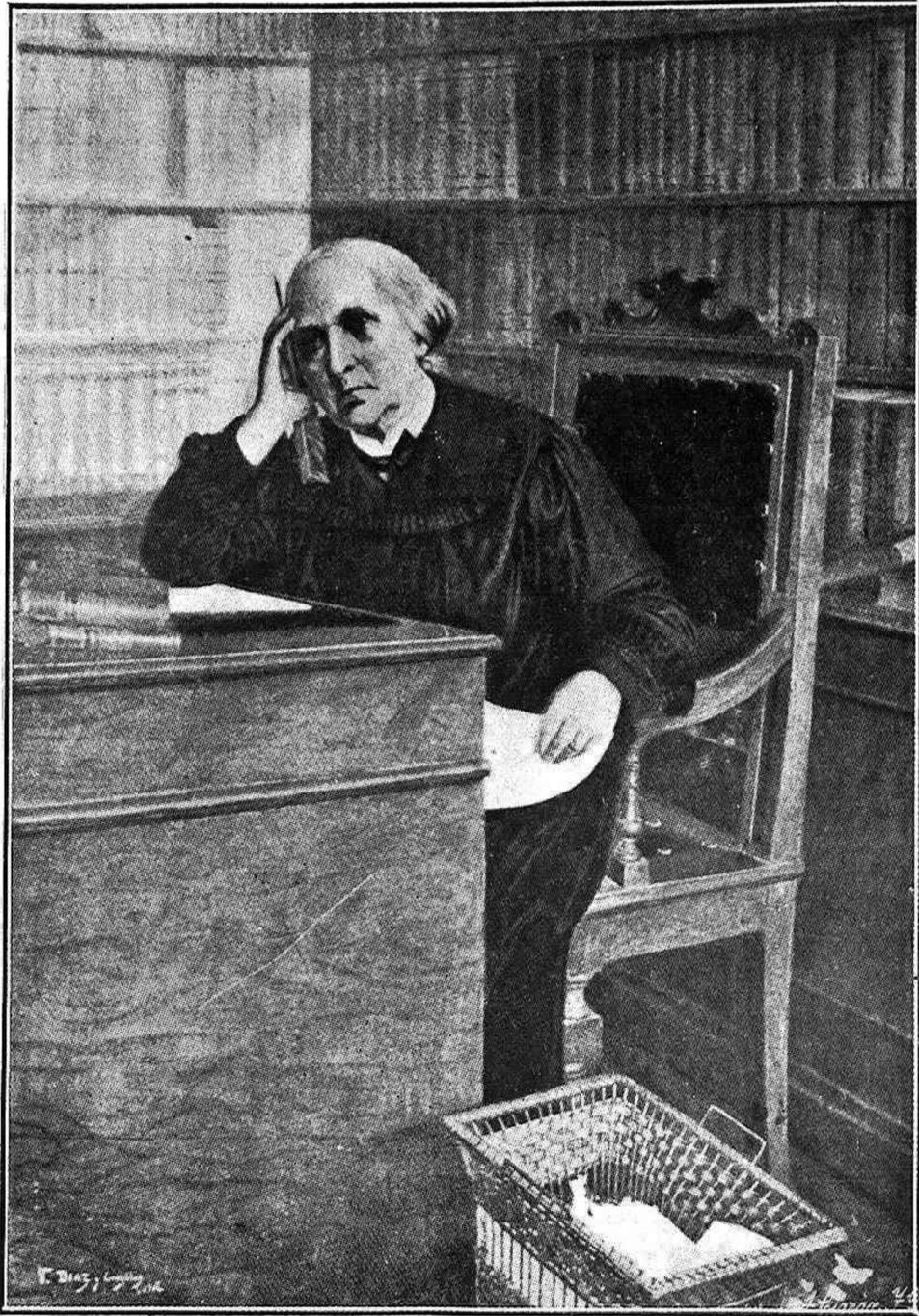
•••••

... Para estudiar su corazón de mujer, y de mujer española, se nos va á permitir el recuerdo de algunas escenas de su vida.

La protagonista, como ya hemos observado en otra ocasión, suele guardar el más riguroso incógnito; pero, á veces, no le vale. ¿Sabéis lo que le inspiró la idea caritativa de que se ofreciera un buen premio al que inventara el mejor y más barato impermeable para resguardar de la lluvia á los pobres? Lo siguiente; oidla:

«Hace algunos años, en una playa de nuestros mares del Norte, se bañaban varias personas, en número de siete. Eran todas de buenos sentimientos; pero tres, en especial, de notable bondad y muy probada, y alguna de tal elevación de ideas, severidad de principios y espíritu de sacrificio, que pudiera citarse como un modelo. La casa de baños donde habitaban todos estaba á corta distancia de la playa; pero había que atravesar una ría, lo cual hacían en un bote conducido por un muchacho como de quince años. Una mañana, estando en el baño, las nubes, amenazadoras hasta entonces, se desataron en lluvia, y era de ver la prisa con que todos se apresuraron á correr al bote, entre risas, exclamaciones y chillidos; porque es de advertir que, además de las personas citadas, había tres niños que hacían mucho ruido. Con las sábanas por capas, parecían á cierta distancia sombras conducidas contra su voluntad á través de la laguna Estigia. Llegados á tierra, corrieron á mudarse, recomendándose mutuamente precauciones para que la mojadura, que fué mayúscula, no tuviera consecuencias, y prodigándose cuidados exquisitos y atenciones exquisitas.

Mudados y bien secos se sentaron á la mesa, comentando el caso, y viendo el recuerdo de sus tristes figuras. ¿Y el pobre Senén? (Así se llamaba el remero). Chorreando estaba su vestido delgado y raído, y, caso de que tuviera otro para sustituirle, vivía muy lejos para poder hacerlo. Por servir á aquellos señores se había mojado, y nadie pensó en que se mudara, en que comiera alguna cosa caliente; nadie se acordó de



DOÑA CONCEPCION ARENAL  
(Retrato pintado por D. Vicente Díaz y González)

él, en fin; recibido el servicio, se prescindió del servidor. El remero, pagado estaba con algunos reales, conforme al ajuste; pero el hombre, el hermano que podía contraer una enfermedad por falta de cuidados, ¿no merecía algunos? ¿Se cumplía con olvido tan completo? La persona que atendió al pobre muchacho no era mejor que los que le descuidaron; no era ni tan buena como algunos de ellos, y si no cayó en la falta que los demás, fué porque tenía costumbre de ocuparse un poco de los males ajenos.»

Esta persona, que no era mejor que las otras, y que con tanta delicadeza da á entender que ejerció entonces más de una obra de misericordia, era Concepción Arenal.

La cual añade esta reflexión:

«Los pobres se mojan mucho cuando llueve; y aunque solemos decir que *esa gente* se acostumbra á todo, no es cierto. Los pobres llegan á la costumbre, que se llama segunda naturaleza, como los soldados á la brecha: dejando en el camino gran número de camaradas.»

Para continuar este estudio de corazón femenino á la española y no feminista, trasladémos ahora al corazón de la Montaña, en donde hallaremos una nueva manifestación de feminismo aceptable.

Ahora Concepción se oculta bajo la inicial de la señora N.

«Una señora visitaba á una pobre mujer cuyo marido tenía una enfermedad muy grave, de

esas en que el enfermo se levanta, habla, come y es sorprendido por la muerte en la hora que menos se piensa. Este hombre trataba á su mujer con una dureza que no conmovía la dulzura de la infeliz, la cual, durante su enfermedad, se entregó al trabajo más penoso y sufría las mayores privaciones para que su marido no careciese de lo necesario. Este, ó porque no creyera su fin próximo ó por otro motivo, había sido sordo á todas las insinuaciones que se le hicieron para que se dispusiera á morir como cristiano. En este estado le conoció la señora de N., que no tenía más que dos días para visitarle, porque al tercero le era necesario emprender un largo viaje. En estos días le hizo cinco largas visitas; en las cuatro primeras no le habló más que de su enfermedad, de los medios de curación, de los alimentos que más le agradarían, porque estaba muy desgano, alimentos que ella misma le llevaba. Tratóse de unas peras de invierno que tal vez le agradarían en compota, y se las ofreció para cenar. Pero, llegada la noche, empezó á soplar un viento frío y recio, con abundante lluvia, y el enfermo, teniendo por cierto que su protectora no iría, mandó que le hicieran una sopa. Luchaba en vano con la repugnancia que le causaba cuando entró la señora de N., bastante mojada y con las peras en la mano. Su aparición impresionó profundamente al enfermo, que olvidó su cena y su enfermedad para no ocuparse más que en la noche tempestuosa y en el agua que podía hacer daño á la señora de N. Esta le dijo alegremente que el viento no era más que ruido, que el agua era muy poca cosa, y que todo reunido producía una molestia

bien pequeña comparada con el gusto de hacerle un rato compañía y ver que cenaba sin repugnancia. Y el pobre cenó, en efecto, con placer, después de pasado algún tiempo, que necesitó para reponerse de su emoción. ¿Qué pasó en aquella pobre alma? Sólo Dios lo sabe; pero su mujer decía que era como un milagro, que la trataba con cariño, que era otro hombre; y cuando, en su última visita, la señora de N. le habló de Dios, la escuchó piadosamente, ofreció reconciliarse con El y cumplió su palabra confesando á los pocos días y muriendo como cristiano...»

Otro cambio de escena; nuestra protagonista no se halla recibiendo las ovaciones de un ateneo feminista, ni en solitaria estancia, mecándose en ensueños de emancipación, fomentados por la corruptora ociosidad de lecturas novelescas.

No; está en un hospital, luchando consigo misma y con los dolores ajenos; disputándole sus víctimas á la muerte y sintiendo en el fondo de su alma, como ella dice, «el consuelo que se halla consolando».

«No hace mucho sentía en mi alma un malestar punzante y pertinaz, que había ido subiendo á medida que el sol declinaba. Tenía frío, que es en mí una causa de tristeza; la lluvia caía á torrentes, y las densas nubes, que anticipaban la noche, pesaban sobre mi corazón. Con gran necesidad de hacer algo, y sin poder ocuparme de nada, fijaba maquinalmente la vista en las

## La Esfera

paredes de mi cuarto, apenas alumbrado por la luz incierta del crepúsculo, sin hacer un esfuerzo para salir de aquella inacción dolorosa. Me sacó de ella una voz, diciendo:

—Un herido que va de paso y pide un poco de bayeta para abrigar su brazo llagado.

—Que entre.

Entró; el brazo derecho, con una horrible herida, de que quedará inútil, colgando de un poco de tela sucia; irritada é hinchada la mano con el frío y lo imperfecto de la suspensión; mojado el raído capote, que no podía vestirse y traía sobre los hombros, dejándole casi en mangas de camisa; y, con todo, aire jovial y rostro placentero. ¡Qué lección! Lo primero, cortarle una manga de bayeta, tomarle la medida, ponerle cinta, buscar el cabestrillo que le esté mejor; quitar una manga á una hermosa camiseta de lana para que le pueda entrar; arreglar los botones del capote para que lo pueda llevar suelto sin que se le caiga; después, que le den bien de cenar, que le pongan cama (en el alojamiento no la hay), y ¿quién le deja salir, además, con el agua que cae? ¡Qué bien come! ¡Qué bien duerme! ¡Cuánto alivio ha tenido con el cabestrillo y el abrigo, y qué contento va con una carta de recomendación!

—No sabe usted el bien que me ha hecho!—dice al marchar.

—Pobre Juan, tú sí que no sabes el que me hiciste á mí!

Esta era una de las muchas escenas análogas que pasaban durante la última guerra civil en el hospital de sangre de la Cruz Roja en Miranda de Ebro, del que se había encargado la señora Arenal, auxiliada de algunas mujeres caritativas; porque «no hemos podido conseguir—escribía—hermanas de la Caridad, ni trancesas ni españolas, ni de la Esperanza ni Siervas de María; en ninguna parte había personal disponible».

Téngase presente este dato sobre las religiosas, á fin de juntarle á los que alegaremos más tarde para defenderla, en cuanto es posible, de los cargos más severos que se le han hecho, y por los cuales aparece Concepción no sólo como sospechosa de feminismo del peor género, sino hasta de herejía, y, en sumo grado, repulsiva para todo español de pura raza. Y nótese juntamente que al seguir los pasos de esta mujer de tan gran talento y tan gran corazón, nunca la sorprendemos en medio del tráfigo de los negocios mundanos, ni siquiera en las diversiones y reuniones tan frecuentadas por la vanidad femenina; sino, ó en el fondo de su hogar, cumpliendo con sus deberes, ó en la mansión del dolor, estudiando sus remedios.

Si viaja la señora Arenal, sus viajes no son, ciertamente, de recreo, sino para hacer estudios comparativos de hospitales y prisiones; ve con sus ojos cómo trataban en cierta época en el Hospital General de Madrid á los dementes, y se lamenta en público, por si su voz pudiera llegar á quien debiera poner remedio; oye los horrores que se cometían en la casa de dementes de Zaragoza, y testifica que el remedio es posible por haber visto con sus ojos la caridad con que se trataba á tales desgraciados en Valladolid. Su correspondencia, en ciertas épocas de su vida, pudiera formar un singular epistolario: el epistolario de la compasión y de la gratitud. Recuerdo que la primera vez que la visité la hallé escribiendo una carta á un presidiario que, sin duda, tenía mucha necesidad de consuelo y consejo. Hasta al acusar recibo de las limosnas y donativos que le hacían para los pobres (cuando estaba al frente de *La Voz de la Caridad*) descubre, en múltiples y delicadísimo rasgos, el inagotable manantial de ternura de su corazón.

Copiemos alguno siquiera de los ecos de esa

voz que «se dolía del frío de los pobres y del de los ricos, voz que no puede decirse que clamó en el desierto, ni tampoco se oyó en poblado... Sonó en una de esas sendas por donde pasa pocagente».

«En nombre de los pobres que tienen frío á... D. I. R. Aquel traje completo cubrió la completa desnudez de un desdichado... El don se ha sentido con todo amor, como se ha dado. Don E. C. ¡Qué hermoso pañuelo para una enferma anciana y qué consuelo tan grande ha tenido con él! Las camisitas, para una pobre criatura que nacerá en breve, de esas que no se *esperan*, sino que *se temen*. Ya hemos visto que los seis pares de medias vienen *cosidos*; cuando la limosna se da así, sale bien del corazón y va á él. Doña F. A. Dos colchones y tanta ropa de buen uso eran un día de fortuna, si no hubiesen venido á recordar una irreparable desgracia. En vez de la satisfacción con que son acogidos todos los donativos, éste fué recibido con tristeza, y nuestras lágrimas se unieron á las de la pobre madre que nos

«Hay noches de *moda* para el teatro—decía—. ¿No sería posible que hubiera noches de *caridad* para vestir al desnudo? Entre las diversiones y el hastío; entre las obras frívolas, enojosas y tal vez perjudiciales, ¿no habrá turno para las buenas obras? ¿No sería posible formar talleres caritativos en que una vez á la semana se reunieran las amigas á trabajar para los pobres?...»

De estas revelaciones de su corazón y de su estilo pudiéramos alegar tantas, que nos haríamos interminables. Pero hay que abreviar, y lo sentimos; tanto más cuanto que, tratando del alivio de las desdichas humanas, se puede afirmar de esta escritora que su estilo es su corazón y su corazón fué su vida.

•••••

«Su corazón fué su vida»: tal es la conclusión á que, tras una enumeración de hechos que podría ser, efectivamente, interminable, formula Alarcón Meléndez. «Su corazón fué su obra», podrá decir, con igual razón, todo el que lea los escritos de Concepción Arenal.

No hay para qué citar, con erudición fácil, ninguna de sus obras. Son todas ellas las que revelan esa efusión cordial, cálida y sublimada que la lleva á veces á soluciones que algunos, en su época sobre todo, pueden juzgar demasiado radicales y la de una independencia de criterio y un calor de expresión muy altamente sugestivos y simpáticos á los espíritus independientes y razonables; pero que en algún momento la hizo pasar por herejética á los ojos de los fanáticos.

En este sentido, el estudio de Alarcón Meléndez tiene excepcional importancia, porque al limpiar de esa falsa imputación la fama de Concepción Arenal, abrió para las doctrinas de la eximia escritora nuevos horizontes, haciendo su lectura posible, sin escrúpulos, á los que antes, por fanatismo irrazonado propio ó ajeno, la creían pecaminosa.

En realidad, las censuras, casi acusaciones, lanzadas desde ese punto de vista contra Concepción Arenal encontraban su mayor pretexto en el hecho real y efectivo de que en sus obras se refiere muchas veces á la labor realizada en otros países, y singularmente en los de lengua inglesa, tenidos absolutamente y en bloque en la época en que Concepción escribía y aun mucho después, puesto que en determinados ambientes españoles ha perdurado una intransigencia que no podrá seguir como dogmática después de unos recientes y comentados consejos de Su Santidad.

Concepción Arenal, unió así á su labor cordial una labor intelectual fecundísima, y del feliz consorcio de una y otra pudo brotar súbitamente, si las condiciones ambientales hubieren sido en nuestro país las mismas que en América del Norte, una reforma penitenciaria extraordinariamente fecunda. Concepción Arenal lanzó la semilla; no fué culpa suya si tardó en germinar.

Para que germinase más pronto la dió todo el fuego de su corazón, y he aquí otra de las consecuencias interesantes del estudio de Alarcón Meléndez, de que antes hemos copiado una parte importante: demostrar que la eximia escritora fué algo más que una fecunda y activa propagandista teórica. Concepción Arenal se atuvo al precepto que manda predicar con el ejemplo, y con sus actos hizo aún más propaganda de sus ideas—que eran fundamentalmente sus sentimientos—que con sus escritos.

Alguien ha dicho que entre el poeta y el héroe no hay más diferencia que la que va de la idea al hecho. Concepción Arenal quiso ser heroína, y lo fué; no podía conformarse con ser la poetisa de la redención de los humildes.

SANTIAGO HERRERA



Ultimo retrato de doña Concepción Arenal

enviaba la cama desde donde su hermoso hijo voló al Cielo. Dios querrá conservar los que la quedan á la que es tan buena, que, en medio de su dolor, ha cuidado de que se laven sus colchones antes de darlos á los pobres, para que no les lleven contagio alguno, y le enviará el consuelo que le deseamos. A estos ángeles que pasan por la tierra les decimos: ¿Por qué nos dejáis?, y ellos podrían respondernos: ¿Por qué nos hemos de quedar? El joven militar que se conmueve al saber las penalidades del desdichado y procura auxiliárle, y el coronel D. F. Z., que con tanta caridad y esplendor ha contribuido á cubrir la desnudez de nuestros pobres, prueban que son ciertas aquellas palabras que recordamos haber leído en la camilla de un regimiento: *El valiente es compasivo*. ¡Que las bendiciones que les enviamos puedan servirles de escudo en las batallas!»

El alivio de las necesidades del prójimo, materiales y espirituales, fué la constante ocupación de la señora Arenal; de ahí tantos proyectos y obras como los *Talleres de Caridad*, ideados por ella para combatir la ociosidad de las señoras y obligarlas á hacer bien siquiera una noche á la semana.

## FIGURAS DE LA RAZA

## DON SANTIAGO RAMON Y CAJAL

(De los «Recuerdos de mi vida», del ilustre histólogo)

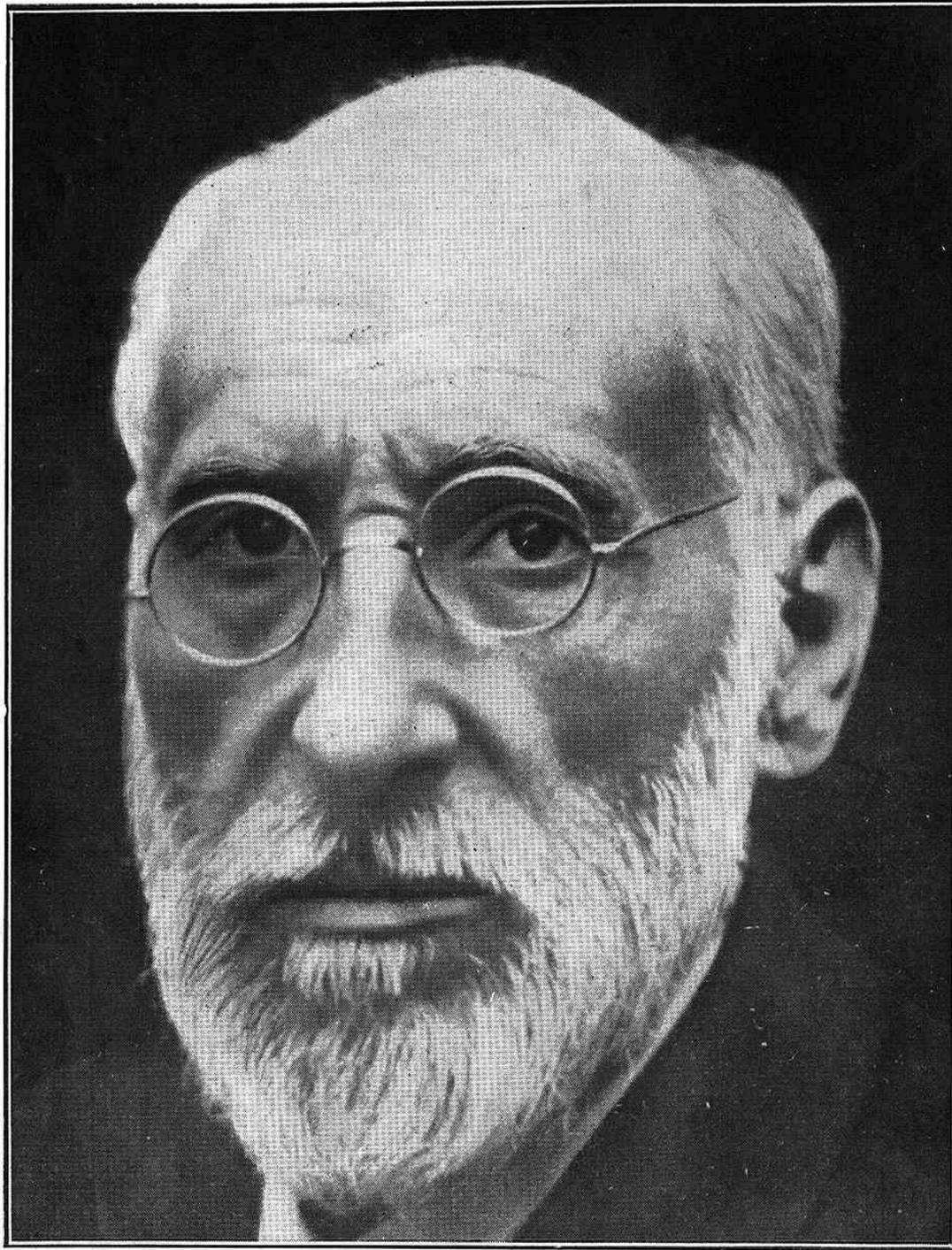
INQUINA DE MI CATEDRÁTICO DE GRIEGO.—DECIDE MI PADRE ESCARMENTARME CONVIRTIÉNDOSE EN APRENDIZ DE ZAPATERO.—MIS PROEZAS EN OBRA PRIMA.—EL ATAQUE DE LINÁS.

DESPUÉS de lo expuesto, no es preciso decir que mi instrucción científica y literaria adelantó muy poco durante el curso de 1886. El latín y griego me aburrieron soberanamente, y la Historia Universal y de España, que consistían en una retahíla insoportable de fechas y una inacabable letanía de nombres de reyes y de batallas ganadas ó perdidas según el afecto ó desvío de la Providencia, no tuvo para mí ningún atractivo.

Así y todo, el curso habría salvado sin contratiempo si el catedrático de griego, un buen señor tan desabrido como suspicaz, no me hubiera convertido en blanco de su inquina y mal humor. Ciertamente que no me distinguía yo por demasiado solícito y puntual, ni me entusiasaban grandemente sus lecciones, dichas con premiosa, sibilante y un si es no tartamuda palabra; mas de su ojeriza no fueron mis distracciones la causa principal, sino un desdichado defecto fisiológico de que nunca he logrado corregirme.

Según acontece á los salvajes y á las mujeres, he adolecido siempre de lamentable facilidad para soltar la carcajada: una observación chocante, un gesto insólito, una inesperada chirigota, bastaban para excitar mi hilaridad, sin que fueran parte á refrenarme la santidad del lugar y lo solemne de la ocasión. En mi huesoso semblante de Mefistófeles rústico estallaba la risa con la facilidad é inconsciencia de un fenómeno cósmico, como surge el oleaje en el mar azotado por la brisa. Y era lo más grave que, en virtud de una de esas singularidades y disonancias de la expresión del rostro, mi espontánea sonrisa de bobalicón asombrado adquiría á los ojos de algunos un no sé qué de sarcástico, irritante y provocativo. En vano hacía esfuerzos para dominar mis nervios y evitar que mi inocente alegría sacara de quicio al profesor, el cual echaba siempre á mala parte la jovialidad de sus discípulos; el aparato inhibitor de mis músculos risores no fué jamás poderoso á imponer á mis labios el reposado continente, y á mis ojos el aire grave y solemne que tan bien cuadran á la contemplación serena de la ciencia.

Pero el bueno del maestro, que no entendía jota de semejantes tiquis miquis de fisiología infantil, ni sabía el dicho de Dumas «que sólo los bribones no se ríen», montaba en cólera cada vez que sorprendía mi hilaridad, en la que veía, por un exceso de suspicacia, cierta intención satírica y mortificante que jamás pasó por mi ánimo.



DON SANTIAGO RAMON Y CAJAL

Ni me valió para desarmar su enojo asegurarle que no me reía de él, á quien sinceramente respetaba y veneraba, sino de las bromas y salidas de algunos compañeros retozones y parlanchines. Y creciendo progresivamente su irritación, dió en la manía de humillarme diariamente con odiosas comparaciones zoológicas y bromas de dudoso gusto. Complaciase en citarme como ejemplo típico de torpeza y de pigracia; así era frecuente oírle cuando alguno desbarraba ó enredaba en clase: «usted es casi tan pigre como Ramón»; «de no enmendarse, parará usted sin remedio en lo que Ramón»; y otras frases molestas de este jaez, tan infecundas para la enmienda como mortificantes al sentimiento de la propia estima.

Ocurrió, fatalmente, lo que debía ocurrir. Considerándome definitivamente desahuciado, debilitóse progresivamente mi respeto al catedrático, relajóse el sentimiento del pudor, y desvergonzándome al fin, no pensé sino en vengarme atormentando al pobre señor con toda suerte de pesadas bromas é insolentes desafueros. Y así, para herirle en lo más vivo, que eran sus profundas convicciones ultramontanas, hacía circular por la clase grotescas caricaturas en que aparecía, ya pintado de miliciano y con un letrero colgante de sus labios que decía: «¡Viva

la Constitución!», ya andando en cuatro pies, cubierta la cabeza con boina descomunal—y esta era la más negra—cabalgado por Espartero, que parecía cantarle el *trágala* al oído. Tan ridículos monigotes pasaban de banco en banco, regocijando y desasosegando á los chicos, que oían al irritable pedagogo como quien oye llover.

Graves fueron de todos modos las resultas de mis imprudencias. Desalentado por tan inexorable conminación, recibida precisamente días antes de los exámenes, di por seguro el fracaso, y no osé tentar fortuna ni poner á prueba el espíritu de compañerismo de los jueces. Con lo cual, y con haber obtenido solamente notas de mediano en las demás asignaturas, púsose furioso mi padre, amenazándome con ejemplar y radical escarmiento. Resuelto á arrancar de cuajo mis chifladuras artísticas y vanidades literarias, meditó y puso por obra un plan terapéutico no exento de ingenio y eficacia, que consistía en la aplicación del sabido principio médico: *Contraria contrariis*. «¿Qué es—debió preguntarse mi padre—lo más diametralmente opuesto en el orden profesional y estético, á la dulce y arrobadora poesía y á las gallardías y excelsitudes del arte pictórico?» Pues los oficios menestrales más viles y bajos, como el de soguero, deshollinador, ó zapatero remendón. Este último oficio sobre todo parecióle pintiparado para abatir

mis pujos románticos y sumergirme en la prosaica realidad de la vida. En vano mi pobre madre intercedió para dulcificar el afrentoso veredicto, proponiendo la suspensión de los estudios por un año, para ver si mi cabeza, muy hecha á pájaros todavía, acababa de consolidarse; no accedió mi progenitor á tanta lenidad, y sin más preámbulos buscóme una zapatería. «Anda, pazguato—me dijo—y sabe al fin cuán majadero eres al rechazar el griego y el latín. Desde hoy tascarás el freno sujeto día y noche á los caprichos de un amo gruñón, y vivirás bajo la perpetua amenaza del tirapié y de la horma; la pez y el betún te harán olvidar pronto el carmín y el ultramar; y la plácida y embelesadora literatura y tus imbéciles caballerías andantes, cederán ante la diaria preocupación de remendar zapatos rotos y abarcas sucias.»

Pensé al principio que todo pararía en inofensivas amenazas, pero salí pronto de mi engaño. Antes de terminar el mes de Junio (habitábamos entonces en Gurrea de Gállego) puso por obra su proyecto, asentándome de aprendiz con un zapatero, hombre de pocas palabras, rústico y mal encarado, el cual, abusando de sus fueros y adoctrinado por mi padre, hizome pasar las de Caín. Obligóme á comer un cocido sin substancia y sin tropezones, á dormir en obscuro



## FIGURAS DE LA RAZA

## GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

## Cómo se forma un espíritu

GERTRUDIS Gómez de Avellaneda escribió también su autobiografía, aunque no, como otras grandes figuras, destinándola a la publicidad: la hizo en cartas confidenciales a D. Ignacio de Cepeda, de quien estuvo muy enamorada, siquiera más tarde encontrase demasiado frío el amor del caballero, y prefiriese cortar las alas al suyo y convertirle en amistad.

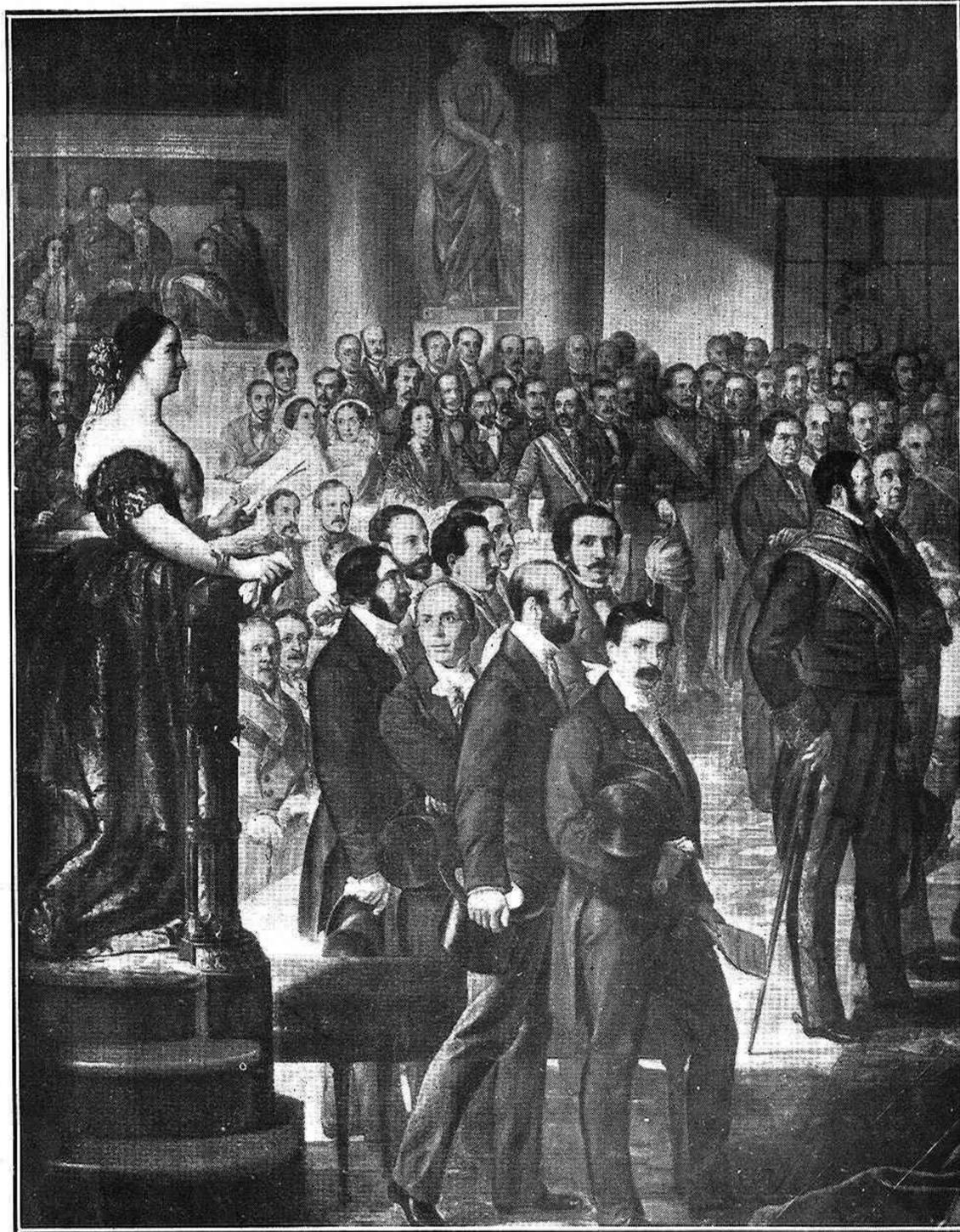
De las cartas que la genial poetisa dirigió a su amigo, y que fueron publicadas con muy interesantes comentarios y una necrología por un distinguido catedrático que las tuvo del Sr. Cepeda, tomamos los capítulos que van a continuación, y que forman casi íntegro el contenido de las dos primeras epístolas.

Gertrudis Gómez de Avellaneda pensó, al escribir esas cartas, que sólo serían conocidas de la persona a quien las dirigió. Supuso, fundándose en recomendación suya, que serían quemadas. El Sr. Cepeda entendió las cosas de otro modo, é hizo bien: hubiese sido lamentable que se perdieran páginas tan valiosas y que tienen un doble interés: el puramente literario, porque nos muestran el estilo epistolar de la gran escritora, y el más honroso, que nos hace ver una psicología femenina de muy alta mentalidad.

Como de otras grandes figuras—Cajal y Rubén Darío—hemos recogido de Concepción Arenal las páginas que relatan impresiones y recuerdos de infancia; tienen esas páginas un valor extraordinario para cuantos se interesan por la psicología de las grandes figuras de la Humanidad, y muy singularmente para los que estudian los problemas de psicología genética en el terreno de la Psicología para ó en el campo de la Psicología aplicada, singularmente a la determinación de aptitudes.

Hay una frase de Cajal, aplicada por el gran histólogo a las materias de su particular estudio, pero que tiene también aplicación en el campo de la Psicología; la que dice: «El mejor camino para conocer lo que una cosa es consiste en determinar lo que ha sido.» A ese conocimiento, por lo que se refiere a las sumidades de la Humanidad, ha de llegarse, pues, por el estudio de esas psicologías infantiles que podemos encontrar en las buenas biografías en general, y en las autografías particularmente.

En lo que se refiere a Gertrudis Gómez de Avellaneda, las páginas de su autobiografía que publicamos bastan para formar una idea de la formación sentimental—tan interesante cuando se trata de la Psicología de una poetisa—de Gertrudis Gómez de Avellaneda.



«Gertrudis Gómez de Avellaneda leyendo una poesía en el acto de la coronación de Quintana»

(Cuadro de Luis López, que existe en el Palacio del Senado)

Si siguiendo después en la autobiografía la evolución de esos sentimientos, se comprenden mejor las poesías tan admirables y admiradas siempre de la gran escritora cubana.

Veán ahora nuestros lectores el momento inicial de la formación de ese espíritu:

## RECUERDOS DE INFANCIA

Usted sabe que he nacido en una ciudad del centro de la isla de Cuba, a la cual fué empleado mi papá el año nueve, y en la cual casó, algún tiempo después, con mi mamá, hija del país.

No siendo indispensables extensos detalles sobre mi nacimiento para la parte de mi historia que puede interesar a usted, no le enfadaré con inútiles pormenores; pero no suprimiré tampoco algunos que pueden contribuir a dar a usted más exacta idea de hechos posteriores.

Cuando comencé a tener uso de razón, comprendí que había nacido en una posición social ventajosa; que mi familia materna ocupaba uno de los primeros rangos del país; que mi padre era un caballero y gozaba de toda la estimación que merecía por sus talentos y virtudes, y hasta aquel prestigio que en una ciudad naciente y pequeña gozan los empleados de cierta clase.

Nadie tuvo ese prestigio en tal grado; ni sus antecesores ni sus sucesores en el destino de comandante de los puertos que ocupó en el centro de la isla; mi padre daba brillo a su empleo con sus talentos distinguidos, y había sabido proporcionarse las relaciones más honoríficas en Cuba y aun en España.

Pronto cumplirán diez y seis años de su muerte; pero estoy cierta que aún vive su memoria en Puerto Príncipe y que no se pronuncia su nombre sin elogios y bendiciones; a nadie hizo mal, y ejecutó todo el bien que pudo. En su vida pública y en su vida privada siempre fué el mismo: noble, intrépido, veraz, generoso é incorruptible.

Sin embargo, mamá no fué dichosa con él; acaso porque no puede haber dicha en una unión forzosa; acaso porque siendo demasiado joven y mi papá más maduro no pudieron tener simpatías. Mas, siendo desgraciados, ambos fueron, por lo menos, irreprochables. Ella fué la más fiel y virtuosa de las esposas, y jamás pudo quejarse del menor ultraje a su dignidad de mujer y de madre.

Disimule usted estos elogios; es un tributo que debo rendir a los autores de mis días, y tengo cierto orgullo al recordar las virtudes que hicieron tan estimado a mi padre; puedo decir: soy su hija.

Aún no tenía nueve años cuando le perdí.

De cinco hermanos que éramos sólo quedamos, a su muerte, dos: Manuel y yo; así es que éramos tiernamente queridos, con alguna preferencia de mamá hacia Manolito, y por papá, hacia mí. Acaso por esto y por ser mayor que él cerca de tres años, mi dolor en la muerte de papá fué más vivo que el de mi hermano. Sin embargo, ¡cuán lejos estaba entonces de conocer toda la extensión de mi pérdida!

Algunos años hacía que mi padre proyectaba volverse a España y establecerse en Sevilla; en los últimos meses de su vida, esta idea fué en él más fija y dominante. Quejóse de no dejar sus huesos en la tierra nativa, y pronosticando a Cuba una suerte igual a la de otra isla vecina, presa de los negros, rogó a mamá se viniese a España con sus hijos.

Ningún sacrificio de intereses, decía, es demasiado; nunca se comprará cara la ventaja de establecerse en España. Estos fueron sus últimos votos; y cuando, más tarde, los supe, desee realizarlos. Acaso éste ha sido el motivo de mi afición a estos países y del anhelo con que a veces he deseado abandonar mi patria para venir a este antiguo mundo.

Quedó mamá joven aún, viuda, rica, hermosa, pues lo ha sido en alto grado, y es de supo-

## La Esfera

ner que no la faltarian amantes que aspirasen a su mano. Entre ellos, Escalada, teniente coronel del regimiento que entonces guarnecía a Puerto Príncipe, joven también, no mal parecido y atractivo por sus dulces modales y cultivado espíritu. Mamá le amó, acaso con sobrada ligereza, y antes de los diez meses de haber quedado huérfanos tuvimos un padrastro. Mi abuelo, mis tíos y toda la familia llevó a mal este matrimonio; pero mamá tuvo para esto una firmeza de carácter que no había manifestado antes ni ha vuelto a tener después. Aunque tan niña, sentí herido de este golpe mi corazón; sin embargo, no eran consideraciones mezquinas de intereses las que me hicieron tan sensible a ese casamiento; era el dolor de ver tan pronto ocupado el lecho de mi padre y un presentimiento de las consecuencias de esta unión precipitada.

Afortunadamente, sólo un año estuvimos con mi padrastro, porque, aunque una Real orden inícuca y arbitraria nos obligaba a permanecer bajo su tutela, la suerte nos separó. Su regimiento fué mandado a otra ciudad, y mamá no se resignó a dejar sus intereses y su país para seguirle. Ocho años duró esta separación. Sólo dos ó tres meses cada año iba Escalada a Puerto Príncipe con licencia, y se portaba entonces muy bien con mamá y con nosotros. Por tanto, éramos felices. Aunque tenía mamá otros hijos de sus segundas nupcias, su cariño para con nosotros era el mismo. A Manuel, sobre todo, siempre le ha querido con una especie de idolatría, y a mí lo bastante para no poder formar la menor queja. Dábaseme la más brillante educación que el país proporcionaba, era celebrada, mimada, complacida hasta en mis caprichos, y nada experimenté que se asemejase a los pesares en aquella aurora apacible de mi vida.

Sin embargo, nunca fuí alegre y atolondrada como lo son, generalmente, los niños. Mostré desde mis primeros años afición al estudio y una tendencia a la melancolía. No hallaba simpatías en las niñas de mi edad; tres nada más, vecinas mías, hijas de un emigrado de Santo Domingo, merecieron mi amistad. Eran tres lindas criaturas de un talento natural despejadísimo. La mayor tenía dos años más que yo, y la chica, dos años menos. Pero ésta era mi predilecta, porque me parecía, aunque más joven, más discreta y juiciosa que las otras. Las Carmonas (que éste era su apellido) se conformaban fácilmente con mis gustos, y los participaban. Nuestros juegos eran representar comedias, hacer cuentos, rivalizando a quien los hacía más bonitos, adivinar charadas y dibujar en competencia flores y pajaritos. Nunca nos mezclábamos en los bulliciosos juegos de las otras chicas con quienes nos reuníamos.

Más tarde, la lectura de novelas, poesías y comedias llegó a ser nuestra pasión dominante. Mamá nos reñía muchas veces de que, siendo ya grandecitas, descuidásemos nuestros adornos y huyésemos de la sociedad como salvajes. Porque nuestro mayor placer era estar encerradas en el cuarto con los libros, leyendo nuestras novelas favoritas y llorando las desdichas de aquellos seres imaginarios a quienes tanto queríamos.

De este modo cumplí trece años. ¡Días felices que pasaron para no tornar más!

.....  
Mi familia me trató casamiento con un caballero del país, pariente lejano de nosotros. Era un hombre de buen aspecto personal, y se le reputaba el mejor partido del país. Cuando se me dijo que estaba destinada a ser su esposa, nada vi en este proyecto que no me fuese lisonjero. En aquella época comenzaba a presentarme en los bailes, paseos y tertulias, y se despertaba en mí la vanidad de mujer. Casarme con el soltero más rico de Puerto Príncipe, que muchas deseaban; tener una casa suntuosa, magníficos carruajes, ricos aderezos, etc., era una idea que me lisonjeaba. Por otra parte, yo no conocía el amor sino en las

novelas que leía, y me persuadí, desde luego, que amaba locamente a mi futuro. Como apenas le trataba y no le conocía casi nada, estaba a mi elección darle el carácter que más me acomodase. Por de contado, me persuadí que el suyo era noble, grande, generoso y sublime. Prodigóme mi fecunda imaginación ideales perfecciones, y vi en él reunidas todas las cualidades de los héroes de mis novelas favoritas.

Me enamoré de este ser completo que veía yo en la persona de mi novio. Por desgracia, no fué de larga duración mi encantadora quimera; a pesar de mi preocupación, no dejé de conocer, harto pronto, que aquel hombre no era grande y amable sino en mi imaginación; que su talento era muy limitado; su sensibilidad, muy común; sus virtudes, muy problemáticas. Comencé a entristecerme y a considerar mi matrimonio desde un punto de vista menos lisonjero. En aquella época, mi futuro tuvo precisión de ir a La Habana, y su ausencia, que duró diez meses, me proporcionó la ventaja de poder olvidar mis compromisos. Como no veía a mi novio ni casi se

serios y superiores a nuestra inteligencia. Muchas veces nuestras conversaciones tenían por objeto los cultos, la muerte y la inmortalidad. Rosa tenía mucho juicio en cuanto decía, y yo admiraba siempre la exactitud de sus raciocinios. En cuanto a mi prima, era como yo: una mezcla de profundidad y ligereza, de tristeza y alegría, de entusiasmo y desaliento. Como yo, reunía la debilidad de mujer y la frivolidad de niña, con la elevación y profundidad de sentimientos que sólo son propios de los caracteres fuertes y varoniles. ¡Yo no he encontrado en nadie mayores simpatías!

Siendo las cinco jóvenes no feas y gozando reputación de talento, fuimos bien pronto las señoritas de moda en Puerto Príncipe. Nuestra tertulia, que se formó en mi casa, era brillantísima para el país. En ella se reunía la flor de la juventud del otro sexo y las jóvenes más sobresalientes. Todos los extranjeros de distinción que llegaban a Puerto Príncipe solicitaban ser introducidos en nuestra sociedad y nos llevábamos todas las atenciones; en paseos y bailes atrajimos la envidia de las mujeres; pero gozábamos la preferencia de los hombres, y eso nos lisonjeaba.

Volvió en eso mi novio; pero yo no le vi sin una especie de horror. Desnudo del brillante ropaje de mis ilusiones, parecíame un hombre odioso y despreciable. Mi gran defecto es no colocarme en el medio y tocar siempre los extremos. Yo aborrecía a mi novio tanto como antes creí amarle. El no pudo advertir mi mudanza, porque jamás habíale yo mostrado mi afecto. Mis ilusiones nacieron y acabaron allá en el secreto de mi corazón, porque, tan tímida como apasionada, no concebía yo entonces que se pudiera, sin morir de vergüenza, decir a un hombre: *yo te amo*. Como no debía casarme hasta los dieciocho años, y sólo tenía quince, y como mi novio me visitaba muy poco, aquel matrimonio me ocupaba menos de lo que debía. Mirábalo remoto, gozaba lo presente y no interrogaba al porvenir.

Lola (la segunda de las Carmona) y mi prima entablaron relaciones de amor casi al mismo tiempo, y esta circunstancia, al parecer, sencilla para mí, tuvo, no obstante, una notable influencia. Ellas amaban y eran amadas con entusiasmo; yo era la confidente de ambas. Entonces se operó en mí una mudanza repentina y extraña. Híceme huraña y caprichosa. Huía de la sociedad y aun de mis amigas; buscaba la soledad para llorar, sin saber por qué, y sentía un abismo en mi corazón. Yo no era ya el objeto más amado de dos de mis amigas; ellas gozaban en otro sentimiento una felicidad que yo no conocía.

¡Yo sentía celos y envidia! Pensando en aquella ventura, que mi imaginación engrandecía, invocaba al objeto que podía dármele. ¡Aquel objeto ideal que forjé en los primeros sueños de mi entusiasmo! Creía verle en el Sol y en la Luna, en el verde de los campos y en el azul del cielo; las brisas de la noche me traían su aliento; los sonidos de la música, el eco de su voz. ¡Yo le veía en todo lo que hay de grande y de hermoso en la Naturaleza! ¡Deliraba como en una calentura!

Sin embargo, aquella situación no estaba destituida de encantos. Yo gozaba llorando, y esperaba realizar algún día los sueños de mi corazón.

¡Cuánto me engañaba! ¿Dónde existe el hombre que pueda llenar los votos de esta sensibilidad tan fogosa como delicada? En vano le he buscado nueve años, ¡en vano! He encontrado hombres, hombres todos parecidos entre sí; ninguno ante el cual pudiera yo postrarme con respeto y decirle: Tú serás mi dios sobre la Tierra; tú el dueño absoluto de esta alma apasionada. Yo buscaba un bien que no encontraba, que acaso no existe sobre la Tierra. Ahora ya no le busco, no le espero, no le deseo; por eso estoy más tranquila.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA



«Gertrudis Gómez de Avellaneda, genial poetisa cubana»  
(Retrato pintado por Federico Madrazo)

me hablaba de él apenas, rara vez me acordaba vagamente que existía en el mundo. La Amistad ocupaba entonces toda mi alma. Adquirí una nueva amiga en una prima que, educada en un convento, comenzó entonces a presentarse en sociedad. Era una criatura adorable; yo, que no amaba a ninguna de mis otras primas, me incliné a ella desde el primer momento en que la vi.

He notado en el curso de mi vida que si alguna vez se ha engañado mi corazón, más frecuentemente ha tenido un instinto feliz y prodigioso en sus primeros impulsos. Rara vez he encontrado simpatías en aquellas personas que a primera vista me han chocado, y muchas he adivinado en dicha primera vista el objeto de mi futuro afecto.

Mi prima obtuvo, desde luego, mi simpatía, y no tardó en ocupar un lugar distinguido en mi amistad. Únicamente Rosa Carmona la rivalizaba, pues ninguna de las otras Carmonas fueron de mí tan queridas como ella.

Cuando estábamos todas reunidas, hablábamos de modas, de bailes, de poesías, de amor y de amistad. Cuando Rosa, mi prima y yo estábamos solas, solíamos ocuparnos de objetos más

FIGURAS DE LA RAZA

## RUBÉN DARÍO

(Recuerdos de infancia)

A qué edad escribí mis primeros versos? No lo recuerdo precisamente, pero ello fué harto temprano. Por la puerta de mi casa—en las Cuatro Esquinas—pasaban las procesiones de la Semana Santa, una Semana Santa famosa: «Semana Santa en León y Corpus en Guatemala»; y las calles se adornaban con arcos de ramas verdes, palmas de cocotero, flores de corozo, matas de plátanos ó bananos, disecadas aves de colores, papel de China picado con mucha labor; y sobre el suelo se dibujaban alfombras que se coloreaban, expresamente, con serrín de rojo brasil ó cedro, ó amarillo «mora»; con trigo reventado, con hojas, con flores, con desgranada flor de «coyol». Del centro de uno de los arcos, en la esquina de mi casa, pendía una granada dorada. Cuando pasaba la procesión del Señor del Triunfo, el Domingo de Ramos, la granada se abría y caía una lluvia de versos. Yo era el autor de ellos. No he podido recordar ninguno..., pero sí sé que eran versos, versos brotados instintivamente. Yo nunca aprendí á hacer versos. Ello fué en mí orgánico, natural, nacido. Acontecía que se usaba entonces—y creo que aun persiste—la cos-



RUBEN DARIO

Inútil es el grito de la legión cobarda  
Del interés, inútil el progreso  
Yankee, si te ~~es~~ seducen.  
Si el progreso es ~~hoy~~ de fuego por la noche.  
Tote ~~enfago~~ lucha del hombre con a tus besos  
~~Por tí, celate carne, no combates y se mecen~~  
Por tí se combates o se sucumben!

Pues en tí existe Primicias por el hile,  
Labor gozosa por el fuerte,  
Nectar, Anfora, dulces amables.  
Por que en tí existe  
El placer de ~~oír~~ <sup>oír</sup> ~~del placer~~, hasta la muerte—  
Y ante la eternidad de lo probable....

Un autógrafo de Rubén Darío

tumbre de imprimir y repartir, en los entierros, «epitafios», en que los deudos lamentan los fallecimientos, en verso por lo general. Los que sabían mi rítmico don llegaban á encargarme pudiese su duelo en estrofas.

A todo esto, el recuerdo de mi madre había desaparecido. Mi madre era aquella señora que me había acogido. Mi «padre» había muerto, el coronel Ramírez. A tal sazón llegó á vivir con nosotros, y á criarse junto conmigo, una lejana prima, rubia, bastante bella, de quien he hablado en mi cuento *Palomas blancas y gaviotas morenas*. Ella fué quien despertara en mí los primeros deseos sensuales. Por cierto que, muchos años después, madre y posiblemente abuela, me hizo cargos: «¿Por qué has dado á entender que llegamos á cosas de amor, si eso no es verdad?» «¡Ay!—le contesté—, ¡es cierto! Eso no es verdad, ¡y lo siento! ¿No hubiera sido mejor que fuera verdad y que ambos nos hubiéramos encontrado en el mejor de los despertamientos, en la más ardiente de las adolescencias y en las primavera del más encendido de los trópicos?...»

Mi familia se componía entonces de mi tía D.<sup>a</sup> Rita Darío de Alvarado, á quien su hermano Manuel García, esto es, Manuel Darío, único que tenía en tal ocasión dinero, había hecho donación de sus bienes, ¡ah, malhaya!, para que se casase con el cónsul de Costa Rica; mi tía Josefina, vivaz, parlera, muy amante de la crinolina, medio tocada, quien una vez—el día de la muerte de su madre—apareció calzada con zapatos rojos, y á las observaciones y reproches que se le hicieron contestó que «las perdices y las palomitas de Castilla...» ¡Cuando digo que era medio tocada! Mi tía Sara, casada con un norteamericano, muy hermosa, y cuya hija mayor, ¡oh, Eros!, un día, por sorpresa, en un aposento adonde yo entrara descuidado, me dió la ilusión de una Anadiómena... Y «mi tío Manuel». Porque D. Manuel



«Rubén Darío con su esposa y su hija», cuadro de Francisco Pompey

Darío figuraba como mi tío. Y mi verdadero padre, para mí, y tal como se me había enseñado, era el otro, el que me había criado desde los primeros años, el que había muerto, el coronel Ramírez. No sé por qué, siempre tuve un desapego, una vaga inquietud separadora con mi «tío Manuel». La voz de la sangre... ¡qué flácida patraña romántica! La paternidad única es la costumbre del cariño y del cuidado. El que sufre, lucha y se desvela por un niño, aunque no lo haya engendrado, ése es su padre.

Mi tía Rita era la adinerada de la familia. Mi padre, que, como he dicho, pasaba como mi tío, vivía en casa de su hermana, la cual era propietaria de haciendas de ganado y de ingenios de caña de azúcar. La vida en casa de mi tía Rita me ha dejado un recuerdo verdaderamente singular é imborrable. Esta señora, que era muy religiosa, casada con D. Pedro Alvarado, cónsul de Costa Rica, tenía, como los antiguos reyes, dos bufones, enanos, arrugados, feos, velazqueños, hombre y mujer. El se llamaba el capitán Vilches, y la mujer era su madre; pero eran iguales, completamente, en tamaño, en fealdad, y me inspiraban miedo é inquietud. Hacían retratos de cera, monicacos deformes, y el «capitán», que decía ser también sacerdote, pronunciaba sermones que hacían reír, pero que yo oía con gran malestar, como si fuesen cosas de brujos.

Los domingos se daban bailes de niños, y aunque mi primo Pedro, señor de la casa, era el más rico y un excelente pianista en tan corta edad, ya, con mi pobreza y todo, solía ganarme las mejores sonrisas de las muchachas, por el asunto de los versos. ¡Fidelina, Rafaela, Julia, Mercedes, Narcisa, María, Victoria, Gertrudis! Recuerdos, recuerdos suaves.

A veces los tíos disponían viajes al campo, á la hacienda. Ibamos en pesadas carretas, tiradas por bueyes, cubiertas con toldo de cuero crudo. En el viaje se cantaban canciones. Y en amontonamiento inocente, íbamos á bañarnos al río de la hacienda, que estaba á poca distancia, todos, muchachos y muchachas, cubiertos con toscos camiones. Otras veces eran los viajes á la orilla del mar, en la costa de Poneloya, en donde estaba la fabulosa peña del Tigre. Ibamos en las mismas carretas de ruedas rechinantes, los hombres mayores á caballo, y al pasar un río, en pleno bosque, se hacía alto, se encendía fuego, se sacaban los pollos asados, los huevos duros, el aguardiente de caña y la bebida nacional, llamada «tiste», hecha de cacao y maíz, y se batía en jícaras con molinillo de madera. Los hombres

se alegraban, cantaban al son de la guitarra y disparaban los tiros al aire y daban los gritos usuales, estentóreos y alternativos, muy diferentes del chivateo araucano. Se llegaba al punto terminal y se vivía por algunos días bajo enramadas hechas con hojas, juncos y cañas verdes, para resguardarse del tórrido sol. Iban las mujeres por un lado, los hombres por el otro, á bañarse en el mar, y era corriente el encontrar de súbito, por un recodo, el espectáculo de cien Venus Anadiómenas en las ondas. Las familias se juntaban por las noches y se pasaba el tiempo bajo aquellos cielos profundos, llenos de estrellas prodigiosas, jugando juegos de prendas, corriendo tras los cangrejos, ó persiguiendo á las grandes tortugas llamadas *paslamas*, cuyos huevos se sacan cavando en los nidos que dejan en la arena.

Yo me apartaba frecuentemente de los regocijos, y me iba, solitario, con mi carácter ya triste y meditabundo desde entonces, á mirar cosas en el cielo, en el mar. Una vez vi una escena horrible, que me quedó grabada en la memoria. Cerca de una yunta de bueyes, á orillas de un pantano, dos carreteros que se peleaban echaron mano al machete, pesado y filoso, arma que sirve para partir la caña de azúcar, y comenzaron á esgrimirlo, y de pronto vi algo que saltó por el aire. Eran, juntos, el machete y la mano de uno de ellos.

Por las tardes y las noches paseaban, á caballo ó á pie, vociferando, hombres borrachos. Los soldados, descalzos y vestidos de azul, se los llevaban presos. Cuando la luna iba menguando, retornaban las familias á la ciudad.



Retrato de Rubén Darío, por Vázquez Díaz

## CUBA Y ESPAÑA

## El señor García Kohly, doctor "honoris causa" de la Universidad española

El Embajador de Cuba en España, señor García Kohly, ha sido nombrado doctor *honoris causa* de nuestra Universidad.

La personalidad relevante del Sr. García Kohly en las diferentes disciplinas en que ha ejercitado su talento, la facundia de su verbo, su palabra suntuosa y cálida, el encendido amor a nuestro país, su sagacidad diplomática y su emoción popular, las múltiples facetas de su espíritu culto, su corrección, su empaque aristocrático en palacio y su campechanía y llaneza en su trato social, han hecho popular y amada en España la figura de este hombre selecto.

Y estas nobles cualidades del Sr. Kohly no sólo han atraído sobre él la atención de las clases intelectuales y la admiración de la plebe, sino que el reflejo de su simpatía personal y de su talento ha contribuido enormemente en nuestro pueblo a robustecer y acrecentar el cariño que siente España por su hermana Cuba.

La palabra de García Kohly, majestuosa y fecunda, ha sido la pira donde se han quemado los viejos resabios. Las imágenes fraternales de sus discursos han establecido una corriente de afecto mutuo, imborrable, entre los dos pueblos.

*Ama si quieres que te amen*, dice el viejo proverbio. Y el Sr. Kohly ha partido su corazón en dos mitades: Cuba y España. El ha sabido amalgamar el formalismo protocolario, frío y silencioso, del diplomático, con la férvida y encendida emoción del tribuno. Y se ha ganado a nuestro pueblo, que le rinde su admiración en la calle, en el centro cultural, en el salón de palacio y en la redacción del periódico. Y es que al escuchar al Sr. Kohly y buscar en él al cubano, vemos en el claro espejo de este varón culto é integérrimo un español.

No, no es el Embajador de Cuba un diplomático de traje rameado y espadín de guardarrropa. Si así fuera, aunque bajo la rígida carátula protocolaria guardara un talento extraordinario, no tendría hoy en nuestro país tanto prestigio, ni hubiera llenado de amor los viejos trojes cuajados de ortigas y de malquerencias. Por esto pudo decir en el Ateneo madrileño aquellas palabras fervorosas que eran como brazos abiertos para la eterna reconciliación familiar:

«Creíamos nosotros que más grandes, más firmes y estables que los vínculos siempre efímeros



DON MARIO GARCÍA KOHLY  
Embajador de Cuba

y transitorios del poder político, son los lazos eternos é imperecederos del amor y la estima de la sangre y del alma, de la raza y de la estirpe...

Conociendo la grandeza del hombre, queríamos conocersu vida. El culto escritor cubano Ruy Lugo-Viña, en su interesante y patriótico libro *El tribuno de la diplomacia*, nos ha enseñado el camino. García Kohly se ha formado en la pelea y el trajín políticos de su país. Con la palabra y con la pluma él ha abierto los nuevos senderos por donde circula su raza, tan henchida de realidades inmediatas y de lejanas promesas.

La obra del hombre es la que va dibujando en el bloque de su vida su silueta espiritual. García Kohly, cuando volvió á Cuba en 1898, trabaja en el periódico *La Discusión*, y funda después *El patriota*. Su palabra escrita consolida el pres-

tigio de su palabra hablada. La lengua da noticias de lo que pasa en el corazón, y García Kohly, en los momentos difíciles para su pueblo, se multiplica y pone de relieve toda la riqueza intelectual que atesora.

Cuando se funda en Cuba el partido republicano, bajo la dirección de D. Domingo Méndez Capote, Kohly nutre sus filas y allí se destaca como tribuno de elocuencia arrebatadora. Fustiga á los pacatos y pusilánimes, á los reacios que no vibran y dan el pecho por defender la independencia de su país; clama contra todas las injusticias, y su verbo, empenachado de brillantes metáforas, sirve de manjar al pueblo, que ve en el orador al estadista y al apóstol. Es nombrado concejal, y pronto deja su puesto edilicio para ocupar su asiento en la Cámara de Diputados.

En el Congreso cubano presenta cuatro leyes: la de divorcio, la de tribunales de conciliación y arbitraje para evitar huelgas, la de la reglamentación del trabajo para la mujer y la de accidentes del trabajo.

Renuncia á su acta de diputado para aceptar el cargo de la Legación de Cuba en Madrid. Vuelve á poco á su país y ejerce la tenencia fiscal de la Audiencia de La Habana. Obtiene entonces sus éxitos más rotundos en el foro. Funda la Juventud Moderada y vuelve al Congreso en 1906.

Estalla la revolución en Febrero, y al ponerse á discusión en la Cámara la fórmula presentada por los enviados de Washington, Taft y Bacon, es García Kohly el que, ardiendo en santa indignación patriótica, se opone á la entrega

de Cuba á la intervención norteamericana.

Poco después, el Presidente de la República, D. José Miguel Gómez, lo nombra ministro de Instrucción Pública. El Sr. Kohly pone á contribución en este nuevo cargo sus generosas iniciativas y funda la Academia Nacional de Artes y Letras, la Academia Nacional de Historia y el Museo Nacional. En 1913 es nombrado por el Gobierno cubano ministro plenipotenciario en España. Y desde entonces se arraiga en nuestro país. Su obra es la sinceridad y el afecto. Con su fuerte talento, el Sr. Kohly marcha escotero y triunfante por el camino de la estimación pública española. Y el nombre de Cuba y el de España se unen en un lazo de comprensión y de cariño.

X. X. X.

# HEROINAS LITERARIAS

## UNA MUSA DE AMOR Y DE POESIA

¿QUIÉN fué la mujer-musa, la *Elvira* de Alfonso de Lamartine? Tiene esta pregunta el doble interés de descubrir la intimidad de un gran poeta y conocer á la musa de todo un género literario y de un siglo entero, porque la heroína y los motivos de *El lago* se convirtieron en un modelo sentimental, copiado por una brillante pléyade de poetas.

Julia Bouchaud des Herettes se casó con el físico Mr. Charles, colaborador de los hermanos Montgolfier en sus audaces y ya hoy ingenuos proyectos aeronáuticos. Julia tenía veintidós años, y su esposo cincuenta y ocho. A la fogosidad de su temperamento de muchacha criada en las lujuriosas selvas tropicales unamos la excesiva madurez del esposo y sus largas estancias en el laboratorio, y comprenderemos cuán fácilmente pudo unirse con Lamartine, guapo, elegante, con genio literario y, sobre todo, habiendo apenas traspuesto los veinticinco años.

Madame Charles se enamoró locamente del poeta, y él pagó aquel amor con la inmortalidad literaria de la mujer amada. Consagró su nombre en el porvenir, aunque como amante no se portó con la delicadeza de un poeta. Fué acaso un farsante genial, ó tal vez, después de muerta madame Charles, se le desbordó una ternura de la que fué bastante avaro mientras vivió *Elvira*, como la llamó á través de toda su obra poética. Durante el primer período, Lamartine sólo ambicionaba un empleo de subprefecto, aunque fuese á cincuenta leguas de su amada, según le dice á un amigo en una carta.

El azar hizo que se encontrasen fuera de París, en Aix-les-Bains. Madame Charles iba únicamente acompañada por una doncella, porque su esposo, reumático, no había podido acompañarla. Y aquí empieza plenamente el idilio romántico.

Lamartine era un hombre representativo de su momento literario. Exaltado, apasionado, más propicio á las imaginaciones bellamente desorbitadas que á las realidades corrientes y á las ternuras acendradas y serenas, vivió durante unos meses una vida quimérica de amor y de

poesía en unión de Julia, cuyo temperamento superaba al del poeta en apasionado y soñador, y que, además, estaba gravemente enferma de tuberculosis, triste circunstancia que aumentaba la intensidad y el encanto romántico de aquellos amores.

El día 10 de Octubre de 1816, Lamartine se paseaba en barca por un lago. Julia, en otra barca, venía en dirección opuesta. Por una ma-

ritu ebrio por el ambiente de aquel paraje, lleno del recuerdo de Rousseau, y renovaban los mismos ímpetus de pasión que antaño tuvieron el filósofo y madame de Warens.

Esta encantadora manera de vivir sólo duró diez días. Al amanecer de aquellos dulces y dorados días otoñales se iban de excursión á la montaña, con un guía, jinetes sobre mulas cascabeleras. Al crepúsculo se paseaban por el lago, y Julia solía cantar alguna romántica canción. De noche hablaban reposadamente ó recitaban los versos que Lamartine iba componiendo para ella:

O toi que f'm'apparus  
[dans ce desert du monde,  
habitant du ciel, passa-  
[gere en ces lieux...  
Après m'avoir aimé quel-  
[ques-jours sur la Terre  
souviens-toi de moi dans  
[les cieux.

El 26 de Octubre, Julia volvió á París, y el poeta, en Milly, esperó la primera carta de ausencia.

Ella le prometió escribirle diariamente, y lo cumplió hasta el fin de su vida.

Dos meses más tarde, Lamartine sólo se ocupaba de buscar un empleo. Julia, sin obtener respuesta á sus cartas apasionadas, preguntaba á un amigo de Alfonso quién era la mujer á quien había poetizado con el nombre de *Elvira* en sus composiciones elegíacas.

—Una cigarrera napolitana — dijo el amigo —. Lamartine sintió mucho su muerte.

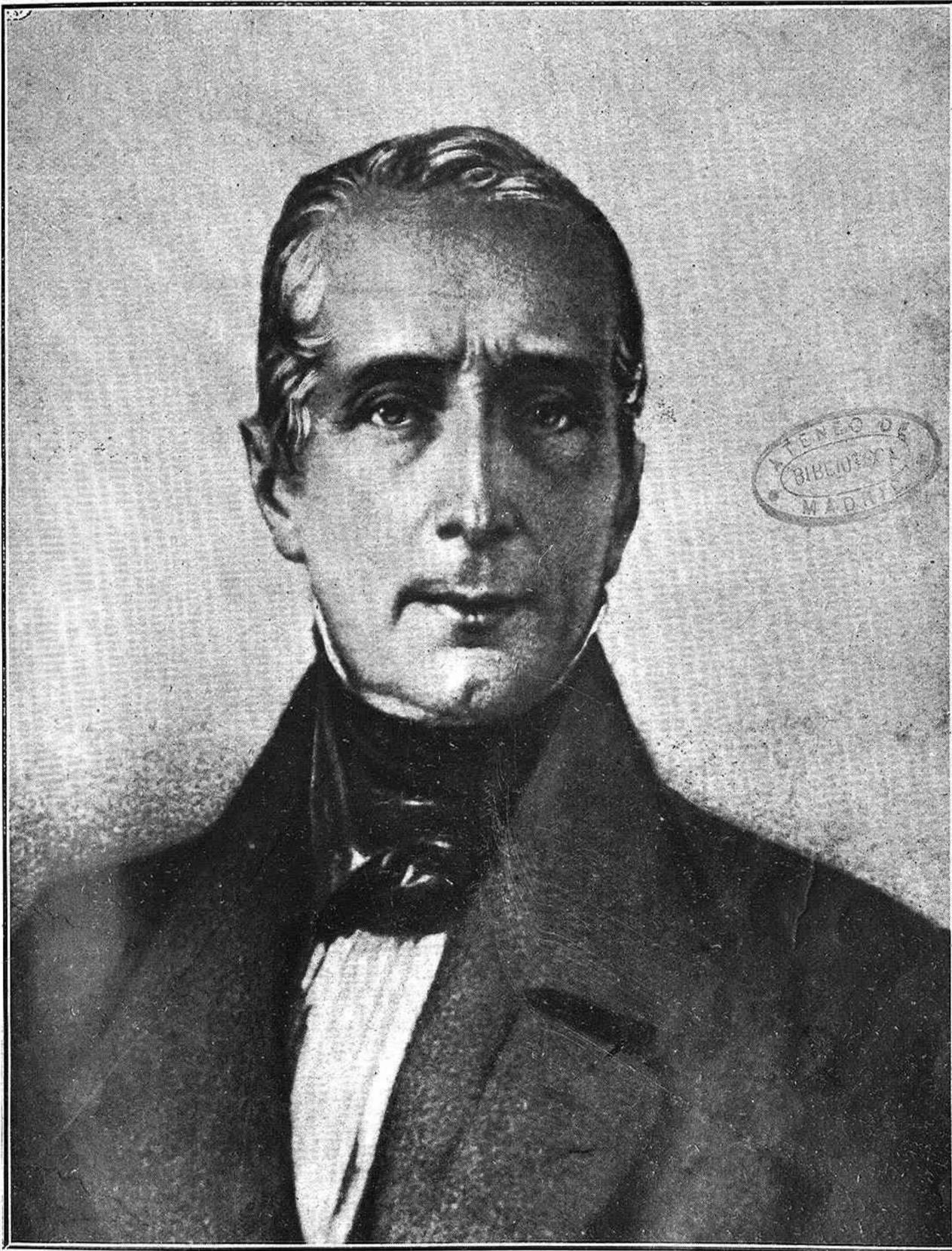
Esto no era cierto; pero la enamorada sufrió dudando de la sinceridad literaria de su amante.

Después de muerta madame Charles, Lamartine siguió dedicándole versos bajo el nombre de *Elvira*.

En la última época, el poeta parecía seriamente dolido

y apasionado por la desaparecida. Visitando los lugares evocadores de Aix-les-Bains, escribió en un *carnet*, regalo de ella, improvisaciones y notas muy emocionadas.

¿Sería todo esto únicamente el adorno romántico que exigía el gusto de la época? Julia ha conquistado la inmortalidad por su gran pasión. Tenía derecho á ello por haberle amado mucho. Es lo menos que el poeta pudo darle.



ALFONSO DE LAMARTINE  
Inmortal poeta francés

niobra imprudente, la señora cayó al agua y el poeta la salvó. Este fué el primer episodio del gran idilio. Aquel día, el poeta se confesó *dominado por unos ojos que parecían mirar desde el fondo del infinito*.

Desde entonces se pasearon juntos, *al claro de luna, por las avenidas de álamos esbeltos que bajaban desde la ciudad hasta la orilla del río; se sentaban en las piedras de un castillo en ruinas; cambiaban juramentos de inflamado amor; se hacían confidencias de su pasado, de sus sueños, de su porvenir; se decía que tenían el espí-*



«Retrato de la señorita Dora Saavedra»,  
cuadro original de Ernesto Carrero



Ester Ralston y Neil Hamilton, en una escena culminante que los rostros expresan de modo tan distinto

DE LA ESCENA MUDA  
 LA EXPRESIÓN DEL TERROR  
 EN LA PANTALLA

Ya vemos cómo el lienzo de plata es fiel altar de la Emoción, en el que parpadean las diversas y sutiles fórmulas del gesto y el ademán, como magníficos resortes de los estados del alma... Sucesivamente, el espectador—flujo y reflujo de lo que sucede en la pantalla: ternura, odio, dolor...—, va pasando por esa escalonada gama de sensaciones que afloran en la faz de los intérpretes. Y acaso, sin duda, ninguna se ahincará en mayor grado como el terror. Inevitablemente—por aquello de que el instinto de conservación, fenómeno reflejo que nada y convive con lo subconsciente—, todos los seres somos más propensos á la angustia y el miedo que, por ejemplo, á la ternura y el regocijo. He aquí cómo las expresiones dramáticas llegan al espectador por manera más rápida y perdurable, y he aquí por qué nuestra admiración se acrecienta para aquellos que logran sobreponerse á las situaciones en que la vida pende de un instante imprevisto en linde con lo eternal...

Diríase que el sentido trágico de la vida pesa en todas las conciencias, y cómo al acecho de lo fatal, todos vivimos pendientes de esa deidad inexorable que espanta y sobrecoge á su solo conjuro... Suponemos, además, por otro lado, que el objeto de la existencia—y su fin— es perdurar más ó menos tiempo en este planeta de alegrías y desventuras, de risas y desengaños...

De aquí, mientras el misterio del más allá quede por descorrer ante la razón humana ó la fe no triunfe de la insignificancia de nuestra condición, que el miedo, el terror, el pánico, ó como decir último peldaño de la Emoción, será siempre la más sincera huella que la vida dejará en nuestro espíritu... Y en torno á ese imperecedero rastro de dolor con que vamos redimiéndonos á nuestro paso por la tierra, y que no siempre espejea en el semblante, el arte—unas veces el teatro, la novela y, ahora con estos últimos lustros, la pantalla—encuentra, á trueque y en contra de la chabacanería imperante, de lo

caricatural y el escepticismo, su más sólido puntal...

Inútilmente intentaremos apartar la atención, como quien busca un sedante en el artificio del reír insensato, de las mil situaciones patéticas que nos saltan al paso... En vano trataremos de olvidarnos de la vida, que es dolor y expiación aun en los más envidiados, en proporción menos envidiables, cuando el gesto, la mirada, cada día y en todos los seres, nos revela nuestra humana condición, con los infinitos terrores que nos embargan, hasta el supremo de perder la vida misma...

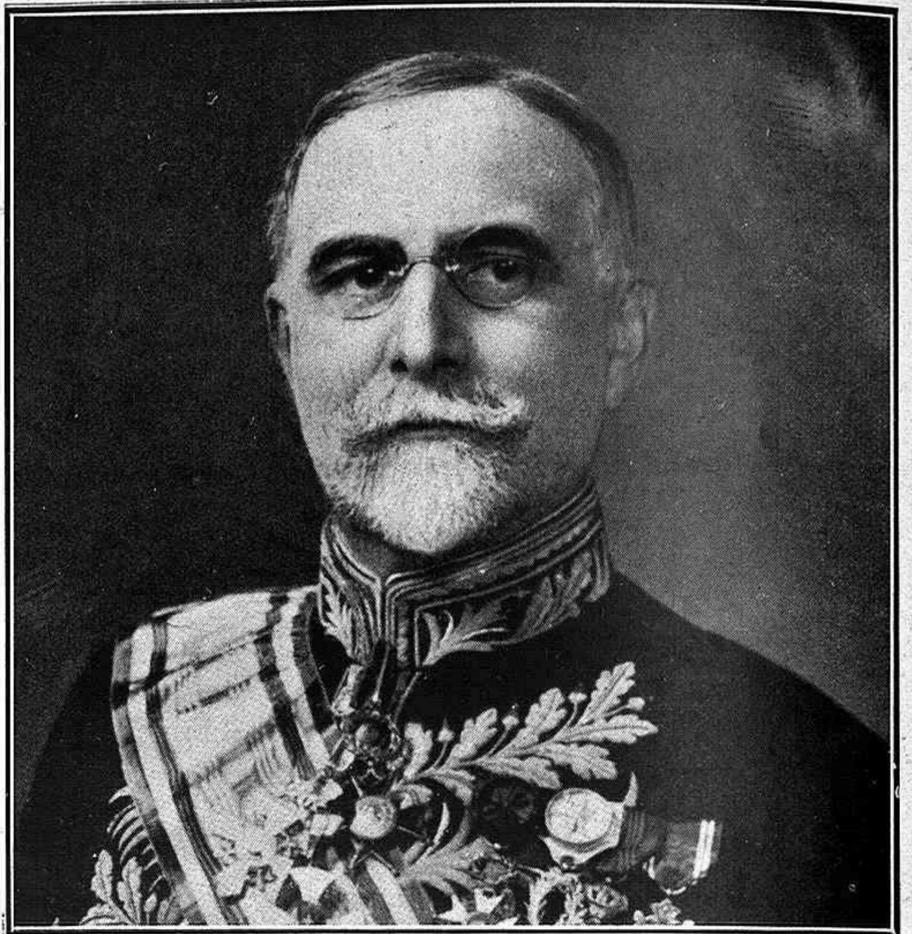
De cierto, con ningún gesto como cuando el rostro pinta el miedo á la muerte—incluyendo aquel mismo en que la faz resplandece con ingenuo transporte de amor—, el semblante adquiere, sin fiscalizar la fealdad del espanto, en antítesis de la belleza de una conmoción geológica, tan noble, tan sublime, tan humana expresión...

L. R.

# REPRESENTANTES HISPANOAMERICANOS EN MADRID



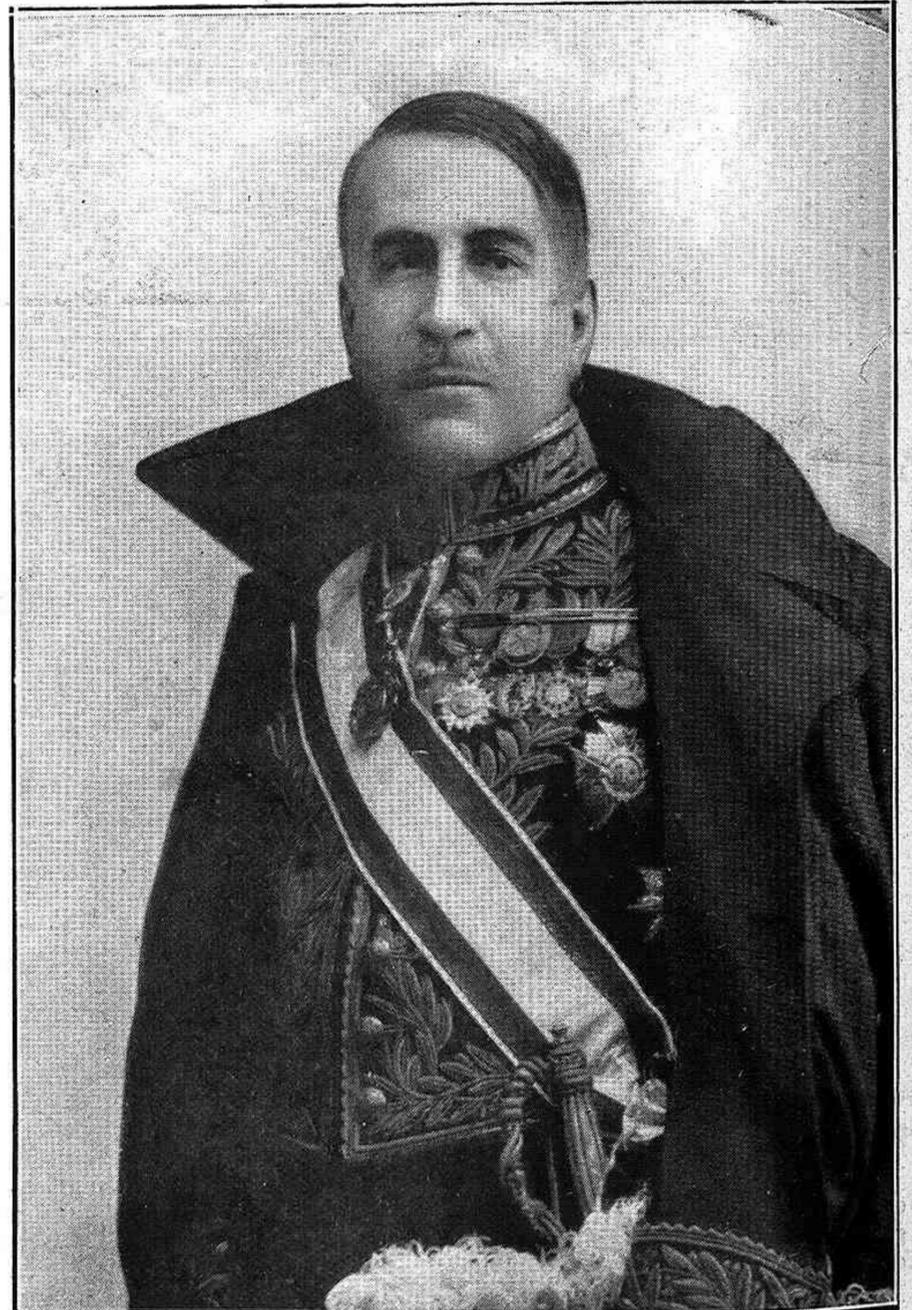
EXCELENTISIMO SEÑOR DON M. LASSO DE LA VEGA  
Ministro Plenipotenciario de Panamá



EXCELENTISIMO SEÑOR DON DANIEL GARCIA MANSILLA  
Embajador de la República Argentina



EXCELENTISIMO SEÑOR DON ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ  
Embajador de Méjico



EXCELENTISIMO SEÑOR DON L. RODRIGUEZ MENDOZA  
Embajador de Chile



EXCELENTISIMO SEÑOR DON JOSE M.<sup>a</sup> PERALTA

Ministro de El Salvador, con uno de sus secretarios y el duque de Vistahermosa, el día en que presentó sus credenciales



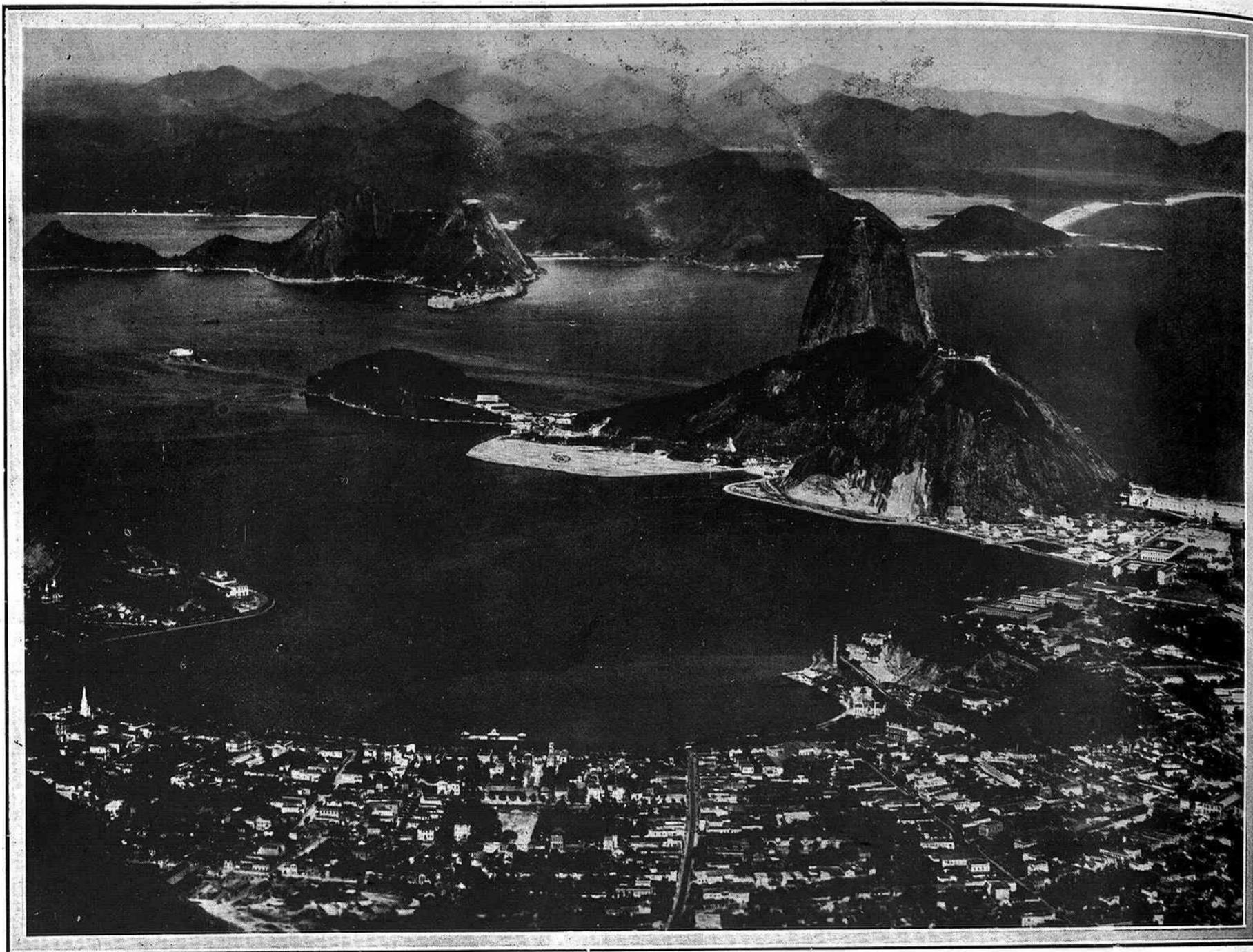
EXCELENTISIMO SEÑOR DON FELIX MEJIA

Ministro de la República de Santo Domingo, con el duque de Vistahermosa, el día en que presentó sus credenciales á Su Majestad



EXCELENTISIMO SEÑOR DON SIMON L. PATIÑO

Ministro de Bolivia, con su séquito, el día en que presentó sus credenciales á Su Majestad



Vista general de Río de Janeiro y su maravillosa bahía

## VIAJANDO POR AMÉRICA

# LA CIUDAD DE ALADINO

La mejor manera de dar bien la impresión de una ciudad, es conocerla poco.

Según se penetra en su espíritu y se profundiza y se ahonda, nos vamos familiarizando con él y perdiendo la emoción. Ya no nos sorprende ni admira. Tal vez lo mejor es recibir la impresión irrazonada de un lugar y no volver nunca para comprobarla.

Río de Janeiro es la ciudad más típica de América, de aspecto más tropical, más hija del Sol. Es la ciudad en medio de la selva, como aprovechando el remanso de una playa para alzarse entre una naturaleza tan bravía, que sin esa circunstancia no permitiría la construcción.

Se puede decir que en Río de Janeiro la ciudad es lo que tiene menos importancia. El encanto reside en la costa salvaje, llena de islas maravillosas, y en los montes que la sirven de respaldo.

El Corcovado, cuya grotesca silueta recuerda una estatua yacente de Cirano de Bergerac, finge la gran nariz y la vestimenta romántica de la época.

Se ha sabido aprovechar el encanto de los Morros (cerros), para que sean lugares de excursión y de recreo. Parece que son necesarios para respirar en la atmósfera, abrasada del trópico, y en todos ellos se han formado lugares de recreo, propicios a las excursiones, con grandes restaurantes, a los que se llega por medio de funiculares. El del Pan de Azúcar, pintoresco nombre que el Morro más célebre debe a su forma,

por esa tendencia de los países primitivos que buscan las semejanzas de las cosas con una clarividencia que no se logra después, tiene un funicular que consiste en unas cestas que conducen desde un monte de la ciudad al célebre Morro, desde donde se divisa uno de los panoramas más inolvidables del mundo: la ciudad tendida a los pies con sus jardines y sus paseos de palmeras, y la enorme extensión de su costa sembrada de islas, que parecen brotar como flores del Océano para contemplar la belleza brasileña.

La ciudad, como hemos dicho, tiene menos importancia que los alrededores, a pesar de ser una de las más bellas de América. Es desigual. Tiene calles hermosas y calles demasiado estrechas. La que se destaca entre todas es la Rua Paysandú, que lleva al palacio del presidente de la República, el cual se ve al final, sobre el fondo de las altas montañas.

La originalidad de la Rua Paysandú consiste en las dos filas de palmeras que crecen dentro de las aceras, en las que se han abierto huecos a sus enormes troncos. Son palmeras tan altas, que nos parecen centenarias, y dan con su aspecto altivo, melancólico y majestuoso, la idea de una guardia de honor que cubre la carrera del palacio. Frente a éste, hace ángulo con otra calle romántica, cuyos árboles forman un delicioso túnel de follaje.

Toda la parte más moderna y animada de la vida ciudadana en Río de Janeiro, está alrededor

de la calle central, que va desde el Puerto a la gran Plaza, entre cuyos palacios y monumentos está el palacio construido para la visita del rey D. Carlos de Portugal, y que no llegó a ver el desventurado Soberano.

Los grandes palacios de Río de Janeiro no suponen ser moradas antiguas ó construídas para las necesidades oficiales; hay, además de éstos, un derroche de riqueza que demuestra las grandes y fáciles fortunas realizadas en ese país de tesoros. Una de las moradas más lujosas y artísticas es la de un rico italiano, que ha superado en magnificencia los palacios de los cuentos persas.

Sucede con las estatuas lo mismo que con los palacios: se mezclan las conmemoraciones más distintas; hay estatuas de sus personajes notables y de los hijos de otros países, como Cepratemec, que parecen acogerse allí por lo que tiene el Brasil de país nuevo y abierto a todo lo que no sea obscurantismo. También hay estatuas de innominados, que abusan de la democracia para igualar lo único que diferencia a los hombres; hay algunas de buenos burgueses enriquecidos que pretenden inmortalizarse con estatuas colosales.

Como ciudad muy visitada por extranjeros, Río de Janeiro tiene, como Nápoles, un comercio pintoresco; sus escaparates ponen en la calle una nota de color, con los mosaicos de alas de mariposas, y el deslumbramiento de los brillan-

La Esfera

tes y piedras preciosas. Parece que el brillante pierde allí algo de su prestigio y distinción; su abundancia y sus grandes tamaños lo hacen un poco la piedra de los nuevos ricos.

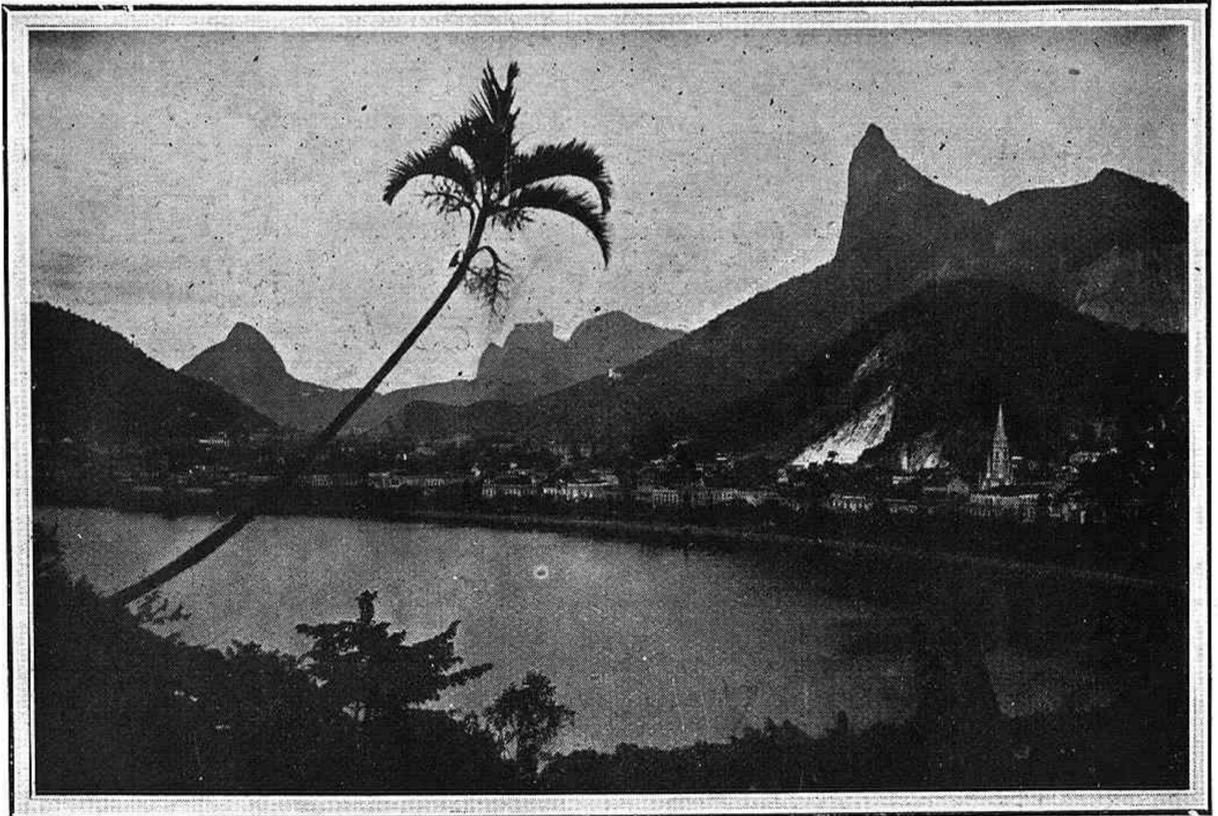
La multitud es abigarrada y más pintoresca que elegante; hay mucha población de color y una extraña mezcla de tipos para los que estamos acostumbrados á la uniformidad de la población europea.

Así como Florencia guarda en Europa su carácter del medio unido á la más aristocrática modernidad, y realiza el milagro de reunir ambas cosas, sin menoscabo de ninguna de ellas, Río de Janeiro conserva todo su carácter de selva tropical, de costa abrupta y salvaje, unido al de la ciudad dotada de la mayor modernidad.

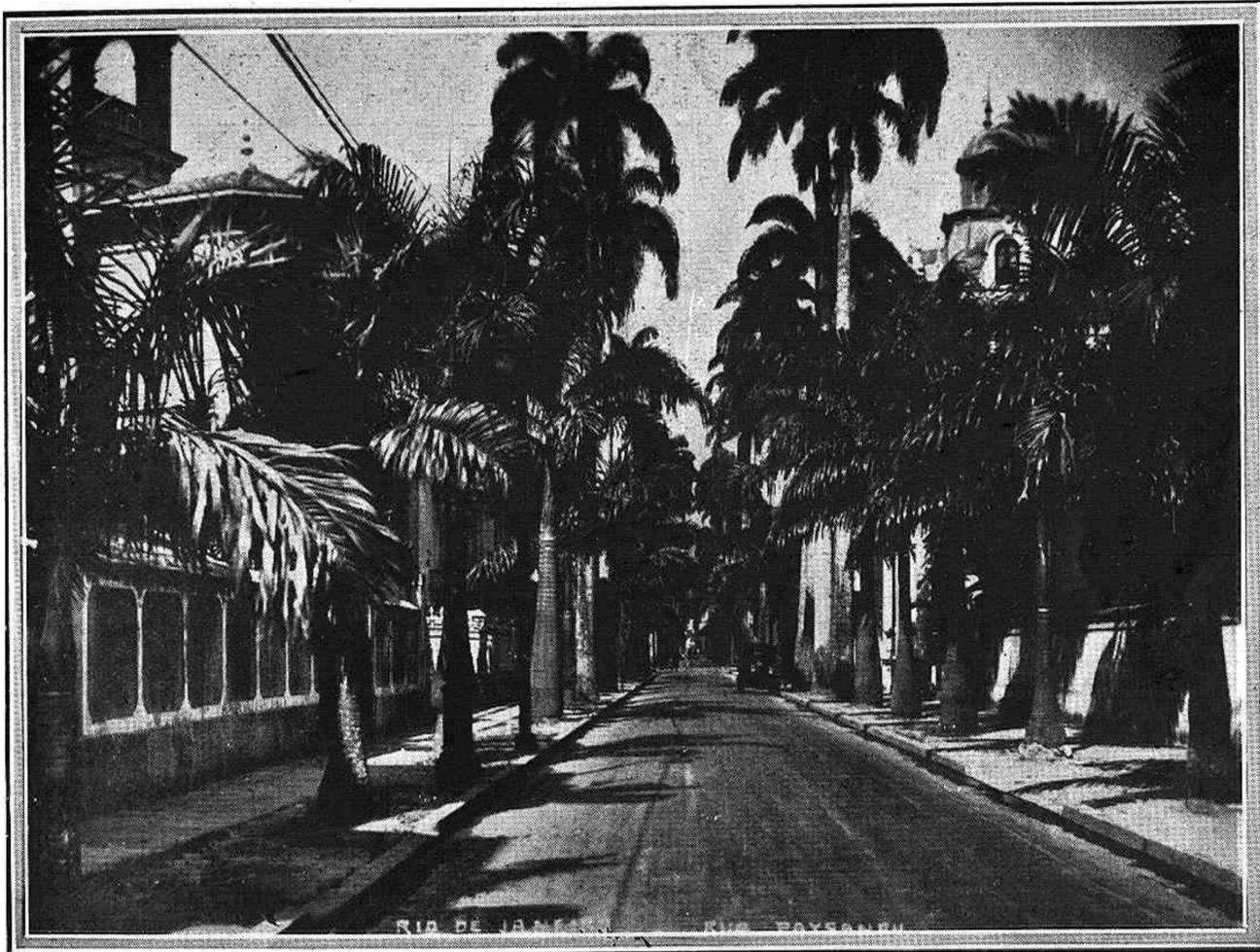
Se comprende la razón de esa especie de sugestión que Río de Janeiro ejerce sobre todos los que la visitan y la proclaman La Villa Maravillosa en relación con todas las de América. Es la ciudad que anuncia las sorprendentes riquezas y las bellezas insospechadas que guarda el interior del Brasil.

Al alejarse de Río de Janeiro, después de tan breve estancia, que no permite rectificar las primeras impresiones sinceras, parece que se ha visto en sueño una de las encantadas ciudades de Aladino. Se deja detrás de nosotros algo tan extraordinario que perdurará siempre en el recuerdo.

Se queda la ciudad como una mancha de luz entre las siluetas borrosas de los Morros y las islillas que la circundan. Hay un festón de luces que señala el gran anfiteatro de su costa, como un Zodíaco cuyos signos estuviesen escritos con luces. Ese cielo que en América nos parece más bajo se confundió con la ilumi-



Ensenada y monte de Botafogo



La pintoresca y típica rua Paysandú

nación, que forma nuevas constelaciones desconocidas.

Están tan altas las luces de Pan de Azúcar, que parece que hay que encenderlas desde un aeroplano, y la cestilla del funicular aéreo corre entre las tinieblas como una estrella errante, de un tamaño que realiza los ensueños de lo extraordinario que concibe la imaginación en el mundo distinto del nuestro.

Es como un cielo en movimiento con la multitud de barcos que entran y salen del puerto y cruzan entre los anclados, todos recamados de luces, semejantes á antorchas que se fueran á consumir y á apagar en el agua.

Los pasajeros de algunos trasatlánticos y los del nuestro se saludan al pasar agitando los pañuelos y gritándose frases afectuosas. Recuerdo esas baladas románticas en las que se saludaban las almas que salían y las que entraban en el mundo. Me parece que los que vienen traen un desengaño saludable después de todo, que les hará dar á la vida su verdadero valor y apreciar la felicidad en su patria. Los otros representan todo el encanto de la ilusión que marcha hacia lo desconocido, y que tantas desilusiones ha de hallar en suelo extranjero. Me causan pena todos esos emigrantes que van sin su billete de vuelta y se desarraigan de su suelo.

Me siento feliz al mirar la proa de nuestro barco orientada hacia donde nace la Luna y miro á mi espalda la costa americana que se va quedando atrás. Muy á lo lejos ya aún nos hacen guiños los faros con sus ojos enrojecidos de tanto mirar al agua.

CARMEN DE BURGOS

(Colombine)



Hay un festón de luces que señala el gran anfiteatro de la costa...

*Una obra espléndida y magnífica*  
*En el Dispensario de la Cruz Roja podrán ser asistidos treinta mil enfermos pobres al año*



Fachada principal del Dispensario de la Cruz Roja, obra espléndida y magnífica, donde recibirá asistencia y cuidado el ejército de infelices menesterosos acogotados por la desgracia y la necesidad. Este Dispensario se debe á los desvelos y trabajos de la Reina Victoria, que ha puesto en esta obra sus regios entusiasmos

#### LA REINA BELLA Y BONDADOSA

EN el Hospicio, en el Hospital ó en el Sanatorio; junto á la cama del viejo inválido, del niño doliente y la mujer desvalida; allí donde hay una lágrima que enjugar, un dolor ó una pena que compartir, está la palabra cariñosa, el cuidado solícito, la atención minuciosa y el dulce aliento de la Reina Victoria.

El reporter, en su diario devaneo por los Centros benéficos, ha oído siempre en las bocas de todos palabras de encendido cariño para esta dama ejemplar que está al frente de los destinos de nuestro pueblo.

La labor callada y silenciosa de la Reina en favor de los menesterosos, de los vencidos por la vida, de la legión de infelices mordidos por la desgracia y acogotados por la miseria; el trabajo tenaz, porfiado y constante de doña Victoria por remediar el dolor humano, nimbaban la figura de la ilustre dama con una aureola de simpatía y de bondad extraordinarias.

Este Dispensario de la Cruz Roja, cuyas losas pisa ahora el reporter, obra espléndida y magnífica, se debe á los desvelos y cuidados de la Reina. El rojo edificio de ladrillo se abre como un corazón henchido de amor y de promesas para la legión de enfermos que lanzan la vida á sus orillas, como el légamo los ríos.

#### LAS INTENCIONES DEL REPORTER

El director del Dispensario, el ilustre cirujano Sr. Nogueras, cuya buena fama corre parejas con su inteligencia, tiene un gesto de alarma ante las pretensiones del cronista.

—No sería oportuno ni conveniente ahora una

información del Dispensario—arguye el Sr. Nogueras—. Dentro de pocos días se inaugurará, y entonces usted y sus compañeros podrán decir lo que quieran de esta Casa.

El Sr. Nogueras se mantiene firme en la negativa. En sus palabras correctas, adobadas con sonrisas, encuentra el periodista un obstáculo á sus deseos. Pero he aquí que buscamos un rodeo y una argucia para conseguir nuestro propósito. Y argüimos:

—Como usted quiera, Sr. Nogueras. Yo había oído hablar con tanto elogio de las excelencias de este establecimiento benéfico, que ardía en deseos de hacer una información. Ya veo que no es posible. Pero podríamos, si á usted le parece, ya que estoy aquí con mi compañero el fotógrafo, *tirar algunas placas* y dar un paseo para ver las instalaciones. Así adelantamos el trabajo para el día de la inauguración.

—¿No hará usted ahora la información?

—¿Cómo? ¿Cree usted, Sr. Nogueras, que en una ojeada rápida se puede uno llevar en la retina y en la memoria lo que esto encierra?

#### LA DISTRIBUCIÓN DE TODOS LOS SERVICIOS

Recorremos las salas amplias, limpias, impolutas. Cruzamos los largos pasillos, cuyas paredes y suelos brillan como espejos. Nos asomamos á los ventanales, por donde entra á chorros el sol y la luz.

—El vulgo, Sr. Nogueras—digo—cree que esta institución de la Cruz Roja tiene como fin primordial y único el remediar el dolor y las desdichas de la guerra.

—La Cruz Roja no trabaja actualmente más

que para la población civil. Por excepción, y por voluntad de la Reina Victoria, hay en la casa ocho mutilados de guerra, á los que se les están construyendo los aparatos ortopédicos. Estos pertenecen á la serie de aparatos que la Reina piensa regalar á todos los mutilados por la guerra en España.

Vertiginosamente, como en un rápido *film*, vemos los laboratorios, las clínicas, las salas de espera y la admirable distribución de todos los servicios.

—En este Dispensario se cultivarán todas las especialidades de medicina, servicio de cirugía general, ginecología, nariz, garganta y oídos, puericultura, oftalmología, sistema nervioso, aparato digestivo, corazón, piel, aterosclerosis, enfermedades de la boca, y el servicio de farmacia, con producciones de inyectables y comprimidos.

Este Dispensario—añade el doctor Nogueras—está destinado á ver 30.000 enfermos nuevos al año.

#### EL COMISARIO REGIO Y LAS DAMAS DE LA JUNTA

—¿Tiene que pagar algo el enfermo?

—No, señor. Todo es gratis.

—¿Y el dinero para los enormes gastos de este Dispensario, de dónde sale?

—Procede de la Cruz Roja: de las fiestas benéficas, corridas de toros, donativos, etc. El alma de esta institución—dice con fervoroso acento el Sr. Nogueras—es S. M. la Reina Victoria. A su entusiasmo, á su decidido amor á los pobres enfermos se debe esta Casa. Su espíritu lo llena todo, y ella cuida como de su propio hogar de este establecimiento. La Reina ha buscado

## La Esfera

para esta faena á colaboradores ilustres. El marqués de Hoyos—comisario regio—lleva la organización completa de la Cruz Roja. Es de una gran capacidad intelectual, de una actividad inagotable y de una exquisita afabilidad. Sobre los hombros de este prócer pesa todo este complicado mecanismo, y sus ojos lo ven y escudriñan todo. También ayudan á Su Majestad muy eficazmente la Junta directiva del Hospital, formada por la duquesa de la Victoria, duquesa de Fernán Núñez y marquesa de Valdeiglesias.

LO QUE HA COSTADO EL EDIFICIO. PODRÁN TRABAJAR HOLGADAMENTE 75 MÉDICOS

—¿Cuánto ha costado el edificio?

—Unos tres millones y medio de pesetas. Las columnas son de hormigón armado, y la armazón, de ladrillos y baldosines esmaltados.

—¿Qué tiempo se ha empleado en su construcción?

—Dos años y medio.

—¿Ha servido de pauta para construir este Dispensario algún otro establecimiento extranjero de esta clase?

—No, señor. El proyecto es del arquitecto señor Cadenas. Nosotros le hemos dado detalladamente la nota de lo que necesitábamos, y con arreglo á estas necesidades ha trazado su plan.

—¿Y los aparatos clínicos y el instrumental?

—También pedimos á los médicos encargados de las especialidades que nos dijeran lo que necesitaban para sus trabajos. Nos entregaban sus peticiones, y éstas pasaban á una comisión.

Estamos en la clínica de ojos. El Sr. Noguerras abre los limpios estantes, donde cuelgan cientos y cientos de cristales, tijeras y apatuscos, raros para el reporter.

Vemos las mesas de operaciones, las salas de consulta y el laboratorio general para los trabajos de investigación científica.

—Además de este laboratorio general, cada especialidad tiene un laboratorio para los análisis rápidos—arguye el doctor.

En las salas de espera para enfermos de aspecto repugnante ó contagioso, existen cabinas aisladas donde el enfermo aguarda, sin ver á los demás, ni ser visto, á la hora de la cura ó de la consulta.

De las saias donde aguardan los enfermos parten una porción de rayas de distintos colores que

rematan en una clínica. Para que el enfermo analfabeto no se pierda en este laberinto de habitaciones y pasillos, sigue la raya—roja, azul ó blanca—, y en la puerta donde termina allí es su sitio.

Hay un salón de actos y una escuela para la enseñanza de las enfermeras profesionales. Allí hacen sus estudios y obtienen el diploma.

Pasamos al departamento de radioscopia, donde existe una magnífica instalación de rayos X.

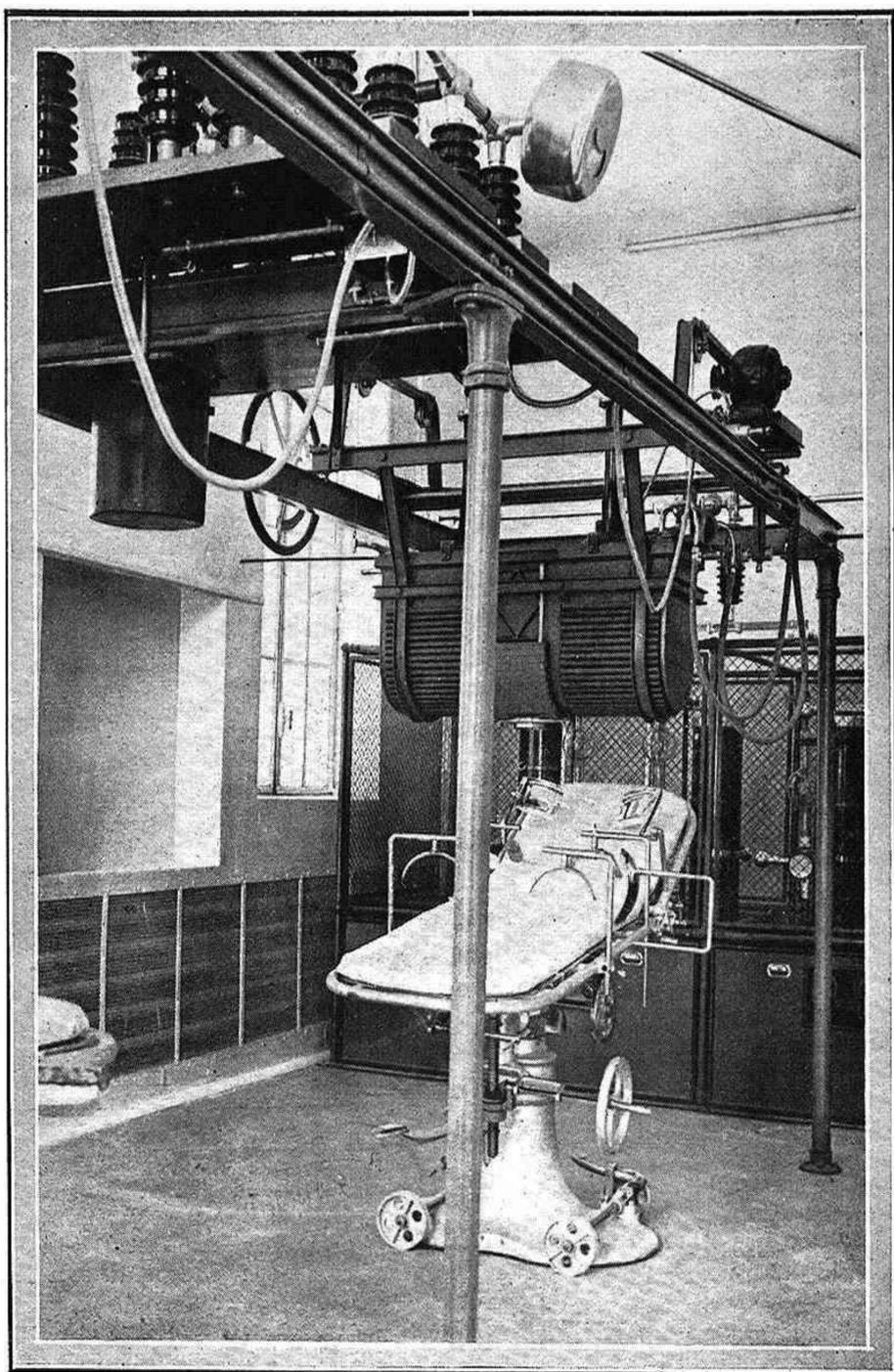
—El material de las clínicas y laboratorios ¿es español?

—Excepto la instalación de radioscopia, el material está construido en España.

—Todas las habitaciones tienen agua esterilizada—añade el Sr. Noguerras—. Además, en esa torre—dice mirando por el ventanal á la pirámide de ladrillo—hay un depósito de aguas para la época de verano. Ese depósito puede abastecer al Dispensario durante quince días.

—¿Qué personal, entre médicos, enfermeras, ayudantes, etcétera, tendrá el establecimiento?

—En total, unos trescientos. Aquí



Magnífico gabinete de radioscopia en el nuevo Dispensario, que cuenta con material modernísimo



Las enfermeras del Dispensario reciben en esta sala su enseñanza teórica y práctica para la curación de enfermos y heridos

(Fots. Díaz Casariego)

pueden trabajar holgadamente setenta y cinco médicos.

LA PLAYA ARTIFICIAL, LOS BAÑOS DE CIEÑO Y LAS CÁMARAS SUDORÍFICAS. EL CÍCLOPE CIEGO

Llevamos dos horas visitando dependencias. Como ya creemos terminada nuestra misión, extendemos nuestra mano al médico ilustre que nos ha acompañado en nuestro grato viaje.

—¿Cómo? ¿Se marcha usted?

—¿Queda algo que ver?—preguntamos.

—¡Oh, sí! En los sótanos tenemos la instalación de hidroterapia. ¿Quiere verla?

Bajamos al subterráneo. Hay un larguísimo pasillo. Los ojos profanos del reporter se quedan maravillados. Existe una playa artificial, con su piscina, el suelo de arena y la lámpara de cuarzo. Esta habitación es para nutrir de energía á las endlenques naturalezas de los niños enfermos. Vemos los baños de cieno, las cámaras sudoríficas, los cuartos de baño frío y de vapor... Todo lo que ha inventado el ingenio del hombre para combatir las enfermedades que minan y socavan nuestro organismo.

—¡Admirable!—exclamo, felicitando al señor Noguerras, que ha puesto en esta obra todo su talento y entusiasmo.

Y desde la calle, yo me quedo absorto mirando las dos alas de ladrillo del edificio, que avanzan hacia Madrid como brazos potentes y magníficos, dispuestos á entrar en batalla con el cíclope ciego y tenebroso del dolor humano.

JULIO ROMANO

CUENTOS DE  
«LA ESFERA»

CARNE  
Y  
ESPIRITU



HABÍA también en aquella lograda aspiración mediterránea de los cipreses verdes, las colinas rojas y las villinas blancas, por donde chorreaban senderos y movían sus epilepsias centenarias los olivos de leyenda, los que no tenían bastante dinero para su fastidio elegante.

Venían con un presupuesto mermado por el itinerario previo que consiente el retorno desde otras fronteras; cumplían allí vacaciones humildes desde pueblos del interior ó la ciudad tentacular de sus tareas cotidianas. Tales, ni eso siquiera: en un tranvía matinal llegaban, y no gozaban del crepúsculo por miedo á perder el tranvía nocturno.

Un ansia de mar, de paz y de ocio para las manos y las miradas les hacía felices no lejos de quienes hilaban su holgorio reiterado de todos los meses.

Cruzaban acaso por los restaurantes voladizos sobre las olas hondas, henchidos de germanos y de yanquis colorados del sol y polícromos de atavíos arbitrarios. Se azoraban un poco de las faldas demasiado altas y los descotes demasiado bajos de las mujeres trasatlánticas ó venidas á través de los lagos desde sus selvas de la Europa Central y sus fríos hiperbóreos.

Tropezaban con las mesitas, sombreadas por los quitasoles enormes; se enredaban en aquellas madejas sonoras de los jazz vocingledos por el cobre y la madera y la cuerda de los instrumentos irónicos.

Eran enfermos del mal de la pobreza y de los deseos insatisfechos; gentes de vida y ropas oscuras ó de una claridad triste que parodiaba las rutilancias de los vagos con fortuna.

Ocupaban albergos de tarifa baja; restaurantes con el «giardino» recoleto, ó se emperezaban en los malecones oscuros de tantos reposos graciosos cuando las tardes plácidas. Un gramófono, que acaso era bocina de radio; una pianola que tal vez tenía los saldos melodiosos de las canciones de Tosti y de las serenatas venecianas en aquellas góndolas donde artistas anónimos ó de nombres deslucidos por el tiempo mentían las carnavales de antaño para los turistas sin imaginación.

Buscaban también salud. Y los rostros empalidecidos en la clausura jornalera, los pulmones desecados por el hálito de las callejas infectas ó

de los tugurios en que se gana pan, calzado y derecho á pagar tributos, recibían la caricia del aire salobre ó del aire florido de las laderas con sus condecoraciones de casas para el placer de no hacer nada.

Al forastero le divertía más este contacto de los humildes, que la promiscuidad transitoria con los afortunados. Prefería los cafetines de playa y los «restaurantes» colocados al margen de los hoteles con tasa de lujo. Se encontraba así más lejos de Italia, sin la arrogancia gutural de las voces exóticas y las danzas de otras riberas remotas. Suenan mejor el ritmo latino de la palabra nativa con el son marino del Mediterráneo, con el suave cabeceo de los cipresales ó aquel alto balanceo del pino largo, largo y desnudo hasta su copa, que sólo daba sombra al horizonte.

Los chiquillos morenos de luz y de suciedad; las mujeres orondas, los hombres elásticos, serpentinos en su juventud y crasos, coléricos en su madurez. Era la Italia no contaminada de los conquistadores por el dólar, la libra y el marco oro. La Italia que no suelen ver los enrolados por el Baedeker y las Agencias internacionales.

Cada tarde, el forastero había encontrado en la diversidad de tipos fugentes aquel hombre todo espíritu y aquella mujer toda carne. Tenían la doble soledad de sus destinos unidos por una equivocación común. Gastaban su melancolía distinta con ese fatalismo que sólo las razas del Sur padecen. El era acaso un profesor envejecido prematuramente en archivos silenciosos ó aulas turbulentas: un hombre que sabía más cosas de otras épocas que de la suya propia. Armado para debates intelectuales é indefenso para las contiendas cotidianas. Se le comprendía evadido por consejo facultativo ó por una inconsciente rebeldía contra su existencia de mesócrata inteligente y pobre durante unos días.

Ella se sentaba ante la Naturaleza sin verla, en una saturación animal que la daba sueño y hambre.

¿Cónyuges? ¿Hermanos? ¿Amantes? La razón afectiva, el lazo físico no se traslucía en aquellos silencios lentos, en la infinita separación de las ideas contenidas dentro de los vasos humanos sin belleza. Las barbas de él, la obesidad de ella, pugnaban por no parecer demasiado antagónicos.

Pero, ¿cómo lo eran, realmente! El, todo alma;

ella, toda materia, se dejaban cada tarde algo de sí mismos en el reposo sin ilusión, en la copa donde bebían y la lejanía que miraban.

De cuando en cuando, una palabra usada y de todo el mundo, un gesto de cansancio y un ademán tardío. Nada más.

No tenían prisa para llegar ni para irse. No cambiaba su aspecto externo hasta el punto de imaginarles que dormían vestidos desde hacía muchos años.

Jamás aquietamiento sensorial y sensual ofrecieron á la curiosidad ajena tal muestra de resignación inconsciente. El amor no estaba entre ellos, como en las pinturas católicas ó en los simbolismos eróticos que los museos prodigan. Aquella mujer sólo habría conocido la función genesiaca. Aquel hombre sólo debió cumplir la necesidad fisiológica.

Y este drama en la Naturaleza, cuajada de voluptuosidad; en el sortilegio encaldecido de la primavera, en la pompa nupcial que prepara allí el Mediterráneo, daba esa fuerte sensación de los dramas noruegos ó suecos imaginados de espaldas á todo lo que es Italia. Más aún: á todo lo que significa Italia.

El duelo entre el hombre y la mujer cuando el hombre ha dejado de ser esclavo de su instinto y la mujer no rebasó la condición de hembra.

Drama áspero, helado, de contornos duros, de verticalidades rectilíneas, mientras ondas de mar y ondas de atmósfera, curvas terrales y curvas frondales, consentían y excitaban precisamente lo contrario.

•••••

Una tarde, el hombre hizo con su libro el ademán distraído que hacen tantos en los fastidios lentos y solitarios junto á un agua quieta donde se lanza una piedrecilla. Lo tiró al mar.

Pero tenía el hombre flaco, barbudo y vestido con pobre decencia tan terrible expresión de quien calcula su caída futura, que el forastero casi estuvo á punto de gritarle:

—¡Cuidado! Eso que piensa usted no debe realizarlo. Deje que le maten los demás ó le salven los demás.

Y no se atrevió á volver al «restaurant» porque temía ver á la mujer, sola, vestida de negro.

José FRANCES

(Dibujo de T. Pérez Rubio)

# EDIFICIOS INTERESANTES



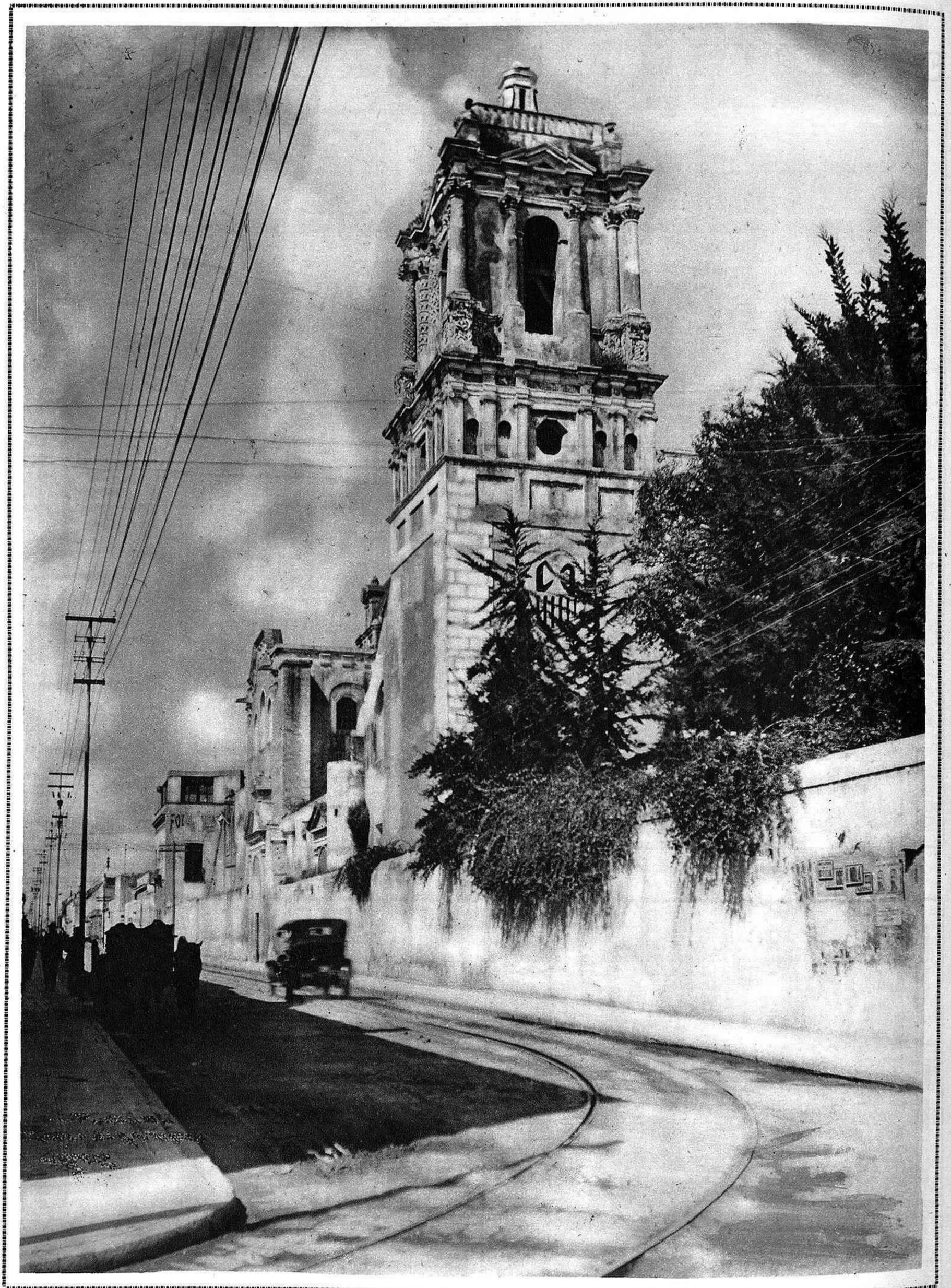
Templo de Nuestra Señora del Sagrario, una de las joyas arquitectónicas del período colonial en Méjico



Palacio de los capitanes en Guatemala la antigua



Palacio del Gobierno en Chihuahua (Méjico)



*Los templos de América  
de la época colonial*

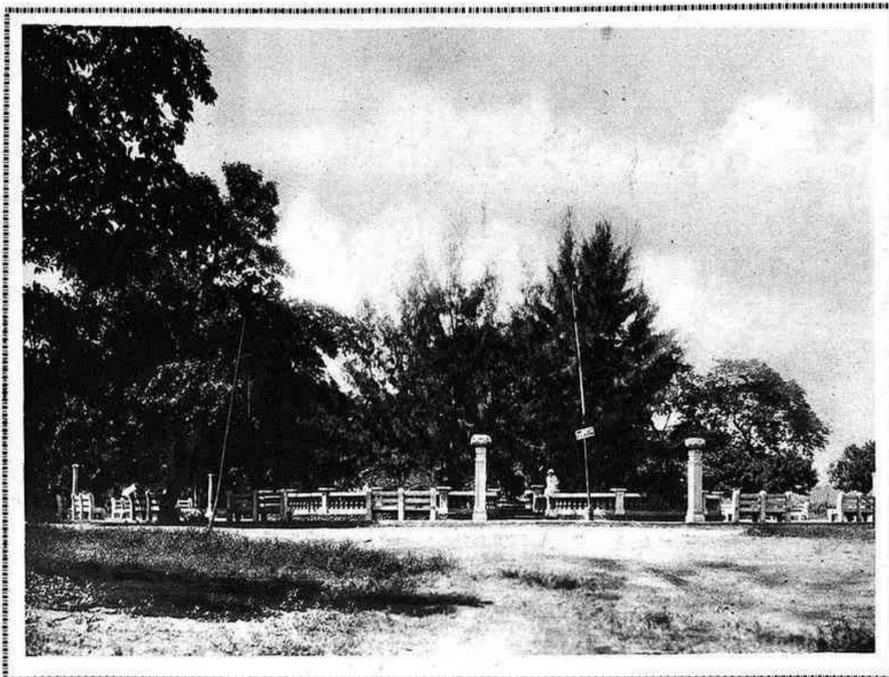
Este magnífico templo, puesto bajo la advocación de Nuestra Señora de la Merced, data de la época colonial y es un bello monumento de estilo romano que se conserva en Puebla (Méjico)



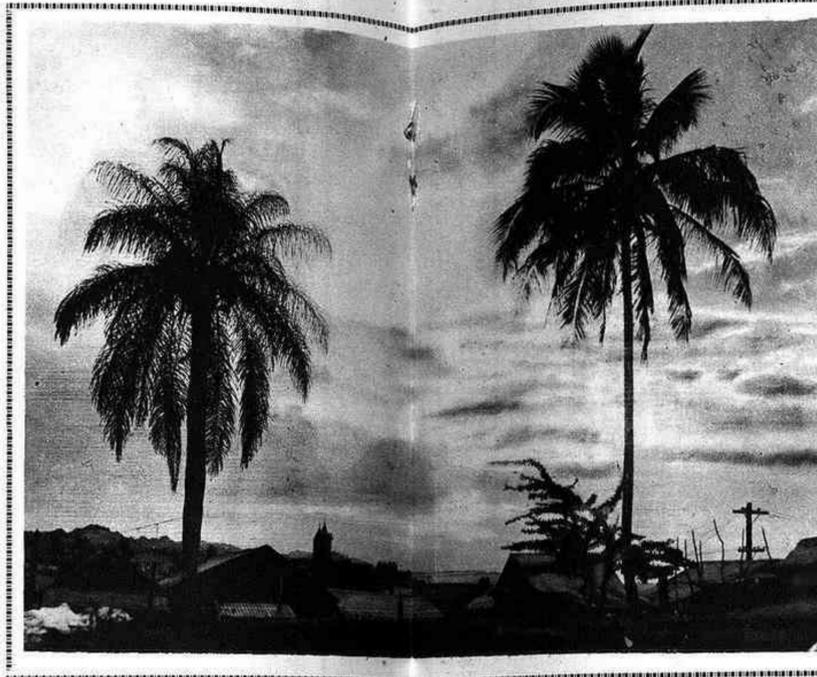
*Otro legado de la época colonial española en Méjico*

Del más bellissimo estilo plateresco, en la Parroquia de Cholula, también de Puebla (Méjico), se conserva este precioso templo, joya preciadísima del arte cristiano, cuidada por los indios chulultecas

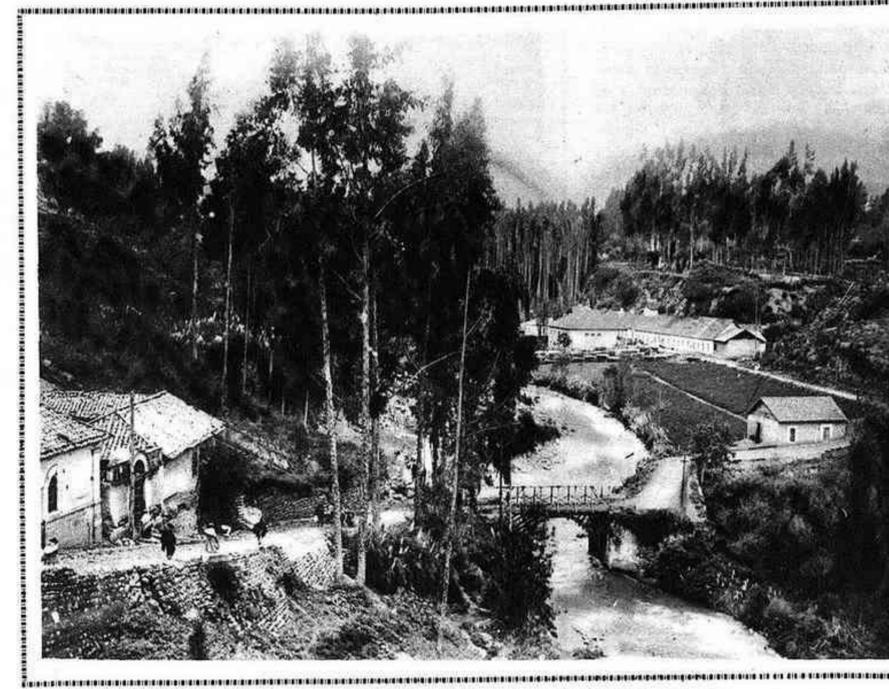
# EN LA FIESTA DE HISPANOAMÉRICA LAS BELLAS PERSPECTIVAS Y LOS PINTORESOS PAISAJES DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA



El Parque de las Piedrecitas, en Managua, la capital nicaragüense



Puesta de sol en Manati (Puerto Rico)



Vista panorámica de Camino Real, en Ambato (Ecuador)

La variedad de climas y latitudes de la América española—desde California, que fué española también, hasta el extremo Sur—, hace, naturalmente, que sean variadísimos también la fauna y la flora de aquellos países; por eso, sin duda, tentaron desde muy pronto á los exploradores, que, no sólo de España, sino de todos los países, con curiosidad científica, cruzaron el mar para conocer aquellas tierras y su producción.

Hallaron á primera vista una natural variedad de paisaje; agentes muy diversos de aquellos países que van cambiando y siendo siempre bellos, desde la orilla del mar hasta las altas cimas de los Andes. La Naturaleza se muestra allí con los más variados aspectos, y á esa diversidad corresponden las diferencias de vida que en tan dispares parajes se encuentran. Muchas veces son precisamente las costumbres, hijas de esas diversas modalidades de la vida,

las que dan variedad á los paisajes; sin ella muchos serían absolutamente parejos de otros europeos, muchas veces famosos por su gran belleza natural.

A tal categoría corresponden los que reproducen los grabados que ilustran estas líneas; todos ellos podrían llevar al pie epígrafes que los identificaran con parajes de Europa, más ó menos vulgares; pero suficientemente característicos casi siempre.

Son las construcciones muchas veces las que dan

carácter exótico para los europeos á aquellos paisajes. Algunos de los que publicamos pudieran pasar por parajes de Suiza si las habitaciones construidas sobre ellos tuviesen el aspecto característico de las casas y, sobre todo, de los chalets helvéticos.

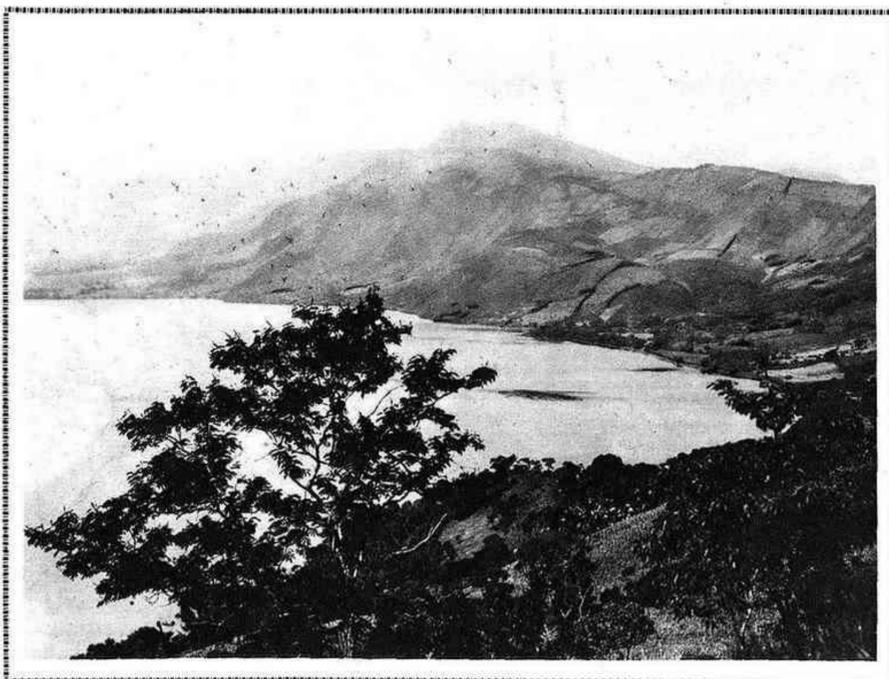
Contemplando los grabados que representan el Camino Real en Ambato (Ecuador) y la Laguna de Cuatepeque, en San Salvador, se ve bien esa diferencia determinada por la acción del hombre. En la

primera de esas fotografías, sin llegar ni mucho menos al tipo de las características habitaciones que pueden verse en la fotografía que representa la Laguna de San Cristóbal, en Bogotá (Colombia), las construcciones dan un aspecto típico al paisaje que falta en la segunda de las dos fotografías primeramente mencionadas, mucho menos «personal» si cabe aplicar esta palabra.

Borrando del fondo de la fotografía que reprodu-

cimos su último lugar, el templo, cuya arquitectura responde á un tipo poco usual en nuestras tierras, y menos aún en aldeas más ó menos grandes, esa fotografía podría servir á un escenógrafo español para hacer un telón de fondo para obras que «pidieran» los alrededores de una aldea española.

No todos los paisajes de América tienen esas mismas semejanzas; pero ellas existen y tienen explicación natural.



Rincón de la Laguna de Cuatepeque, en San Salvador



Lago de San Cristóbal, en Bogotá (Colombia)



Vista panorámica de Mazatlán (Méjico), tomada desde el Camino del Cementerio

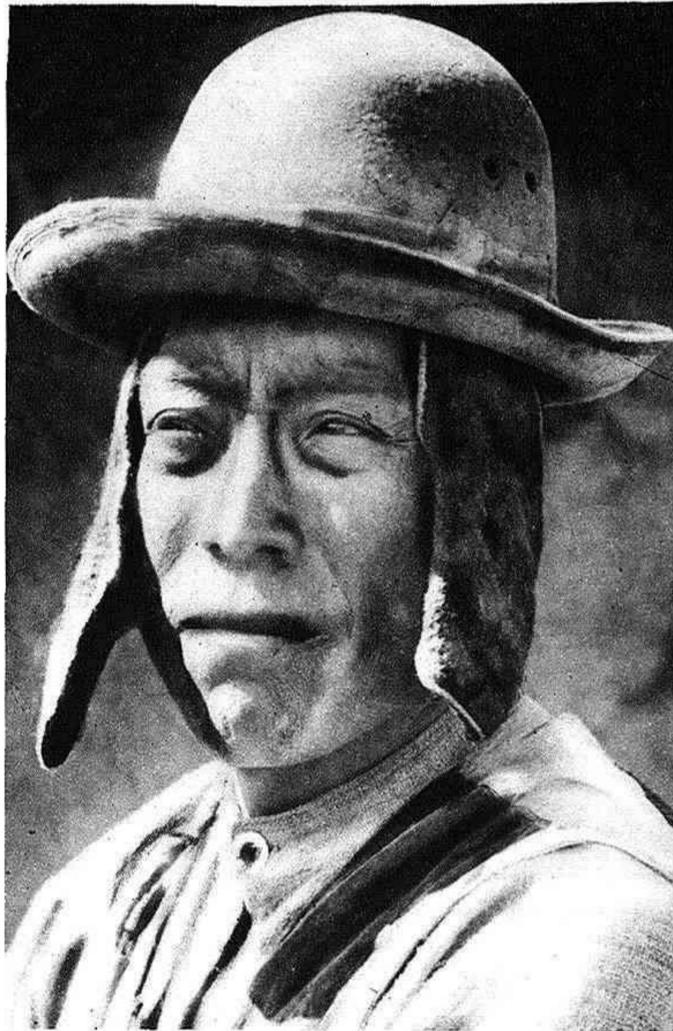
## DEL MUNDO PINTORESCO

## La expedición Hyatt Verril á Centro y Sur América

Los importantes instituciones científicas de los Estados Unidos, la *American Indian Heye Foundation* y el *American Museum of Natural History*, comisionaron hace cuatro años al etnólogo Mr. Hyatt Verril, que es también notable publicista y pintor distinguido, para realizar un largo viaje de estudio á través de la América Central y del Sur.

Debía especializarse la precitada Misión científica en coleccionar el mayor número de datos posibles acerca de las razas primitivas centro y sudamericanas, sus usos y costumbres, estado de civilización, etc., recogiendo con destino á las ya referidas instituciones museales cuanto poseyera un alto valor documental y educativo.

Cumplidamente, en cuanto las generosas dotaciones de la exploración así lo permitieron, ha llenado Mr. Hyatt Verril sus deberes de informador y coleccionador científico. No menos de cinco expediciones con diferente itinerario llevó á cabo en el referido cuatrienio, adentrándose en las impenetrables selvas americanas, escalando montañas al parecer inaccesibles, cruzando regiones donde, si no fuese en tiempos de la conquista española, jamás habría pisado la planta extranjera, navegando por ríos caudalosos preñados de peligros, teniendo, en fin, que poner á grave riesgo su vida en la constante lucha contra las enfermedades endémicas, los rigores del clima y la hostilidad de los indígenas hacia el hombre blanco... Asombra, en verdad, la gigantesca suma de energía, de resistencia fí-



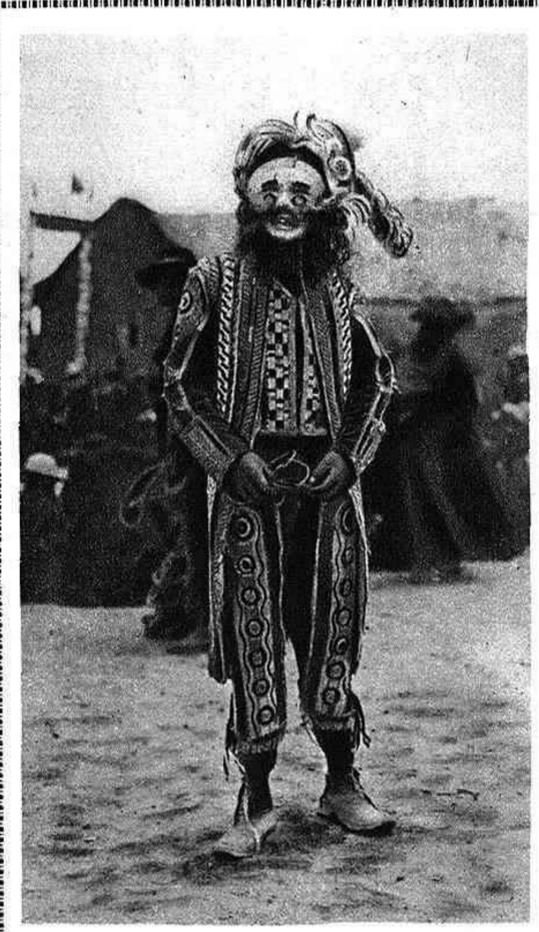
Un indio aimará típico

sica, de habilidad y de tacto, de fe y constancia, que supone tamaña aventura científica, cuya puntual y emocionante relación, acompañada de sugestivas fotografías, ha ido apareciendo durante cuatro años en diversas revistas norteamericanas donde colabora asiduamente la ágil pluma de Hyatt Verril. De dichas narraciones y de un reciente artículo inserto en *The Geographical Magazine* entresacamos el material informativo de este artículo, no sin lamentar que la escasez de espacio reduzca al mínimum la noticia de tan interesante hazaña científica.

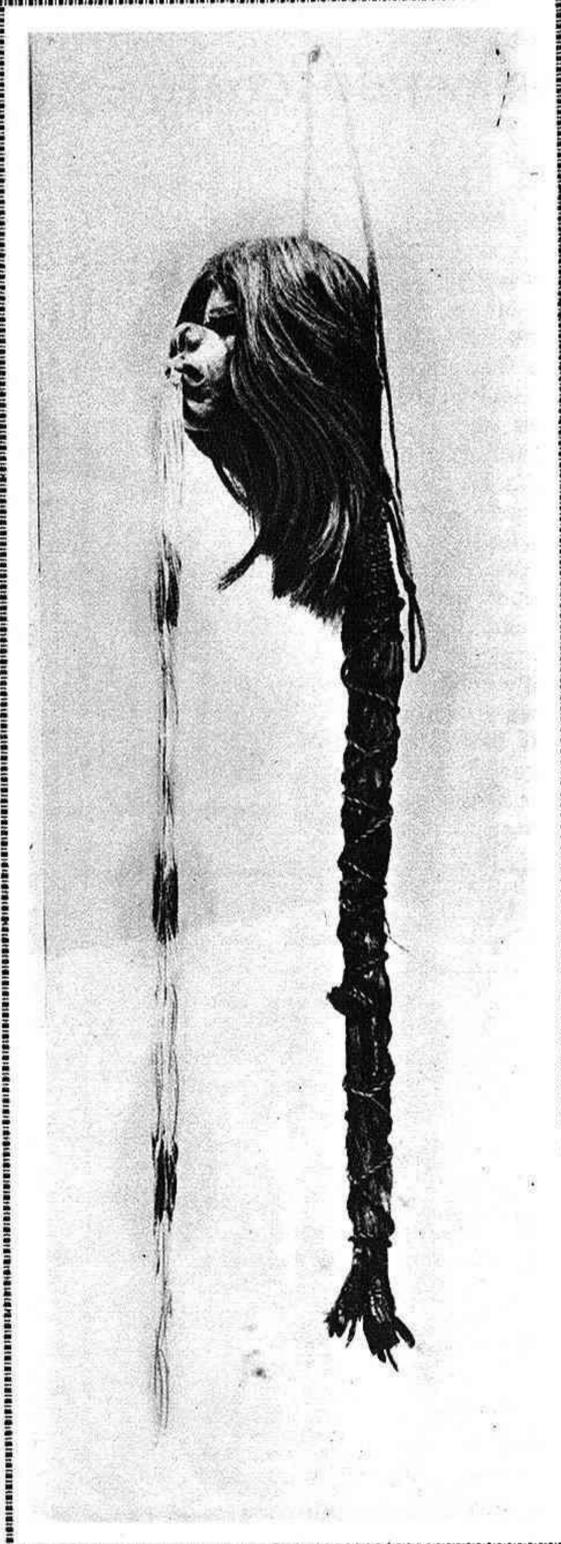
Para dar una idea de su excepcional magnitud, digamos en síntesis que el etnólogo norteamericano ha visitado y estudiado treinta y tres tribus de descendientes de los antiguos toltecas, aztecas, mayas, chibchas, manabís, chimus é incas; ha descubierto y excavado los restos de una civilización prehistórica cuya antigüedad se calcula en diez mil años; ha reunido colecciones zoológicas, etnológicas y arqueológicas con un total de 50.000 *specimens*, verdadero tesoro documental no superado por ningún centro científico del mundo en lo que se refiere á la arqueología y etnología americana, sobre todo en lo que atañe á ciertas tribus del centro y sur, que aún viven en la época paleolítica, entre ellas las llamadas de *cazadores de cabezas*. Acopiar todo ese enorme bagaje documental ha exigido del intrépido viajero la visita y estudio de diez y ocho diferentes países, para realizar los cuales hubo de recorrer más de



Una de las canoas utilizadas por el explorador Hyatt Verril para salvar los rápidos en los ríos de América



Indio danzarín aimará, con el extraño traje que usa para sus bailes mágicos



12.000 kilómetros en canoa, á caballo y á pie y unos 60.000 por vía marítima.

Registremos en las páginas de LA ESFERA, siempre atentas á cuanto representa un alto valor científico ó artístico, este viaje de Mr. Hyatt Verril por la América escasamente conocida y divulgada, en la seguridad de que ello, sobre ser un acto de justicia, ha de complacer á los que gustan de esta clase de informaciones instructivas y pintorescas.

A. R.

Adorno de cabeza de un cacique chimú (preincaico), tomado de una momia, cuya antigüedad se calcula en mil años

Cabeza humana disecada y reducida al tamaño de una manzana, por un procedimiento que solo conocen ciertas tribus guerreras del interior del Perú, que así convierten en trofeo bélico la testa de los enemigos



El «toncom», extraño pájaro de las selvas sudamericanas, que, domesticado, aprende á hablar como los loros

(Fots. Vidal)

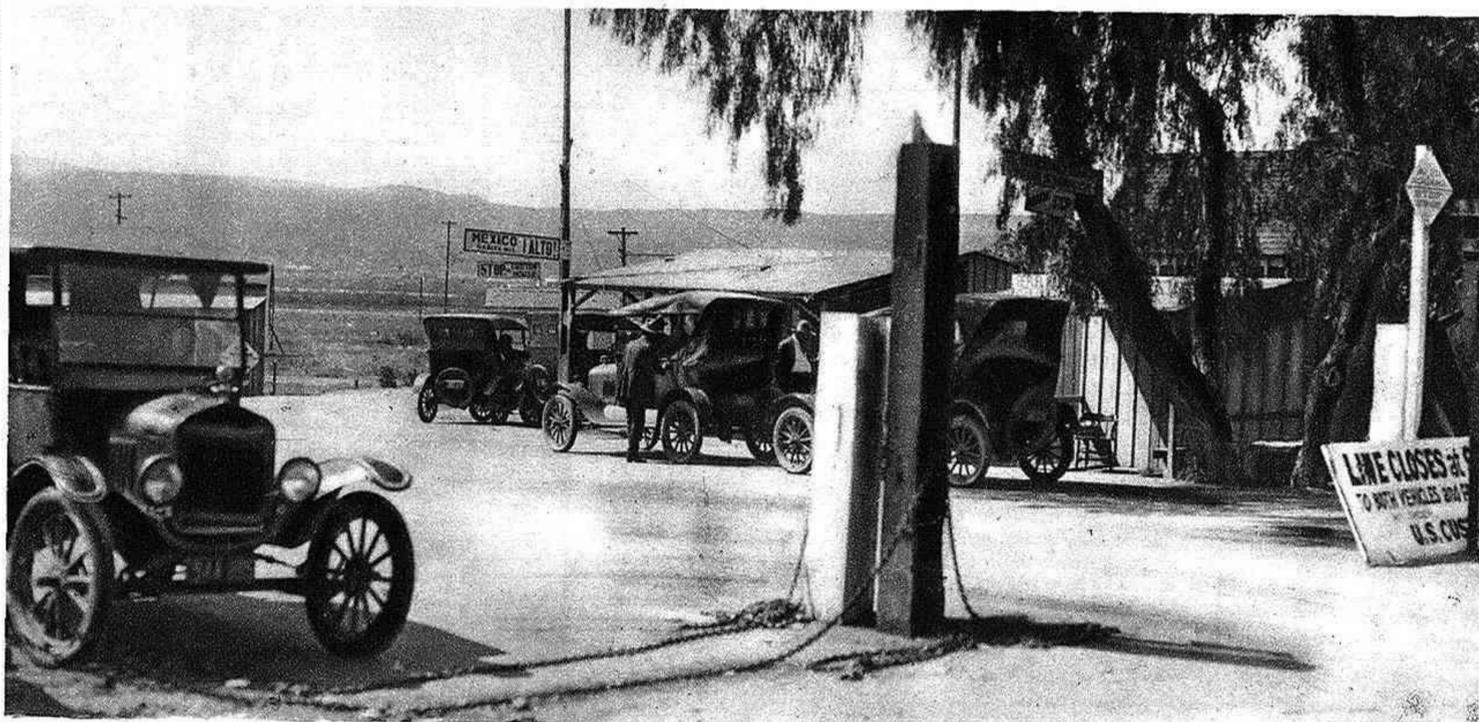
UNA FRONTERA INTERESANTE  
POR DONDE SE PASA DE  
LOS EE. UU.  
A MEJICO

La frontera yanqui mejicana ha tenido un gran interés durante las revueltas revolucionarias que convirtieron en campos de batalla las fértiles tierras de Méjico.

En los momentos actuales ese interés es menor; las luchas han cambiado absolutamente de aspecto y no es en batallas campales donde los partidos de aquella República dirimen sus contiendas.



Avenida Grande en Nogales (Arizona). El alumbrado marca la línea divisoria entre Méjico y los EE. UU.



Un aspecto de la frontera yanqui mejicana en Tijuana

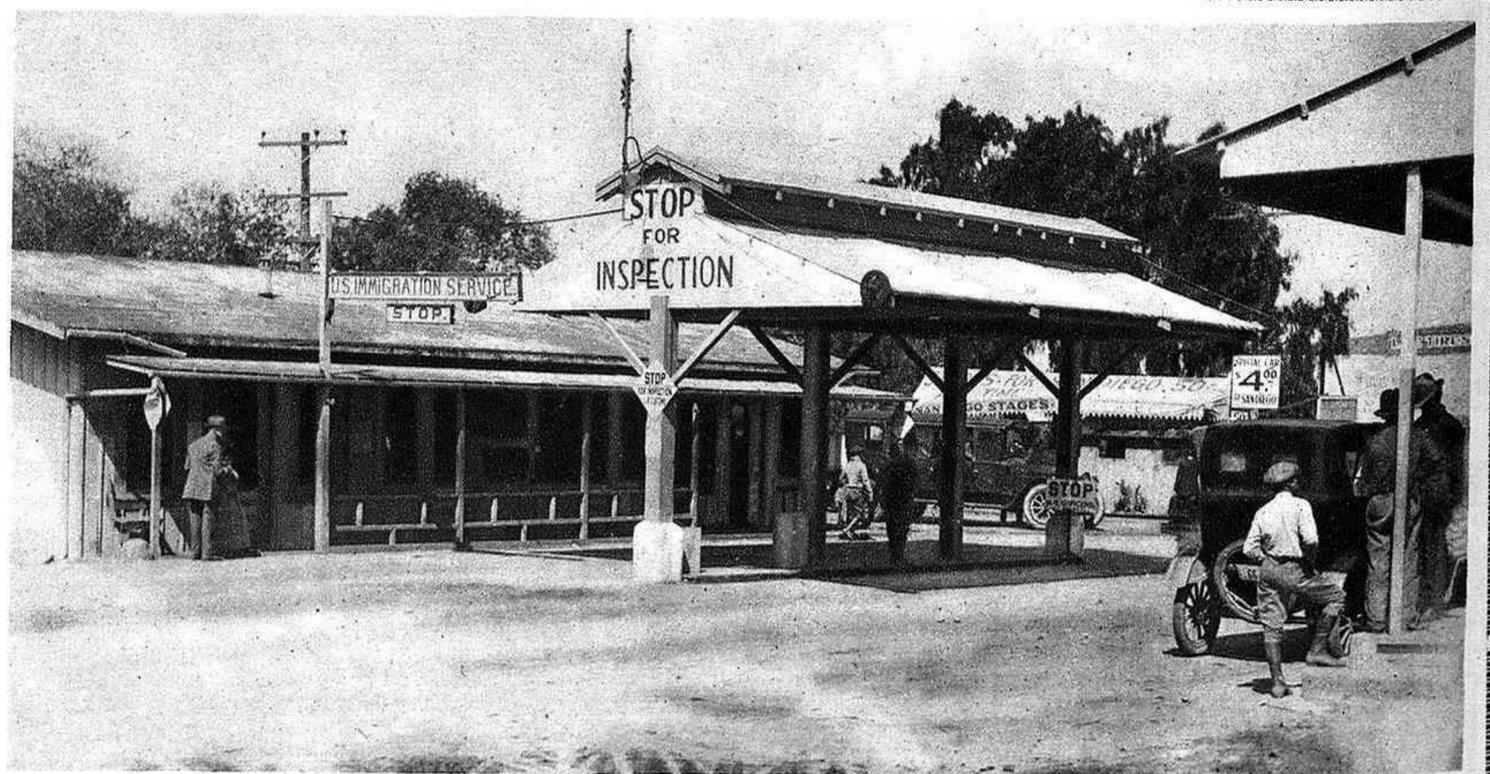
Pero es evidente que esa línea fronteriza sigue siendo y forzosamente ha de ser motivo de constante preocupación para los mejicanos y que á ella han de dedicar los gobiernos de aquella República una atención muy preferente.

Los EE. UU., por su parte, tampoco pueden mirar con indiferencia esa frontera tan ocasionada á provocar y á ser asiento de conflictos internacionales que pueden adquirir gravedad; pero, además, tan propicia á incursiones que los EE. UU. pueden considerar como indeseables.

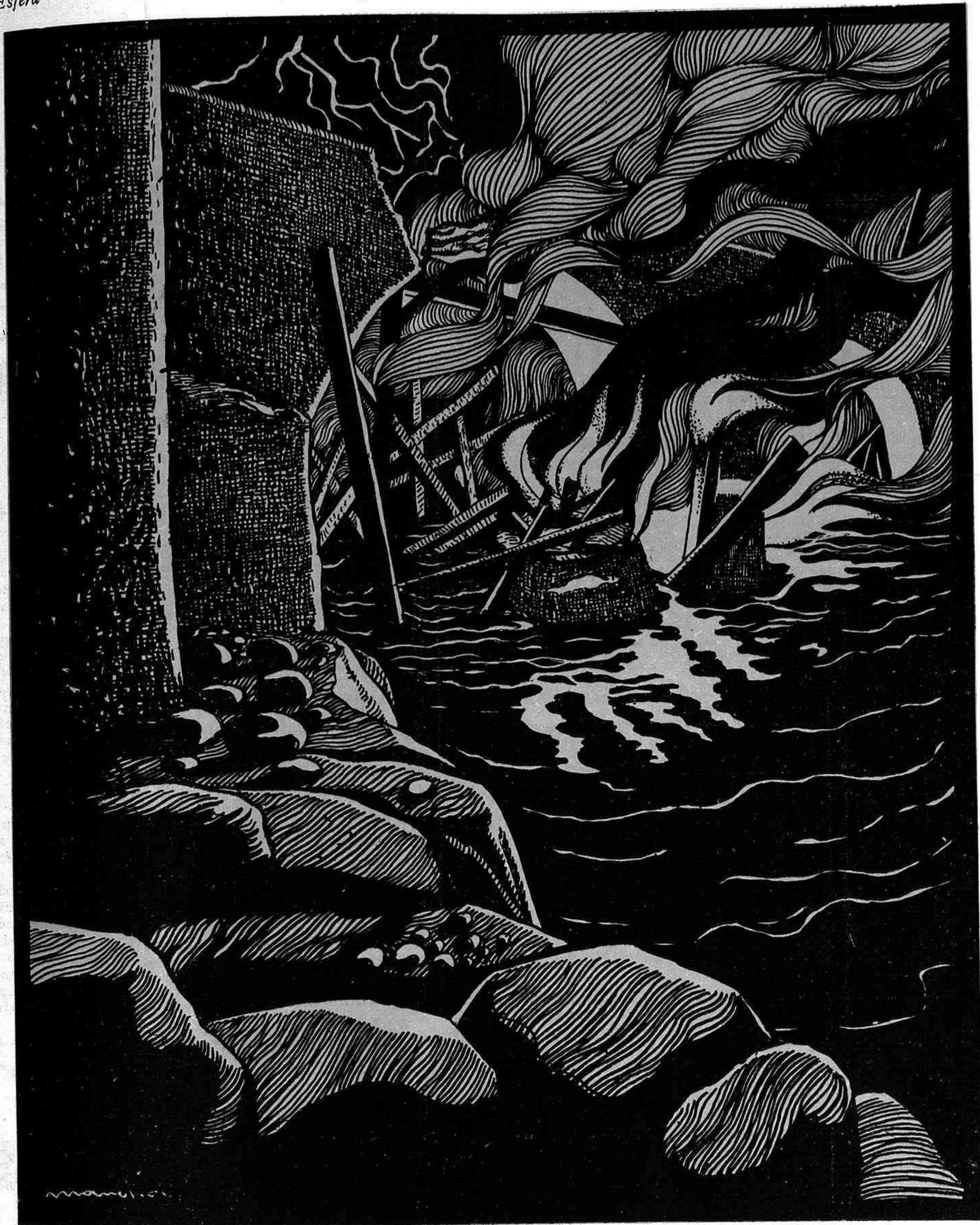
No hemos de suponer fundadas las

hipótesis que durante los pasados períodos revolucionarios mejicanos atribuyeron á esa frontera una importancia mayor, aun suponiendo que determinados elementos norteamericanos favorecían aquellos movimientos, buscando crear mediante ellos una situación que pudiera motivar ó por lo menos servir de pretexto para una intervención decisiva.

De todos modos, la preocupación que esa frontera causa, contrasta con el aspecto pacífico de los puntos «legales» de ella, que representan nuestros grabados.



La aduana yanqui en Tijuana



No temas á las llamas; el fuego purifica;  
 todo con su contacto se trueca en cosa pura;  
 la carroña en sus manos de oro se santifica,  
 y el alma más perversa, si él la unge, se cura.  
 No temas á las llamas; nada en la vida es malo  
 si el fuego lo alimenta de fecunda pasión;  
 lo peor para un alma es que no tenga un halo  
 de luz, que viva siempre en la desilusión.  
 Arder, arder; que el eco de las eternas horas  
 sea para nosotros un ritmo de sonoras  
 pasiones inextintas, que en todos los caminos  
 que huellen nuestros pasos encontremos la vida  
 hecha de ardientes rosas, que la ilusión florida  
 perfume nuestra senda con sueños peregrinos.

## EL FUEGO

POR

FERNANDO  
 LÓPEZ  
 MARTÍN

DIBUJO DE MANCHÓN

¡El fuego! No es posible sin él el pensamiento;  
 sin él nada se hace; todo en la vida es llama;  
 ¿no es fuego, acaso, el grito de un corazón que ama  
 y el sol no es una lumbre de crepitar violento?

Fecundidad del fuego que hasta cuando destruye  
 deja en el surco abono para otra nueva vida;  
 si una rama se quema, la primavera fluye  
 de las otras del árbol, después, más encendida.

No temas á las llamas; abrázate en la hoguera  
 de una fragante, roja y pertinaz quimera;  
 vive soñando siempre con un audaz deseo,

que así, aunque te persiga, tenaz, la adversa suerte,  
 serás desde tu cumbre, lleno de fe, más fuerte  
 que tu dolor sombrío, igual que Prometeo.



De izquierda á derecha: el radiotelegrafista Valette, el comandante Guilbaud, el capitán Cuverville y el mecánico Brazy, tripulantes del «Latham»

## PARIS LOS ESPECTROS DEL «LATHAM»...

Las expediciones de socorro vuelven del largo y difícil viaje... No han visto nada... No hallaron nada... De aquel gran pájaro gris que en una mañana de Junio alzó el vuelo desde el estuario del Sena para ir en socorro del *Italia*, y penetró en el misterio polar después de la última escala en Tromsøe, no ha vuelto á saberse nada... Oficialmente, el avión y sus tripulantes se dan por perdidos, y las misiones que los buscaban reciben órdenes de renunciamento y de regreso... Los hielos flotantes se inmovilizan, aprisionados por el invierno prematuro entre otros hielos nuevos, y un sudario inmenso é inquebrantable se tiende sobre el mar del Polo, tornándole silencioso y hermético... ¿Cuál ha sido, del otro lado del enigma, en el terrible desierto, la suerte de Guilbaud, de Amundsen y de sus compañeros?... ¿Cuál ha sido su muerte, si no están ya en la vida; y si son todavía de este mundo, cuál es su espantosa agonía?...

Héroes de la epopeya humanitaria, luchadores del bien, paladines de la abnegación y de la bondad, no hay gloria más alta que la suya, y ¡cuán por bajo de ella quedan las otras glorias de la violencia y de la impiedad!

Amundsen, á la edad en que otros hombres abandonan todo empeño y viven tan sólo de recuerdos, quiso, una vez más, arriesgar su existencia, tan pródiga en hazañas y en generosos esfuerzos; y lo hizo por salvar al hombre que pagó con ingratitud el honor y la enseñanza recibidos de él á bordo del *Norge*, y que fué, en el mundo, su único enemigo...

El comandante Guilbaud, el capitán De Cuverville, el mecánico Brazy, el radiotelegrafista Valette—la tripulación completa del *Latham*, construido para volar entre París y Nueva York—recibieron, en víspera de emprender el *raid* preparado durante largos meses, la orden

de cambiar el rumbo, de volver la espalda á la ruta de la vida y de asaltar el recinto de la muerte con las armas endebles de un avión impropio para las regiones polares, de un equipo incompleto y de unos hombres no habituados á los rigores del frío... Como oficiales que eran, Guilbaud y sus compañeros obedecieron sin discutir... Pero ellos sabían que únicamente un milagro podía librarlos de su trágico destino... Y sin esperanza fueron hacia él...

•••••

La madre de Guilbaud, maestra nacional en un pueblecito de la Vendée, ha contado, uno tras de otro, los días de ausencia de su hijo; ha llorado en silencio y en soledad, durante las eternas noches de angustia; ha secado sus lágrimas en cada mañana, ha compuesto su rostro y se ha presentado en su escuela sonriendo para no hacer sufrir á los niños con su dolor; y así, ha dado su clase hasta el último día de curso, hasta la hora en que pudo despedir á los pequeñuelos besándolos en la frente, como á él, y diciéndoles: «¡Hasta pronto; hasta muy pronto!...», con el secreto anhelo de que al volver á comenzar las clases, él estaría de regreso ya, y con licencia de descanso vendría á sentarse entre los chiquillos y les ofrecería la gran fiesta de referir la prodigiosa historia de su epopeya...

... Pero las vacaciones han transcurrido, breves para los alumnos, interminables para la maestra, y al comenzar el nuevo curso, el comandante Guilbaud no ha ido á sentarse entre los pequeños; el comandante Guilbaud sigue ausente, perdido, allá lejos, en el terrible desierto de hie-

lo... Y otra vez la pobre madre, la heroica madre del héroe, ha acogido á los niños sonriendo y los ha besado en la frente con los besos que eran para él, y ha reanudado su clase, estoicamente, sin dejar traslucir de su tragedia cosa alguna que no sea la aureola de santidad de su cabellera, tornada súbitamente de plata...

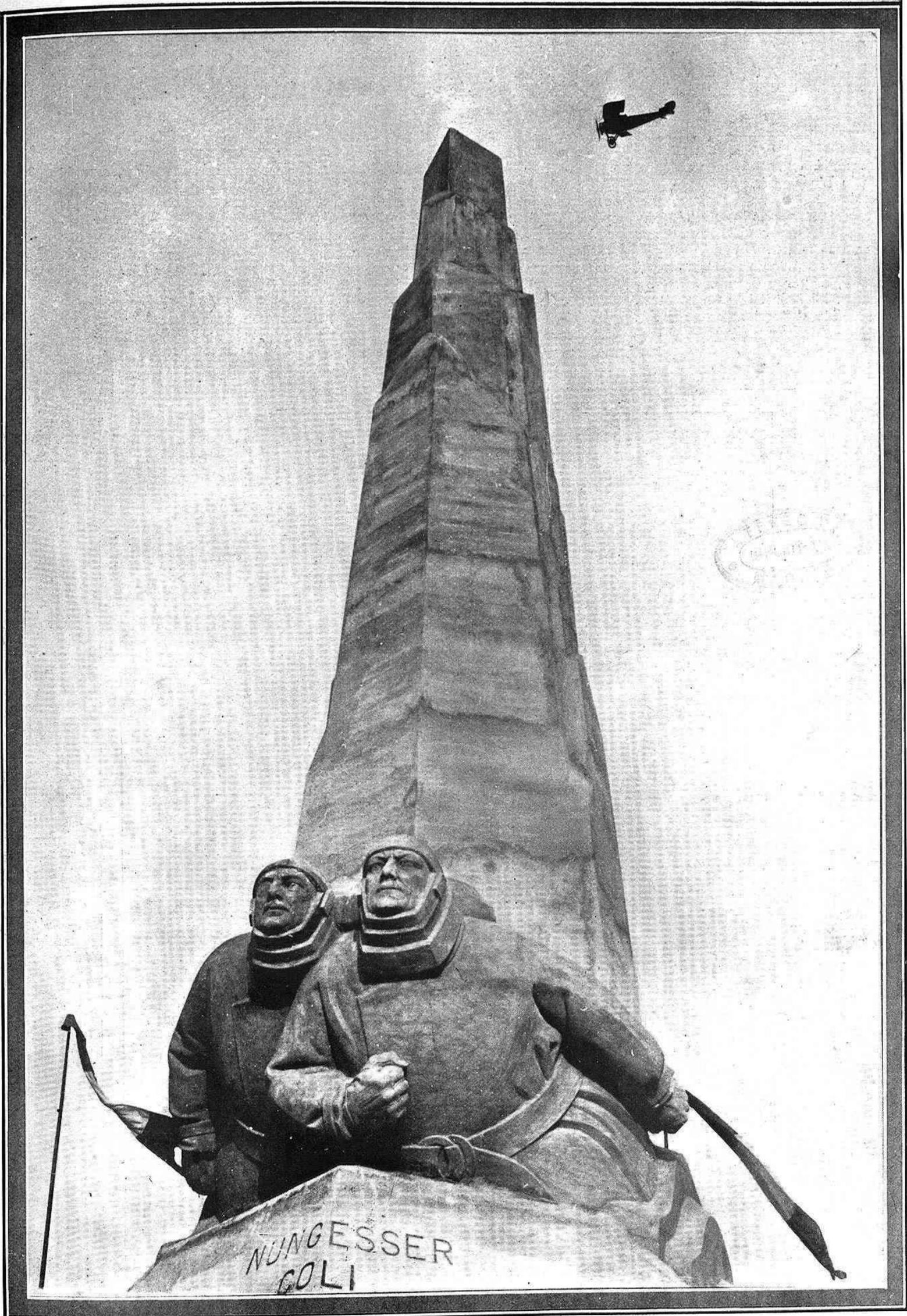
•••••

Para la madre de Guilbaud, para la madre de Cuverville, para la mujer de Brazy, para los hijos de Valette no se han abierto suscripciones, ni se han pronunciado discursos, ni se han organizado homenajes...

Aquella valorización de la desgracia que hizo millonaria á la familia de Nungesser—del triste Nungesser, á quien tan sólo un apremio de dinero movió á probar suerte, jugándose la vida á la carta de un vuelo de *réclame*—, no ha tenido segunda parte en el caso del *Latham*... La América del Norte, que entiende el sentimiento á su manera, envió á la madre de Nungesser y á la es-



El gran explorador Amundsen, que á la edad en que otros hombres abandonan todo empeño, arriesgó, una vez más, su existencia para ir, á bordo del «Latham», en socorro de la expedición del «Italia»



Monumento erigido á la memoria de Nungesser y de Coli, inaugurado recientemente. Este monumento se alza sobre el acantilado de Etretát, última tierra francesa sobre la cual volaron los tripulantes del «Pájaro Blanco» antes de emprender su desgraciada travesía del Atlántico

posa de Coli un pésame escrito con miles de dólares, sobre un cheque... Pero el *Pájaro Blanco* naufragó en la ruta comercial de Nueva York... El *Latham*, en cambio, no fué por tal camino... El *Latham* no prosiguió fin utilitario alguno... Se propuso salvar á unos hombres caídos sobre el umbral de la muerte, y dió el asalto de ese re-

cinto con sus armas endebles... Perekó, sin duda...

El gesto fué demasiado bello para merecer gratitud, y el pueblo en favor de cuyos hijos se llevó á cabo el sacrificio no le ha sabido comprender, y ha permanecido inerte y mudo...

Amundsen, Guilbaud, De Cuverville, Brazy, Valette, los héroes del bien, ¿viven ó han muerto?... Y en la noche polar, ya comenzada, ¿qué son los tripulantes del *Latham*?... ¿Mártires todavía, ó ya sacrosantos espectros?...

ANTONIO G. DE LINARES

•••••

## PERSPECTIVAS DEL MUNDO

## LAS CIUDADES DE HIERRO

AQUELLA masonería de maestros, hermanos y aprendices, que, esparcidos por el mundo, se transmitían en secreto las reglas de la ciencia y el arte de construir, se estremecerían de espanto viendo cómo hoy, con rapidez vertiginosa, se elevan á centenares los edificios. La moderna arquitectura ya no se deleita en elevar una casa con la lentitud, la minuciosidad y el amor del artista enamorado de su obra. No. El éxito es construir, al par y de una vez, diez, veinte, cien casas. El industrialismo moderno impone la producción «en serie». Y con ella la uniformidad, la igualdad necesaria para el rendimiento económico.

Esta orientación del trabajo y de la capacidad creadora, está cambiando, día por día, las perspectivas materiales y los horizontes morales del mundo. Se tiende en todo al máximo aprovechamiento del tiempo y del espacio, con un sentido exclusivamente práctico y utilitario. No es ya—como fué durante siglos—el ideal del hombre producir bien y con belleza, sino producir más y más pronto.

Positivismo estricto y velocidad; al hombre y á la máquina el mayor rendimiento en el menor espacio. No importa que la máquina quede luego inútil y el hombre deshecho tras el titánico esfuerzo. No importa; que el hombre ha perdido—sobre todo después de la guerra—su valor humano. Las estadísticas demuestran que, mientras aún es angustioso el problema de la reconstitución económica de Europa—luego de la sangría trágica—la población del viejo Continente es más numerosa hoy que antes de la contienda. ¿Qué importancia tiene, pues, el tan fácilmente reparable y sustituible valor del hombre?

El hierro y la máquina merecen mayor estimación. Y este credo, cambiando la orientación del mundo, nos prepara para el porvenir ciudades de hierro y hombres-máquinas.

En las ciudades, como en los humanos, se tiende á castrar, á anular la personalidad. La moderna ingeniería es capaz de construir, de improvisar si es preciso, diez, cien casas, mil ciudades construídas «en serie» absolutamente iguales. La filosofía de este progreso lleva á hacer á todos los hombres

iguales. A uniformar las capacidades, á ser todos eslabones idénticos de una misma cadena.

Para el hombre de hoy es inconcebible, ceñido al arte de construir, aquella morosa complacencia, aquel lento deleite, aquel minucioso y personal cuidado con que el hombre de ayer elevaba sus casas y sus monumentos... La obra, que tardaba años en hacerse; la obra en que muchas veces se invertía toda la existencia de una generación, parecía ir humanizándose, adquiriendo el valor humano de los que la realizaban; llegaba á existir una afinidad, una semejanza, entre el hombre y su obra, como si aquel, con su traba-

jo, hubiera ido dejando su espíritu en la materia...

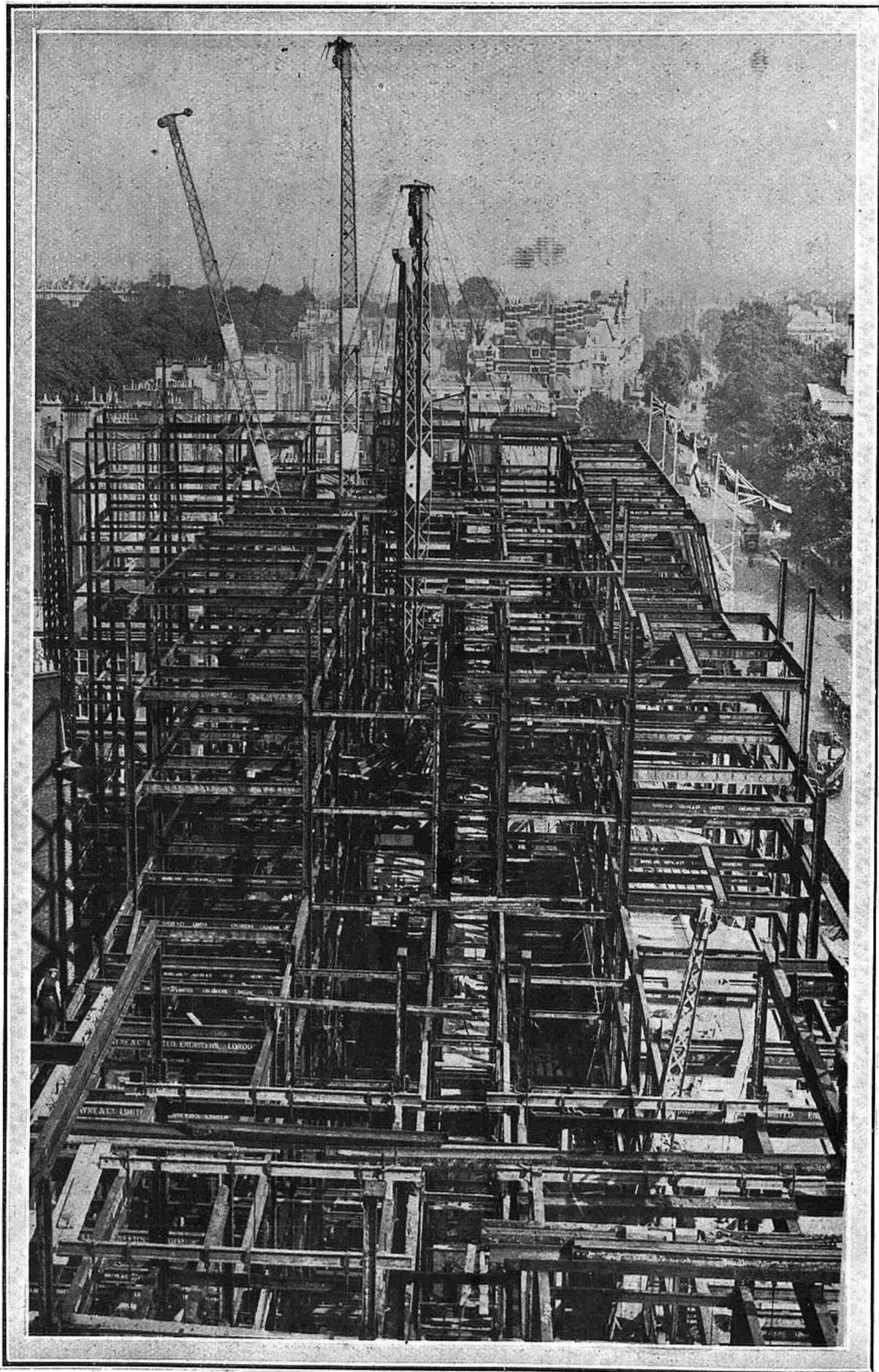
Así, la obra de cada pueblo era inconfundible; respondía á su personalidad, á su fe, á sus pasiones... Hay, sí, como un latido cordial, un hábito de humanidad en esas obras de los siglos... Cada alarife, cada cincelador, cada maestro, podía reconocer en la casa ó en la iglesia ó en el palacio, las huellas de sus manos... La piedra lentamente tallada y pulida; el hierro primorosamente forjado; la madera en que la gubia parecía eternizarse, tenían un calor de humanidad, un sello insustituible de personalidad...

La «serie» ha matado todo eso; el hombre es una máquina más, un autómeta consagrado á una tarea monótona, un eslabón de cadena interminable que empieza en la cantera, ó en la mina y termina en los brochazos de los decorados con plantilla...

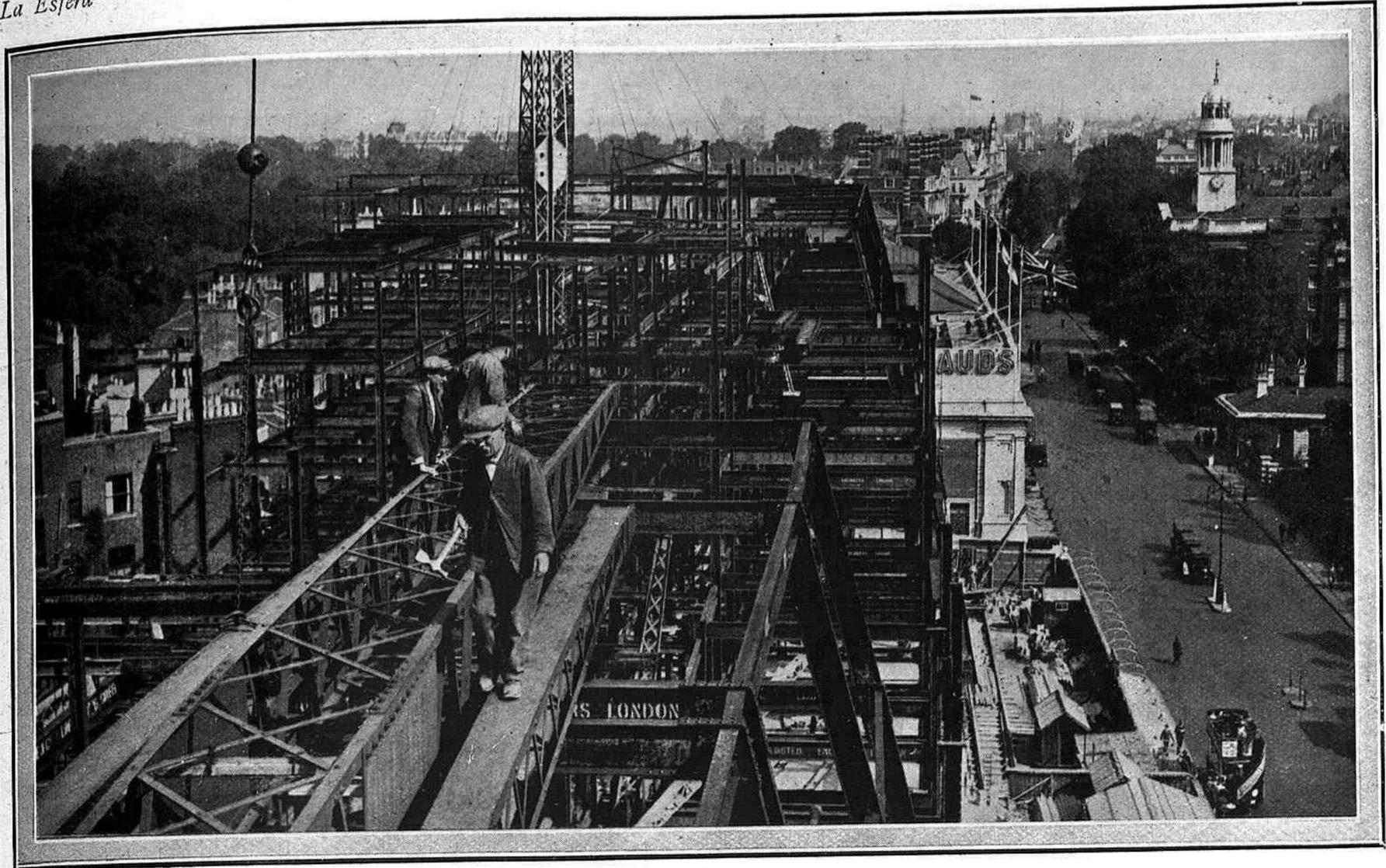
Así, en las ciudades que ya hoy son de hierro, en las que el hierro triunfa, imponiendo, á cambio de rapidez, una uniformidad agobiadora...

Una casa de hoy: vedla, es un esqueleto gigantesto de hierro; millones de piezas iguales, numeradas, que encajan y se remachan y se elevan mecánicamente con prodigiosa velocidad, con matemática precisión. El error, como el arte, como el deleite personal y creador en la obra, están abolidos... La casa será igual á todas las de su serie, fatalmente, ineludiblemente iguales... Y así, se alzan esas colmenas fabulosas de las ciudades de hoy... Casas férreas, sin personalidad, sin emoción, como—más que nido—incubadoras de una humanidad rígida, automática, desesperadamente uniformadas.

Progresos mecánicos, maravillas de ingeniería que ni con toda su grandeza nos compensan de las pérdidas espirituales que nos producen... El rascacielos es la antítesis del hogar en su clásico, amoroso sentido. El ciudadano que ha nacido en el piso número 49 de un edificio «titanico», puede decir que no ha nacido en ninguna parte... ¿Qué recuerdo, qué señas distintivas, asociará en su memoria y en su corazón al recuerdo de su casa nativa? En ella, el cuarto 49 es



Es un esqueleto gigantesco de hierro...

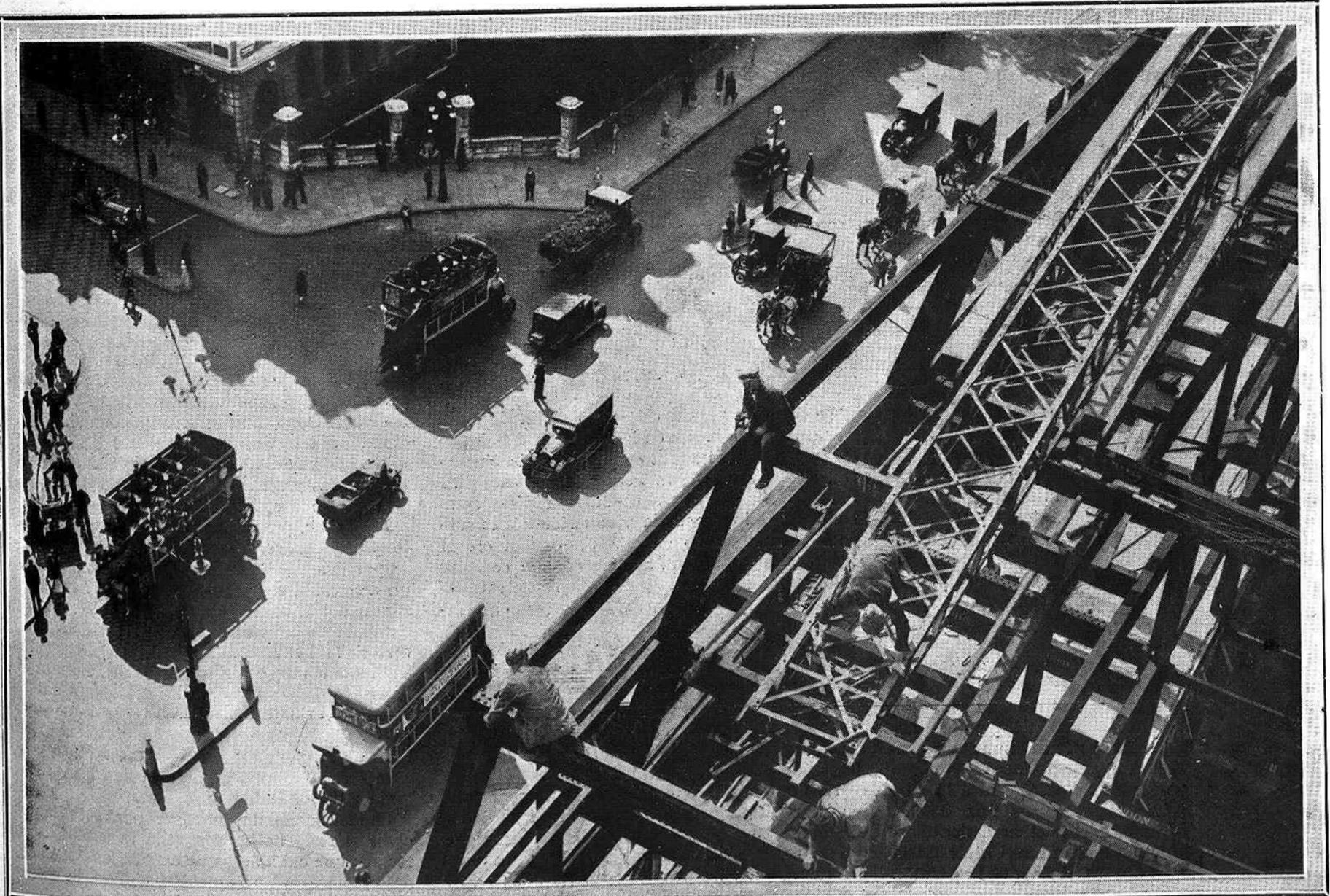


Así se alzan las colmenas fabulosas de las ciudades de hoy

igual, absolutamente, al 23 ó al 105 de aquella casa y de todas las casas iguales... Dulce memoria, de la casa propia, distinta y única, de la casona patriarcal, del solar con prestigio de historia, de la casa que es cuna y templo y tálamo y que no podíamos confundir con ninguna...

Todo eso, tan pueril, tan romántico, tan fútil, quizá, pero tan noble y hondamente humano, que su pérdida no nos puede ser compensada por todas esas improvisadas maravillas mecánicas de las ciudades de hierro.

JUAN FERRAGUT



Casas férreas. Construcción ciclópea. Desde arriba, la humanidad que discurre rápidamente por las calles parece correr alocada (Fots. Ortiz)

## DE LA VIDA CULTURAL

# LOS ESTUDIANTES EN LA VIDA INTERNACIONAL



Visita del Congreso Internacional de estudiantes á Rouen (Francia).— El doctor Wauthier, secretario general del Comité del Sanatorio internacional, con los delegados españoles, Sr. Sberte y Barón, y los congresistas, saliendo del Ayuntamiento

No ha mucho publicamos, con el título de *Los nuevos estudiantes*, una información ilustrada en la que dábamos á conocer las actividades de la vida corporativa escolar, sus nuevas aspiraciones, nacidas de un sentimiento cooperatista y de solidaridad, que tiene cuatro características: la cultural, la mutual, la aconfesional y la universal. De las tres primeras nos ocupamos entonces, y de la cuarta nos ocuparemos hoy, en relación con las manifestaciones de la Delegación aconfesional española en el Congreso Internacional de Estudiantes y la colaboración de su jefe en la Conferencia interuniversitaria de Chartres.

Puede decirse que por primera vez una Delegación española escolar rinde una labor práctica, eficaz, en los Congresos internacionales, y también se da el primer caso de que una gran masa universitaria esté interesada en seguir tales trabajos y sienta el internacionalismo como un deber y una fuente de enseñanza á la vez. Constituyen estas circunstancias una de las más acusadas características del movimiento escolar iniciado por la Federación Universitaria Escolar, y que agrupa en el Comité Pro-Unión Federal de los Estudiantes Hispanos unas veinticinco Asociaciones de toda España.

### LA INTERAYUDA UNIVERSITARIA INTERNACIONAL

Creada esta organización con el fin de socorrer á los estudiantes en la situación difícil que les creara la postguerra en los países beligerantes, la iniciativa de la Federación Mundial de Asociaciones Cristianas encontró rápido desarrollo en todo el mundo y se extendió no sólo en intensidad, sino en acción, formándose el International Student Service con un carácter aconfesional, y en el que están representadas por miembros en su Ejecutivo diversas asociaciones internacionales.

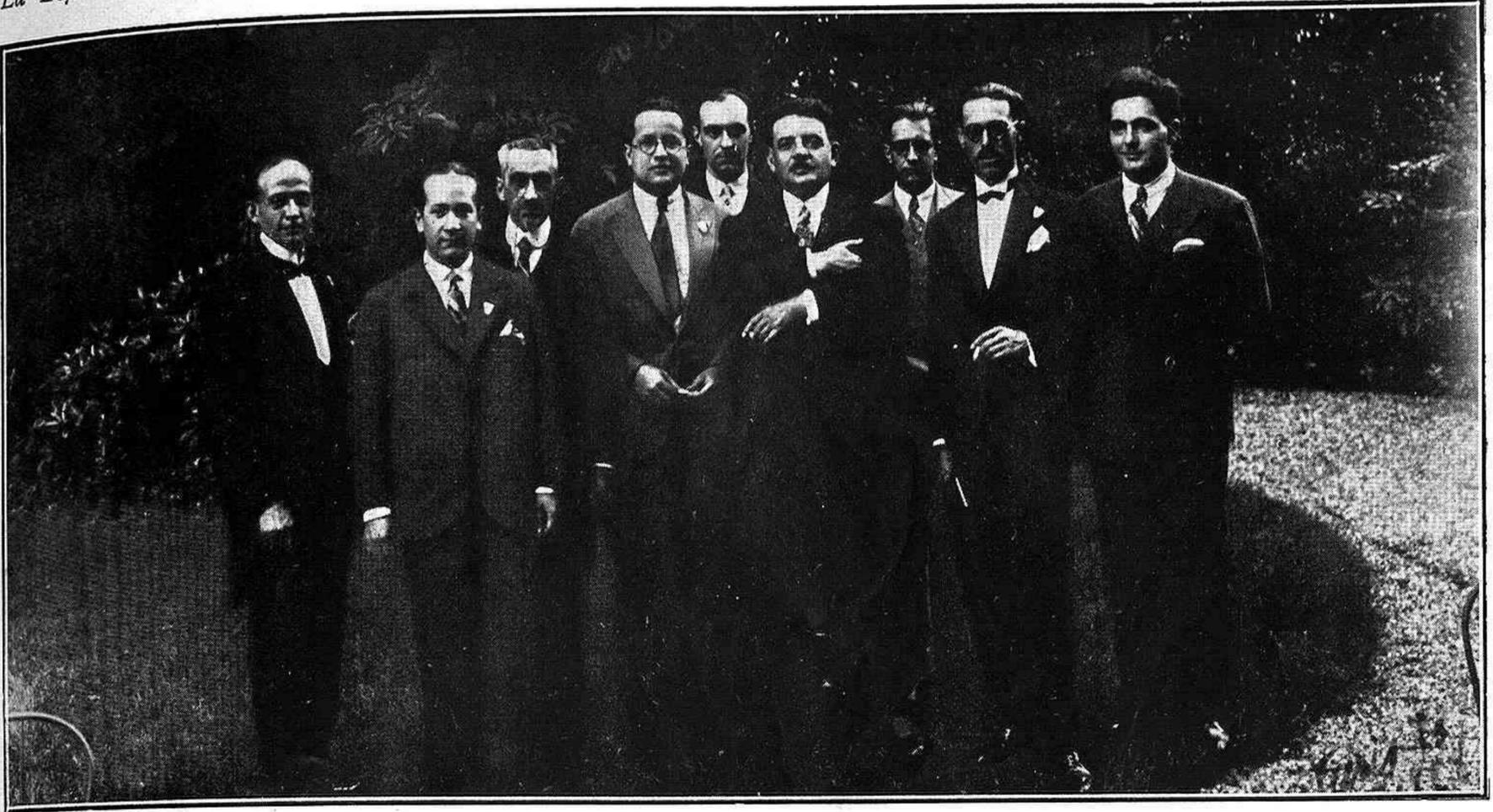
El I. S. S. ha pasado de una entidad de socorro á ser un organismo técnico para todo lo concerniente á la organización cooperativa y del self-help entre estudiantes. En su haber tiene el haber invertido en su obra, desde 1920 á 1927, 12.235.043,13 francos suizos (unos quince millones de pesetas).

La Conferencia interuniversitaria organizada en Chartres por el I. S. S. reunió á un centenar de colaboradores-profesores, doctores, ingenieros y estudiantes de todas las religiones y de todas las razas, entre los que se contaban unas veinte señoritas. Los Liceos Morceau y des Garçonnnes fueron puestos por Francia á disposición de la

Conferencia, que alojó en ellos á sus participantes y reunió en sus aulas sus Plenos y sus Comisiones. Ocho días de vida en comunidad, dedicados al trabajo, desde las nueve de la mañana hasta las once de la noche, sin más interrupciones que las precisas para el lunch y la comida.

Cinco Comisiones se formaron para especializar la labor, presididas por los doctores Tatlou (inglés) y Chairer (alemán). Además de conocerse por este medio la ejemplar organización de los alemanes, representada por el Sr. Beck, tesorero del I. S. S. y director de la Verein Studentenhaus de Munich, por el Dr. Schairer, director de la Wirtschaftshilfe der Deutschen Studentenchaf y por el Dr. Tilluraus, director del Instituto de Dresde para la interayuda universitaria, las Comisiones dieron lugar á que se estudiara la implantación de organizaciones similares en España y en otros países, y á que se atendiera al auxilio de otras, como las de Bulgaria y de los Refugiados Rusos.

La instalación de comedores para estudiantes, clubs y residencias, con toda la complicación técnica que entraña y que exige á las Asociaciones escolares un personal capacitado, la convalidación de diplomas y estudios entre diversos países y la expansión de la interayuda y el Self-



En los jardines del Ministerio de Instrucción Pública de París. — El director de Enseñanza Superior, M. Cavalier, con el doctor Wauthier, secretario general del Comité de iniciativa para el Sanatorio de estudiantes, y algunos congresistas

Help que hace accesible a los obreros la Enseñanza Superior, son materias que ciertamente no pueden beneficiarse por la preponderancia de ninguna confesión política ó religiosa; y así, en un ambiente como el de Chartres, pequeña ciudad medieval, á cien kilómetros de París, la obra del International Student Service dió el máximo rendimiento.

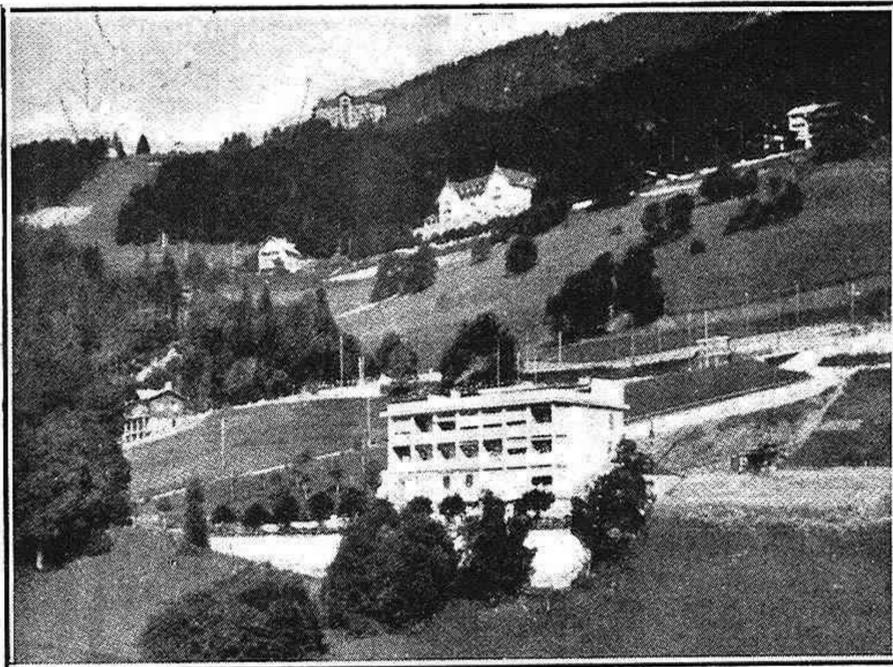
Contribuyó á su desarrollo con su actividad el Delegado Colaborador español, presidente del Comité pro Unión Federal de los Estudiantes Hispanos, que, además de informar á la Conferencia sobre nuestras Residencias y las Juntas de Ampliación de Estudios y de Pensiones para ingenieros y obreros, fué nombrado miembro del Subcomité de organización creado por la Comisión IV.

LA CONFEDERACIÓN INTERNACIONAL DE ESTUDIANTES

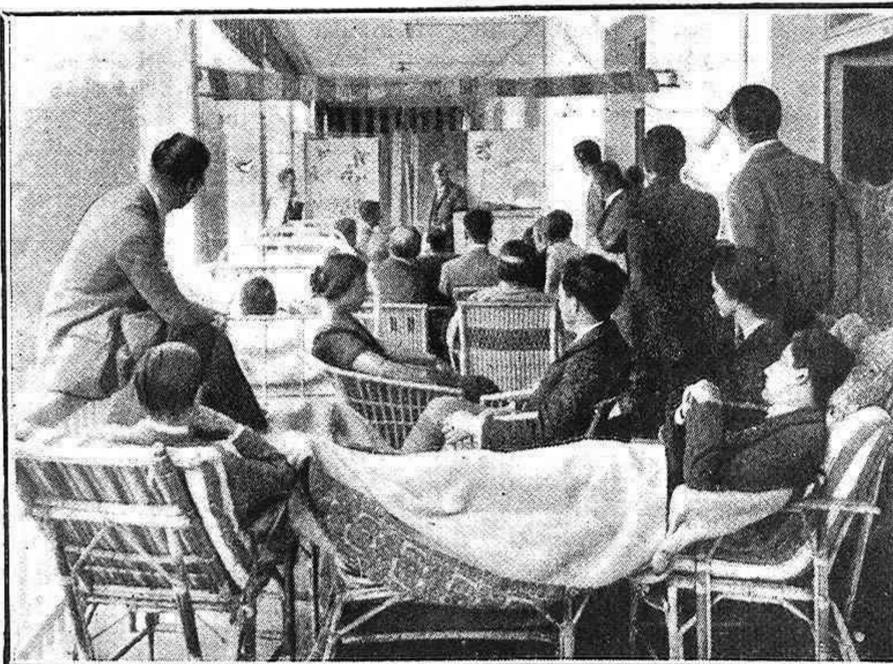
Agrupada esta entidad á las Uniones Nacionales de Estudiantes de veinticuatro naciones como miembros titulares y de ocho como miembros libres y en colaboración. Con la entrada de los Estados Unidos de Norteamérica y de los de Méjico, agrupa más de un millón de estudiantes, que aportan una cuota de 0.03 francos suizos al año (unos cuatro céntimos de peseta), siendo su presupuesto ordinario aproximadamente en el próximo ejercicio de unas 40.000 pesetas.

Para sus Congresos anuales recibe además donativos de los países en que éstos se reúnen; con motivo de este último celebrado en París, el Parlamento francés concedió 400.000 francos para su organización, que estuvo á cargo de la Unión Nacional de Estudiantes de Francia.

Si la Conferencia de Chartres se ha caracterizado por la modestia



Sanatorio Universitario suizo, junto al cual ha de alzarse el Internacional para estudiantes



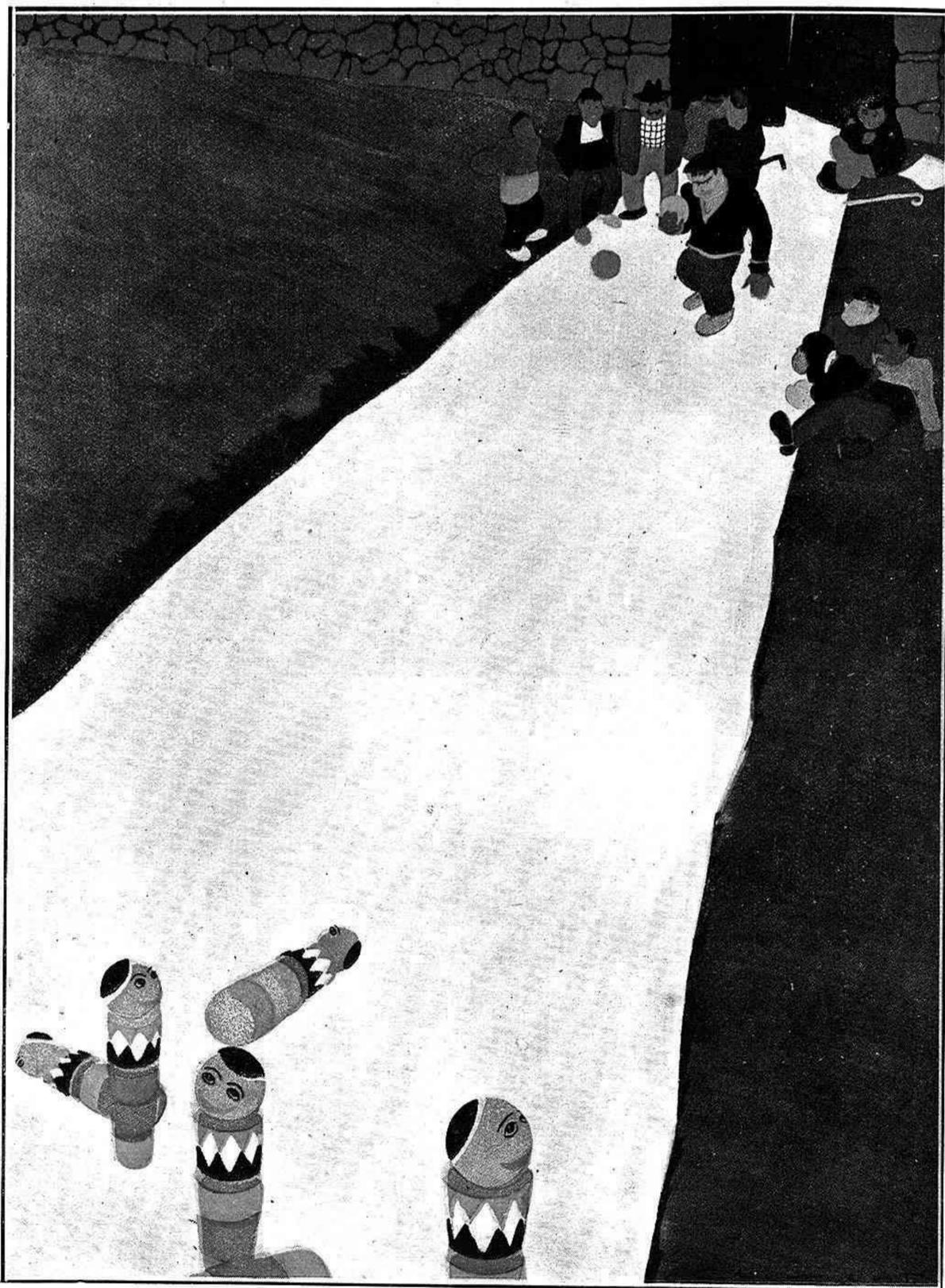
Una lección de Botánica en una galería del Sanatorio Universitario

con que se ocultó en los viejos claustros conventuales del Liceo Morceau, el Congreso de la C. I. E., correspondiendo á su carácter representativo de una clase numerosa, fuerte y juvenil, estrepitosa, se ha rodeado de esplendor en un alarde de potencia. Cuando se trata de despertar el interés de la juventud, no basta la labor silenciosa del Liceo Morceau, siquiera sea de superior rendimiento. Es preciso el estrépito de una propaganda para que se sepa, como señal de vida y de fortaleza.

Recepciones, banquetes, viajes, bailes, simultaneados con el trabajo de las Comisiones, y en estas ponencias sobre temas análogos á los trabajos de Chartres y además sobre la Carta Internacional de Identidad, sobre los viajes de estudiantes, los descuentos en los ferrocarriles y sobre el Sanatorio internacional; resúmenes de la labor de las distintas Uniones Nacionales y en la Comisión I los inevitables pleitos nacionalistas, los atisbos de confesionalidad en algún sector de la extrema derecha católica, la cuestión alemana entre la D. S. Schaf y la D. S. Verbaud, racista la primera y simplemente «anchlutista» la segunda, el recelo sajón ante la invasión hispánica, cuestiones todas que son como fe de vida de la Confederación y como una amenaza para su vida misma.

Conviene señalar, como consecuencia de este Congreso, el pacto con los hispanoamericanos con objeto de celebrar un Congreso iberoamericano en México, la firma de una protesta contra la concesión del premio Nobel á Kellogg, fundamentada en su actuación en Nicaragua, y en resumen la relación que el bloque hispanoamericano ha establecido con los Delegados del Comité Pro Unión Federal que creó la Federación Universitaria Escolar de Madrid.

A. C.



EN la risa de nuestro optimismo aparecen siempre jugadores de bolos. No es en los sueños del dormir, sino en los sueños de la vigilia y el sol, cuando vemos estos jugadores de bolos burlones que tiran sus boladas en los solares desapercibidos, los solares que nunca encuentran los que van con un memorándum buscando un nuevo pedestal para sus edificaciones.

Hay unos seres pequeños que no pegan á sus mujeres y que no se emborrachan, que son los verdaderos jugadores de bolos en estos últimos refugios entre imaginarios y reales en que superviven á la desaparición de ese puro fenómeno del domingo algunos jugadores de bolos.

Son los últimos de la serie que comenzó con los primeros pobladores de la Tierra, ya que el primer juego humano en el valle del tiempo fué este juego, colocando derechas las piedras largas para tumbarlas con las piedras más redondas que se encontraban en los valles. Siempre me han preocupado como unos diablillos de la realidad, de carne y hueso y con naturaleza de campesinos cándidos del pasado, esos jugadores de bolos que divierten los solares del trasmundo.

—¿Me puede usted mostrar algún sitio en que se juegue á los bolos?—me ha preguntado el que quiere ver todos los espectáculos de la ciudad, desde la riña de gallos hasta la becerrada de los zapateros.

Me he quedado perplejo, pues aunque yo ten-

go en la retina la seguridad de esos jugadores de bolos que se rien de la vida y juegan á arrastrar mundos y cráneos de piedra sobre la tierra, florecida de ingenuas flores silvestres, en esas lagunas de la ciudad, no podía indicar dónde había yo visto eso, á través de qué indiscretas rendijas de las vallas había yo podido atisbar los gestos pimpampunescos de los currutacos jugadores de bolos. Son los que no creen en la ciudad, los que no pierden de vista lo que tiene de aldea, los que bolean más, esos despellejados cipos que son como veteranos granaderos de Napoleón, tiesos aún después de todas las batallas.

En alguna parte siempre se juega á los bolos para dar bondad á la tarde y darla confianza de tarde antigua.

Los jugadores de bolos creían tirar gigantes con cada bala corretona, y cuando hacían caer toda una hilera de bolos creían haber hecho caer de espaldas una fila de pirámides.

Como hay realidades fantásticas que no llegan á la vaporosidad de fantasías, no dejo de suponer ese claro rincón en que varios alegres compadres se dedican á tumbar los espárragos fantasmales de los bolos, volviendo á las horas más juguetonas de lo que son y haciendo sonreír al Sol, que sólo sonrío á los jugadores de bolos, porque él es una bola inmensa que busca los bolos con que tropezar alguna vez, para tener la voluptuosidad de derribarlos.

En la armonía sideral se necesitan los bolos, circulando, yendo y volviendo, dando motivos á la suerte, componiendo casualidades y azares.

«Ahora—se dice el bolo impar que rueda entre los trastajos impares—los hombres juegan á los bolos con pelotas de cuero, que derriban á lo mejor todo un grupo de hombres vestidos de blanco.» ¡El pobre bolo se cree que esos que caen en el fútbol han sido arrastrados por el balón!

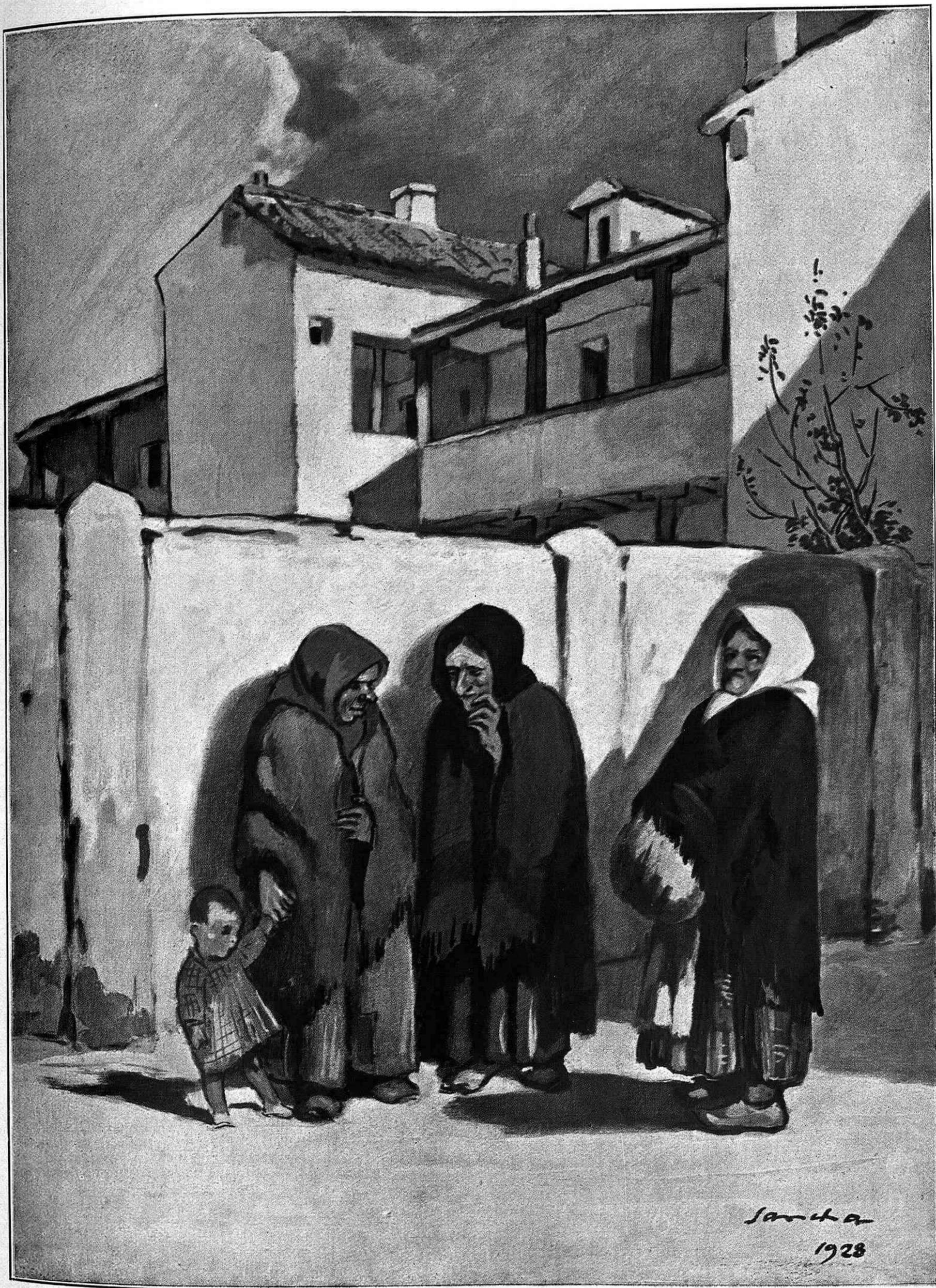
En Francia, donde se cultiva el tiro de la ballesta, aun hay rincones en que se juega á los bolos con fe; pero eso no me interesa, porque eso tiene la pesadumbre de lo conservador y la tristeza gris de lo tradicional y consabido.

A mí lo que me interesa son esos solares en que se juega clandestinamente al juego de los bolos, plazoletas de alegría sana que yo voy buscando á través de la ciudad, mirando por los agujeros monoculares que han quedado en las vallas por causa de los nudos que saltaron, sedientos del jolgorio del juego sin malicia, del juego infantil de los hombres, de la guerra incruenta que fomenta la paz en los corazones.

Yo sé dónde está ese solar, sino que no sé dónde se encuentra, y yo lo vi, aunque no lo vi, algún día, y espero hacer un plano de donde se encuentra el día que lo vuelva á encontrar.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

(Dibujo de E. Climent)



ESCENAS MADRILEÑAS

«Cotilleo», dibujo  
de Francisco Sanja

## CUENTOS BREVES

# LUZ REPENTINA

Se le había echado encima la edad, sin que le importara gran cosa aquel descenso inevitable en la cuesta de la vida. Aunque no frecuentaba el espejo mucho tiempo hacía, desde que el dolor llamó á las puertas de su casa, sorprendiéndola en plena juventud, sus exigencias corporales imponíanle, sin embargo, y había ido advirtiéndolo, á lo largo de los días, cómo la tersura de su piel se empañaba y cómo se nevaban sus cabellos. Era una nube que cerraba el horizonte: la vejez.

En plena juventud había perdido á sus padres, y el cruel golpe había sido de ruda contundencia para ella no sólo por el pesar de verlos morir prematuramente uno tras otro, sino porque los eternos ausentes la dejaban como sagrada herencia la de hacerse cargo de la casa, de ponerse al frente de la familia, de educar á tres hermanos que la seguían. La sombría deidad habíase, por lo visto, prendado de aquel hogar y no había saciado su ansia llevándose á los progenitores, al fruto maduro, necesitaba el naciente, la infancia, y la guadaña implacable había segado el hilo de la vida de dos infantes, ya abierto el pimpollo de su niñez. Quedaban, pues, únicamente dos vástagos; la primogénita, el rodrigón de la vid, y el último pámpano de la cepa.

Poco más de un año tenía este postrer retoño, y era una niña. Menos alumbrarla, su hermana mayor había sido para la criatura una madre. Ya esta circunstancia había redoblado su cariño. La muerte de dos varones intermedios había venido á aumentar aquel tesoro de su ternura, revistiendo á la recién nacida de la providencial calidad de un refugio donde reponer fuerzas para luchar.

La hermana mayor tenía ya un fin definido en la vida: hacer vivir á la pequeñuela. A él consagró toda su voluntad. Y Dios la guió por aquel ignoto camino en que quizás en sus promedios brotaran las rosas; pero que en sus comienzos no ofrecía más que sus espinas. Crió á la niña, y la crió bien, porque su buen deseo y su cariño maternal estaban robustecidos por un despejo ingénuo y una actividad permanente. Luego la niña creció; el fresco botón prometía una floración espléndida, que á su tiempo abrió todos sus capullos. Borrábase la negra leyenda. La muerte había, sin duda, tomado otra ruta en busca de hogares nuevos. La salud le salió al encuentro. Vigoroso el cuerpo, las neuronas fueron vigorosas, y así pasó la huerfanita por la infancia sin

hundirse en ninguno de sus pantanos, y entró en una adolescencia sana y alegre, llevada de la mano por el contento, con un corazón tierno, una inteligencia clara y un espíritu dócil, terreno apto para que germinaran, como germinaron, espléndidas, las semillas sembradas, á su debido tiempo, por la hermana mayor.

No tenían capital; vivían de una pensión de orfandad legada por el padre, antiguo empleado en un Ministerio, y, aunque decorosa y suficiente á sus necesidades administrados los gastos con economía. La prudencia de la hermana mayor, tendiendo su mirada al porvenir, no se contentó con el presente. Cualquier imprevisto, cualquier contingencia, una enfermedad larga, podía alterar el equilibrio de su presupuesto con grave riesgo de la bancarrota. La muchacha tenía afición al estudio. Ella misma manifestó el firme deseo de ocuparse en algo. Hizola estudiar francés é inglés, gramática castellana, mecanografía y taquigrafía, y en un par de años se encontró la adolescente en condiciones de ganarse la vida por su cuenta. Su preceptora halló ocasión de colocarla de cajera en un comercio. Podían llegar las tempestades de la existencia. La cumbre contaba con pararrayos.

Pasaron los años; la cajera iba á cumplir los veinticinco. La hermana mayor, con su perspicacia de mujer y con los suyos experimentados, había hecho un descubrimiento. La «pubilla» tenía relaciones amorosas con el dependiente mayor del comercio. Su frecuentación á la tienda, con el dueño de la cual conservaba una amistad heredada de sus padres, habíala ofrecido la pista. Miradas recíprocas, deferencias mutuas, ama-



Crió á la niña, y la crió bien...

bilidades continuas entre sí, ese algo sutil del amor que tiene emanaciones reveladoras del perfume, la puso sobre aviso. Interrogó á la joven, que confesó de plano. Era un hombre buenísimo, lindando en los treinta, muy formal, honrado á carta cabal, y al que su amo profesaba hondo cariño; había entrado á servirle de chico. La hermana mayor, ecuaníme y sesuda, conociendo la discreción de la pequeña, no formuló objeción alguna. El muchacho le era simpático; los informes que adquirió de su vida privada, excelentes. Carecía de padres y familia ausente ó presente. Limitóse, pues, á recomendar á la muchacha, aunque no lo necesitara, juicio, cordura y á esperar el desarrollo natural de los sucesos, lo que dieran de sí. La pequeña pagó á la mayor su aquiescencia con un diluvio de besos.

—o—o—o—

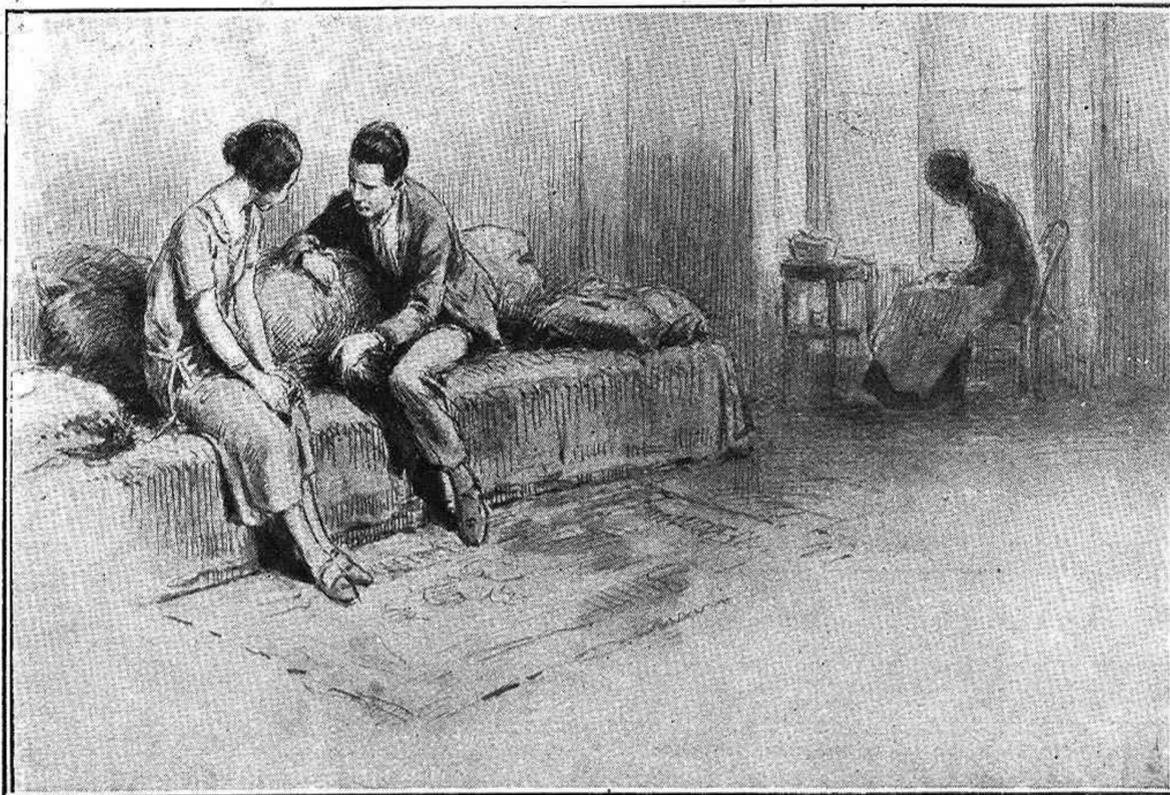
Los amores han llegado á feliz término. El dependiente mayor y la cajera se casan. El tiene algunos cuartos ahorrados; su principal le presta generosamente una diferencia que le falta. El empleado se establece en el mismo género de «novedades» que su amo. La hermana primogénita se va á vivir con la pequeña. ¡No faltaba más! ¿Pues quién sino ella ha ido poniendo año tras año los vellones del nido?

La hermana mayor es feliz, con una felicidad inefable y absoluta. Su dicha es la dicha maternal, henchida de abnegación. Quiere á la pequeña como á una hija. La ha cogido entre sus brazos recién nacida; la ha criado; la ha educado; la ha puesto en condiciones de volar, y para que nada falte en esa nueva escala de Jacob, la ve venturosa y la ve agradecida, exigiendo á toda costa que no se separen.

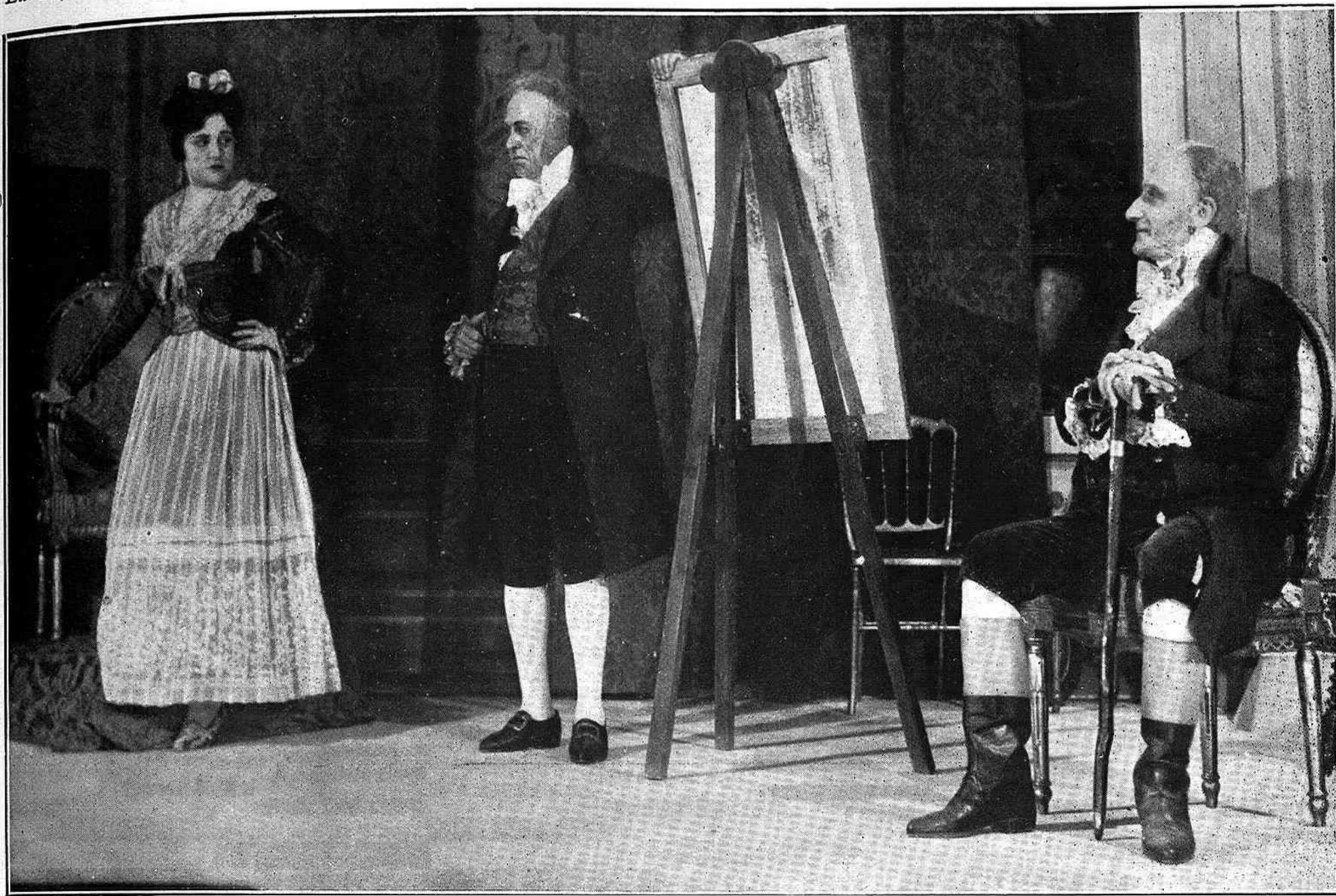
Y, no obstante, en esa felicidad de la hermana mayor hay un puntito de tristeza que ni la nubla ni la oscurece, pero que allí está implacable. Ha venido siendo testigo de la ternura de los novios, capacitada de la inmensa ventura que va á unirlos; pero esa ventura es cosa distinta de la maternal que ella siente, es una luz que resplandece de pronto intensamente; son unas miradas que no ha visto nunca, unos acentos que no ha oído jamás, á ella dirigidos; es algo inefable que ya no tendrá tiempo de gozar, camino de los cincuenta años; es la tristeza de una irrealizable revelación.

ALFONSO PEREZ NIEVA

(Dibujos de Regidor)



Es una luz que resplandece de pronto intensamente...



Carmen Díaz y los actores Barden y La Riva en una escena de «La Maja»

(Fot. Piortiz)

**A**RDAVÍN sigue buscando su camino; y á juzgar por las noticias que de Santander y Bilbao se recibieron en Madrid, pudo creer, al estrenar *La maja* en aquellas capitales, que le había encontrado. Al estrenarla en Madrid, probablemente, habrá empezado á dudarlo.

Es un caso curioso el de este autor, que comenzó su vida de dramaturgo con una obra que parecía definir una personalidad y corresponder á una orientación definitiva, en que, además, no tenía, por el momento, competidores, y se apartó muy pronto de ella para ensayar modalidades dramáticas distintas, en las que la personalidad se fué amenguando y en que pisaba terrenos más trillados.

En aquellas primeras obras, en la primera, sobre todo, Ardavín pareció destinado, no obstante los anacronismos que algunos le señalaron, á ser el mantenedor entre nosotros de un teatro histórico á la manera que le imaginó Zola, y que había de ser fundamentalmente integrado por reconstituciones arqueológicas que dieran fondo apropiado á figuras reales ó fingidas; pero que tuviesen en su ficción suficiente fuerza de realidad de aquellas épocas y aquellos ambientes elegidos por el dramaturgo como fondos de sus cuadros.

No era tarea menguada, sino, muy al contrario, empeño muy arduo; pero que por múltiples razones hubiese sido muy apropiada para que en ella pudiera el Sr. Ardavín lucir, sin que sonase tan extrañamente como en otras obras suyas, la vena lírica que puede juzgarse en ocasiones demasiado rica y fluente para empleada en la poesía dramática.

En la obra estrenada ahora, *La maja*, puede observarse quizás un propósito realizado, en parte, al menos, de contener esa abundancia; pero puede observarse también que anda descarrada, y cuando aparece, no se aplica con oportunidad.

El asunto de esa comedia vuelve al señor Ardavín á su antiguo terreno del teatro histórico; pero la historia que ahora lleva al teatro es demasiado reciente para que en ella quepan bien esas expansiones, y, sobre todo, utilizada para

## SEMANA TEATRAL

## "La maja" - Otros estrenos

referir hechos más ó menos históricos que quizás, aun siendo muy verídicos, no convenga recordar. Además, la reconstitución arqueológica falta por completo.

A juzgar por su obra, el Sr. Ardavín tiene de nuestra guerra de la Independencia una idea demasiado simplista, y es lástima, porque en aquel período histórico hay una pródiga cantera de elementos dramáticos que no han sido utilizados aún, y que, al ser conocidos, revelan que la realidad es infinitamente más abundante en conflictos dramáticos que la imaginación de los poetas.

Cualquiera de aquellos temas dramáticos, fáciles de encontrar, sobre todo, en los relatos de escritores desapasionados de la época, daría motivo para dramas y comedias infinitamente más interesantes que el urdido ahora por el Sr. Ardavín, y una mayor justeza y exactitud en la pintura del ambiente daría aún á ese conflicto y hubiera podido dársela al argumento mismo de *La maja* mayor intensidad.

El mismo título hace pensar en una figura simbólica y representativa de toda una clase social—*la maja*—, que la literatura y, sobre todo, la dramática, había ya desfigurado bastante antes de que la destrozara por completo la labor de las tonadilleras de varietés. *La maja*, y no *Una maja*, obligaba á mucho, y más si esa figura «castiza» había de ser contrapuesta á una figura exótica tomada también como representativa, sin que una demostración previa adecuada pudiera convencernos de que lo es.

No hay para qué hablar, por otra parte, de la inoportunidad de esas contraposiciones. Lo ocurrido no hace mucho en Francia, con motivo del estreno de una obra de Maurice Rostand, podría ser traído á cuento para hablar de esa oportunidad. Afortunadamente, aquí, como en París, el público y la crítica han salido al paso á inter-

pretaciones tendenciosas, y además, no están de moda, afortunadamente también, las reclamaciones diplomáticas por asuntos literarios; pero con todo eso es posible que lo mejor de los dados hubiese sido no jugarlos.

La obra del Sr. Ardavín, en este sentido, corresponde á un género que tuvo mucha boga; pero que, afortunadamente, pasó, y que correspondía á un modo de ver la guerra de la Independencia sin suficiente perspectiva; quizás el último ensayo de ese género—sin contar alguno del género lírico—fué un drama en dos actos que intercalaban en Variedades entre las obras del género cómico ó satírico que formaban el repertorio habitual de aquel coliseo. Hace más de cinco lustros que hasta las mismas Compañías de aficionados dejaron de representar esas obras, y nadie, como no sea el Sr. Ardavín, puede lamentar la desaparición del género que contribuyó durante muchos años á mantener leyendas que nos han costado muy caras andando los tiempos.

Aún hay—¿quién lo duda!—gentes que no han pasado de la leyenda; pero mantenerlas en ese estado, un poco ancestral, ni es conveniente ni puede ser la misión de un autor dramático de quien nos habíamos prometido tanto como del Sr. Ardavín.

*La maja*, por todas estas razones, sin duda, no ha tenido en Madrid el favorable éxito que en provincias. Es lamentable por lo que puede significar para el autor; pero es plausible por lo que significa como orientación del público.

•••••

Otros estrenos hubo durante la semana; pero no hay para qué dedicarlos comentario extenso: una obra del Sr. Fernández del Villar, hecha deliberadamente en la «manera» de ese autor, y dos de Paso y Estremera en la Comedia y en el Cómico, en que los dos fecundos comediógrafos no cambian tampoco de sistema, obligarían á repetir una vez más comentarios hechos muchas veces y seguramente con la misma inutilidad.

No vale, pues, la pena de hacerlos.

ALEJANDRO MIQUIS

## ARTE HISPANOAMERICANO

## LA ESCUELA DE TALLA DIRECTA DE MÉXICO

HACE dos años se consintió á los artistas y á los profesores de arte españoles la oportunidad de un ejemplo didascálico verdaderamente eficaz.

Me refiero á la Exposición de trabajos realizados por los niños mexicanos en las Escuelas de Pintura al aire libre esparcidas por la renaciente República.

Sorprendió á profesionales y profanos aquella serie de obras que, luego de haber causado admiración inteligente en Alemania y Francia, reiteraban, aquí, en España, el sentido primordial de su belleza.

Era, ciertamente, algo insospechado y, sin embargo, tan fácil, tan sencillo de haberse intentado antes á no estar por una parte

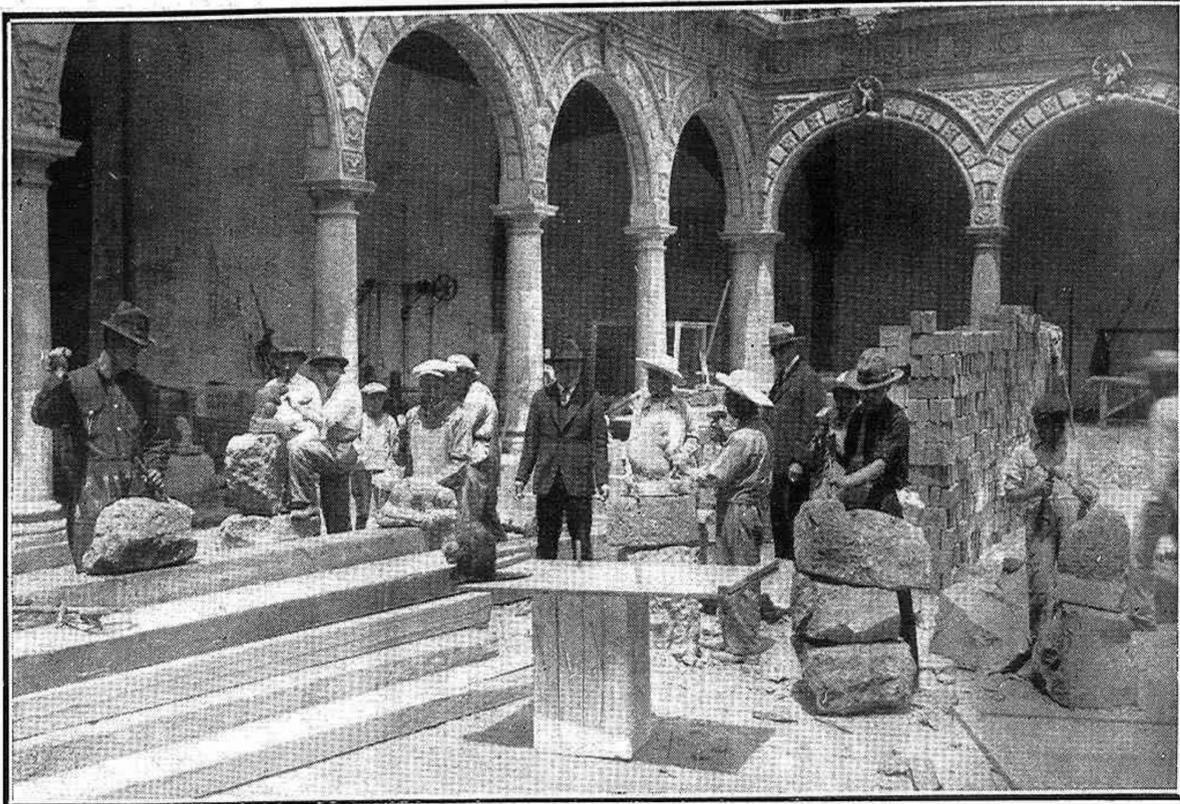
las normas pedagógicas sometidas exclusivamente á los sistemas academicistas y tradicionales, y de existir, por otra parte, la farsa de determinados sectores del arte moderno con la simulación de la ingenuidad y la parodia de sensibilidades rudimentarias.

Aquellas pinturas de muchachos mexicanos puestos frente á frente de su naturaleza y de los tipos connaturales, significaban el mejor mentís que puede y debe oponerse tanto á la mediocridad y rutina de la enseñanza oficial cuanto á las hordas insinceras y arrivistas de los diversos ismos pseudoestéticos en lo que va de siglo.

No el candor rehecho, sino espontáneo; no el gozo de crear destruido por el tormento autoanalítico, sino alentado por una dirección ajena inteligente; no la pedantería agresiva de los asuntos y del estilo, sino la copia directa de lo que los ojos ven y el alma siente en esa edad virginal que los cerebralismos é intelectualismos posteriores no consiguen recobrar nunca más.

Y era ese fácil y honesto método de enseñanza artística revelado prácticamente por los cuadros de niños y adolescentes, lo que—luego de admirar las obras—se consideró de mayor importancia para el estudio y sendero del espíritu infantil, por unos cuantos elementos alemanes, franceses y españoles.

A la vieja, á la cansada Europa muelleante y grotesca, como ciertas mujeres que no se resignan á la senectud noble, el ejemplo de las Escuelas mexicanas de pintura al aire libre no le ha hecho ver del todo el ridículo afán de sus esnobismos y de sus



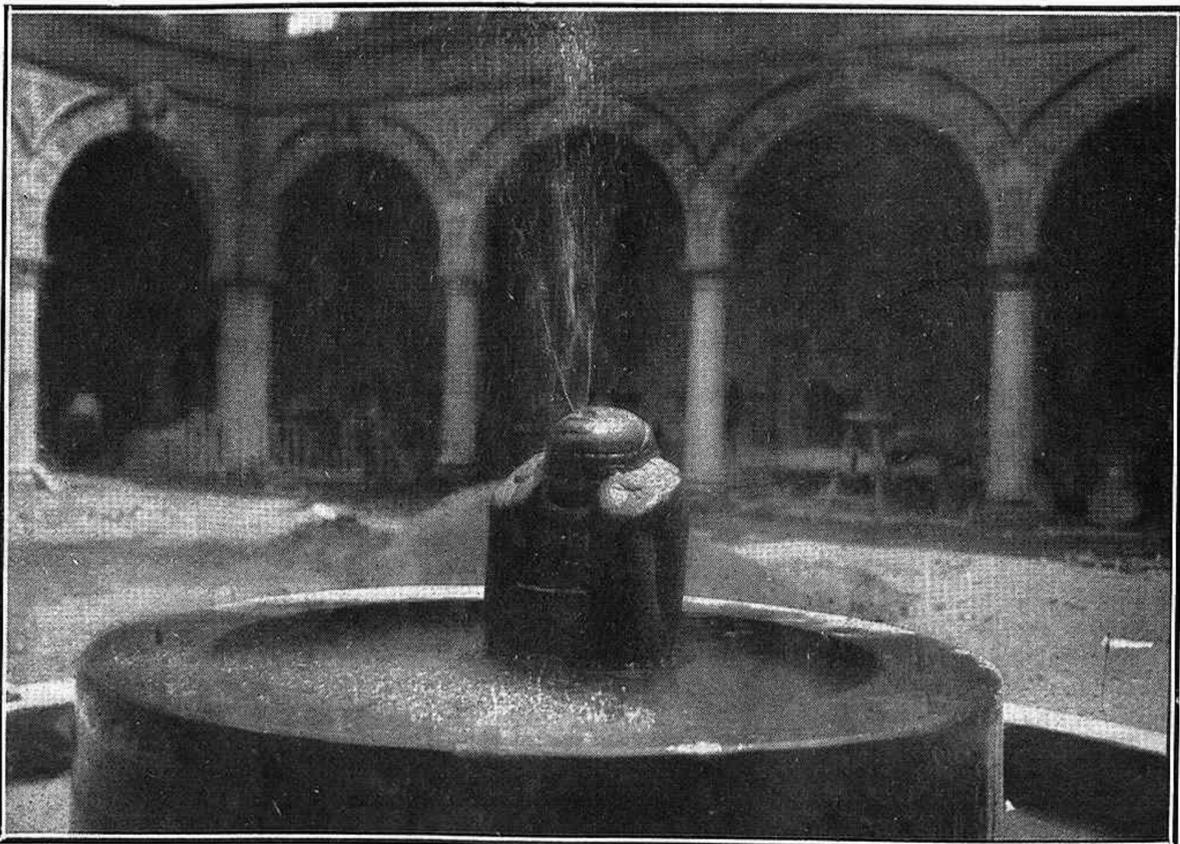
Departamento de talla en piedra.

iconoclastias retrógradas. Pero basta con que lo hayan visto algunos artistas y escritores para que esta nueva siembra de la buena América, de la América de origen español, no se pierda del todo.

Y ha de reconocerse que en las fecundas revelaciones hispanoamericanas, México está gallardísimamente situado en primera línea. La labor cultural que á partir de la Revolución viene desarrollando desde la Secretaría de Educación Pública, bastaría para demostrarlo, si no hubiese luego tantos otros aspectos nacionales en coincidente resurgimiento.

•••••

A la Escuela de Pintura sigue la Escuela de Escultura. Después de situar al alumno infantil ó adolescente ante la naturaleza para reprodu-



«Gárgola»—Fuente central, talla directa en basalto negro. Obra de Guillermo Ruiz, director de la Escuela

cir líneas y colores, se le sitúa frente á los modelos vivos para tallar directamente sus formas en la piedra y la madera.

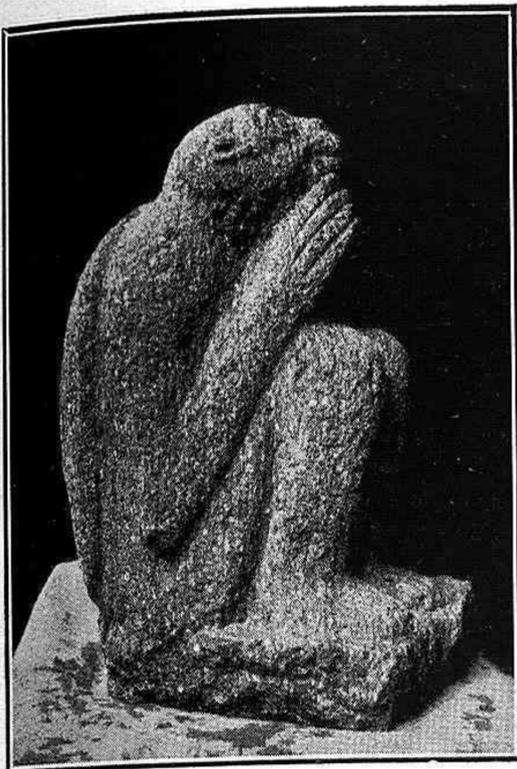
Y así como Ramos Martínez crea en el viejo convento de Churubusco la primera agrupación infantil de pintorcitos, ahora Guillermo Ruiz, también en un viejo convento colonial, el de la Merced, constituye la primera escuela de esculturas al margen de los arcaicos sistemas y las pretéritas obstinaciones.

No hemos olvidado á Guillermo Ruiz. Convivió con nosotros en Madrid algunos años. Llevaba una existencia recoleta, sin exhibicionismos algareros ni estériles audacias donde se desvirtúan y destruyen tantos otros artistas. En dos oca-

siones pudo verse cómo este hombre serio, un poco melancólico, insaciable de perfección y de superación, estaba destinado á ser un creador original y un maestro seguro. Primero, una Exposición en el Ateneo de Madrid; luego, la bellísima figura sedente, *Madre*, que exhibió en la Nacional de 1926, y que, á mi juicio, era uno de los mejores, más puros y más sensibles testimonios de lo que debe ser la escultura de todos los tiempos: forma y sentimiento; ritmo y emoción.

Guillermo Ruiz, que físicamente da la sensación de brío y fortaleza, habla con dulzura convincente, con suave acento, donde, sin embargo, se adivina la energía espiritual. Varias veces me complací en escucharle evocar—con aquel su aire de iluminado, de abnegado productor de belleza en un medio materialista y distraído—

la enorme riqueza sugeridora de los abuelos aztecas. Le apasionaban los pueblos remotos que «habían realizado una verdadera obra escultórica». Se le adivinaba desligado de normas europeas coetáneas y el afán de afrontar los grandes bloques con su martillo y su cincel, mientras había de simular en el barro y la escayola materias más duraderas. Asistía desde lejos, como guerrero involuntariamente apartado de los combates, á la enorme reconstrucción estética de su país. Y aquel mismo fervor que había en su palabra humilde, suasoria, cuando la añoranza de los grandes períodos históricos de la plástica, enternecía la voz con las aspiraciones futuras... No concebía el arte cuco, habilidoso y adulator de los se-

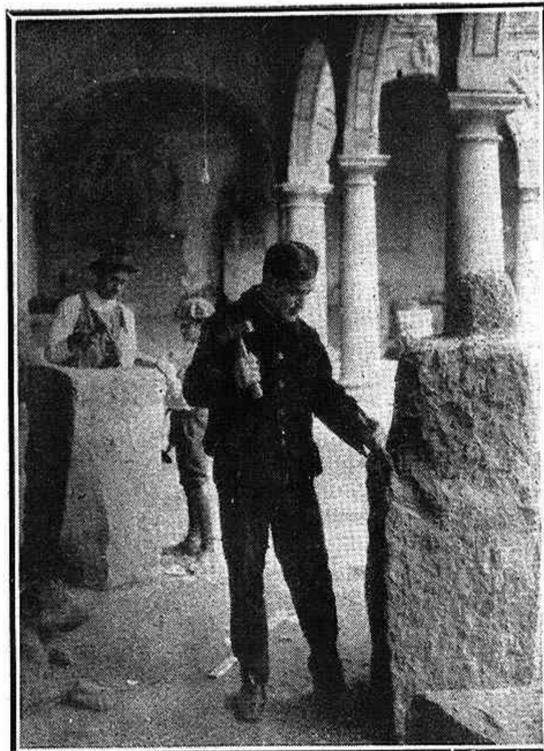


«Mono araña», tallado en basalto rosa, por Felipe Avila, cantero de dieciocho años

fuese porque nada tan opuesto al concepto y á la práctica de estos talleres henchidos de vitalidad libérrima, como las *clases* de ciertas Escuelas de Artes y Oficios donde sonolece y vegeta la coincidente esclavitud incapacitada de maestros y alumnos.

Los departamentos de la Escuela de México son: *Talla directa sobre piedra, Talla en madera, Herrería artística, Orfebrería, Cerámica, Juguetería, Fundición artística.*

«La Escuela de la Merced—escribió entonces Pedro Alba—está instalada humildemente; hay varios tornos, unos bancos de carpintería, soportes para la piedra labrada, fraguas elementales, hornos para fundir, una fuente central en que se decanta el barro y que es elemento decorativo, una colección de animales que sirven de modelo y despiertan el interés de los alumnos. El repique de los cincelos, el resoplido de las fraguas, el chasquido del barro y el golpe hueco de la madera, son los ruidos familiares que se mezclan con la gritería de los muchachos y con las parsimoniosas conversaciones de los maestros de los oficios. La extraña y suntuosa arquitectura de los corredores sirve de marco y es como un símbolo de la finalidad; todo lo que ahí se hace ó se proyecta tiene un destino monumental, decorativo y piadoso. Los muchachos aprenderán á forjar y retorcer hierros para ventanas y balaustradas, á fundir el bronce para candelabros,



DON GUILLERMO RUIZ  
Ilustre escultor, director de la Escuela

ñoritos afortunados en el renombre multitudinario; lo comprendía á la manera—entre misticismo y artesanía—de otros tiempos, sin vanidad personal, pero con orgullo colectivo; sin la soberbia individualista, pero con la dignidad gremial.

Ha de alegrarnos, pues, el ver cómo Guillermo Ruiz consigue ir realizando la misión estética que su talento y su sensibilidad no sólo le consienten, sino que le sugieren y hacían deseable.

Se ha reintegrado á su patria y al contacto fecundo de la escultura precolombiana; se ha alistado de nuevo en las filas post-revolucionarias que están preparando un maravilloso renacimiento mexicano; su cincel canta robustamente sobre la piedra, y su gubia hace brotar formas armoniosas entre chasquidos y flechazos de las astillas arrancadas con mano diestra. Y, sobre todo, ha formado aquella comunidad humilde, ingenua, apasionada y sin prejuicios ultracivilizados que soñaba en el Madrid heteróclito é indefenso á las invasiones esnobistas.

•••••

En Marzo de 1927 se fundó la Escuela Libre de Escultura y Talla Directa, y se nombró director de ella á Guillermo Ruiz.

La escuela comprende siete «Departamentos» ó *clases*, como se diría en el estilo pedagógico europeo, si no



Puerta tallada en madera de cedro rojo, por los alumnos de la Escuela de Escultura y Talla Directa, proyecto de Gabriel Fernández Ledesma, dirección artística de Guillermo Ruiz

placas conmemorativas ó cabezas heroicas, labrarán la madera para las puertas historiadas y los muebles de estilo, y esculpirán la piedra de lápidas funerarias, fachadas, remates, estatuas y pedestales. Todo ello está hablando de las tradiciones de la raza. En las obras de espontánea manifestación infantil se descubren parentescos milenarios; hay figuras que se parecen á las piedras primitivas de los aborígenes y otras muy semejantes á las de antigua escultura china. En hierros, maderas y bronce, recordamos las ornamentaciones civiles y religiosas de la Colonia, en las que hay elementos de importación europea y otras privativas del buen gusto indígena.»

Esta descripción del ambiente y la actividad funcional de la Escuela muestra como una pintura simbólica lo que significa como presente y anuncia para lo porvenir.

Alternan con profesores y alumnos los maestros y oficiales de cantería, los humildes artesanos de la talla en piedra.

Nada tan propicio y oportuno como ese trabajo común del artista y del obrero, como esa colaboración íntima entre la sensibilidad estética y la pericia manual para la orientación decisiva de los futuros artistas.

Habrá, indudablemente, una cálida camaradería, una fresca y jugosa cordialidad de «pueblo», de gentes

modestas unidas para el esfuerzo unánime.

«El niño—dice otro comentarista del simpático logro—, al pasar bajo la derruida arcada del antiguo convento, no lleva noción alguna de lo que tiene que hacer. Se encuentra en un patio ruinoso y bajo sus corredores, mesas y herramientas. Algunos animales domésticos son los modelos futuros. Y los maestros Guillermo Ruiz, fundador de la Escuela; Fernández Ledesma, que actualmente dirige la parte relacionada con la cerámica, y Albarrán, el célebre fundidor que prepara sus hornos para el momento de acción, los tres perfectamente identificados en las nuevas rutas del arte moderno, dentro de las ideas de la escuela de la acción—aprender haciendo—, reciben á sus discípulos, los arman caballeros del taller, del cincel y del martillo y los dejan trabajar. Y la ingenuidad y el talento de los niños va dando ya sus resultados maravillosos. Primeramente pasan por el trabajo en barro, que realizan de manera distinta que como vemos á los modeladores de las academias; cuando han aprendido á manejar el barro, á modelar sobre él las figuras que les presenta la naturaleza, entonces pasan á la madera para tallar las figuras tal



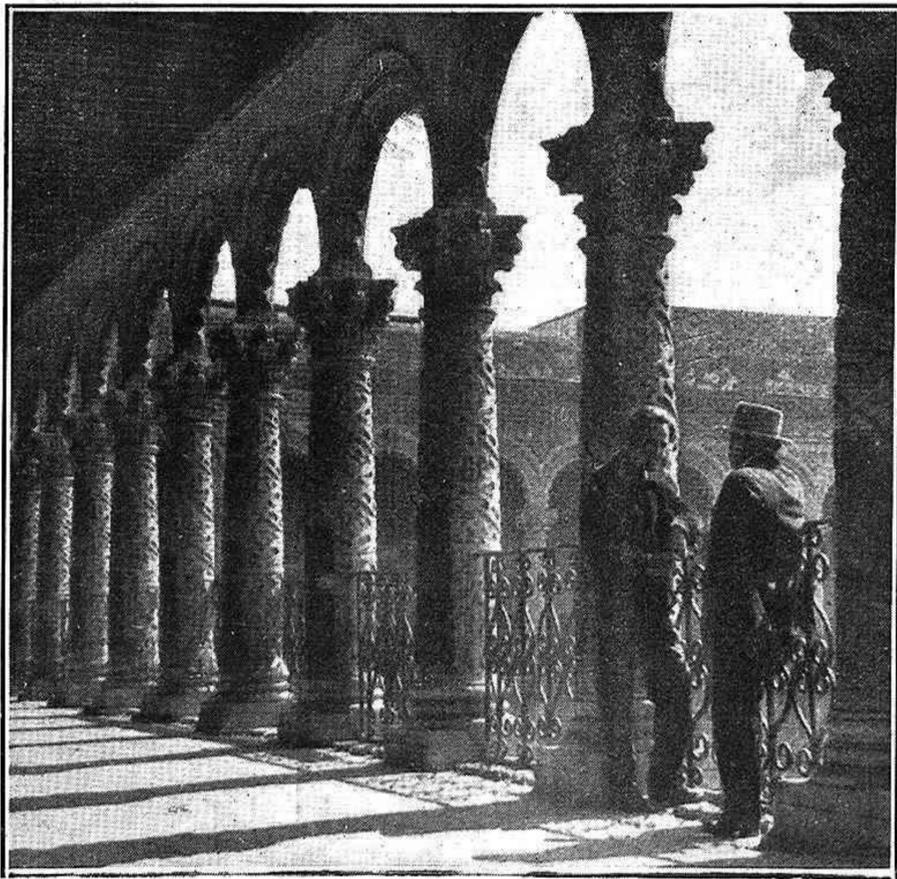
«El dibujo». Detalle de uno de los tableros de la puerta

dibujo, la talla directa y el descanso de los alumnos. Los motivos ornamentales, todos diferentes, que ocupan los espacios entre los engatillados, son estilizaciones de animales, plantas y flores de la fauna y la flora mexicana. Cerrada, esta puerta es como si se opusiera con lo característico de su estilo y la entrañable racialidad de sus temas decorativos á la entrada de toda norma opuesta á la sinceridad nacionalista y al sentimiento honestamente moderno que inspira á la Escuela. Abierta, cada mañana da libre acceso á los muchachos ávidos de adiestrarse en el divino y eterno juego del arte.

Pero, además, tal vez convendría que esa puerta se abriera para dejar salir hacia Europa, hacia España, sobre todo, las obras realizadas por los alumnos y por los maestros durante el tiempo que lleva de existencia esa escuela ejemplar.

La Exposición de Sevilla ofrece una oportunidad excelente para ello. Y en el Pabellón de México, al lado de las evocaciones históricas, junto á las producciones pictóricas modernas que seguramente no habrán de faltar, sería bueno encontrarnos con estas gratas promesas de la plástica mexicana venidera.

SILVIO LAGO



Claustro alto del antiguo Convento de la Merced, donde está instalada la Escuela de Escultura y Talla directa

y como las ven ya en el patio, ya sobre las mesas, donde ellos estén tallando. Y, finalmente, van á la piedra y al cincel.»

La obra que hasta ahora resume los propósitos de la Escuela es la puerta que sobre un proyecto de Fernández Ledesma y bajo la dirección de Guillermo Ruiz han tallado maestros y alumnos.

¡Afortunada elección del motivo y destino el de esa puerta que habrá de ser colocada en el histórico edificio.

Consta de dos hojas, divididas en sesenta y seis casetones, de los cuales los dos centrales están ocupados por dos mascarones de bronce que servirán de llamadores, los cuatro principales de la parte superior é inferior de ambos tableros ostentan composiciones alegóricas de la cerámica, del



«Bronces», de Guillermo Ruiz



El Nuncio de Su Santidad, monseñor Pascelli, presenciando el desfile de la manifestación de los católicos alemanes

## Una gran manifestación católica en Magdeburgo

Un gran acontecimiento religioso tuvo lugar la semana pasada en Magdeburgo (Alemania), donde hubieron de desfilar ante el Nuncio de Su Santidad, monseñor Pascelli, más de 30.000 católicos de diversas provincias del *Reich*, después de una solemne misa celebrada ante las Casas Consistoriales.



Un aspecto de la gran fiesta católica celebrada en Magdeburgo hace pocos días y á la que concurrieron más de 30.000 fieles, constituyendo una hermosa manifestación de fe

(Fots. Orrios)

# Elegancias

UNA rápida ojeada por las principales casas de costura parisinas y vienesas nos ha bastado simplemente para que nos demos cuenta de las más notables tendencias é innovaciones que dominan sobre la moda de otoño é invierno próximo, pródiga no sólo en modelos de trajes y abrigos suntuosos ó bonitos, sino también en detalles llenos de originalidad, que en un todo vienen á cambiar radicalmente no ya el aspecto, sino la base donde se cimentaron hasta aquí las pasadas modas.

Primera innovación — y ésta es acaso la más importante—es la de las faldas más largas, conseguido el efecto por medio de la irregularidad; pero que más tarde llegará á conseguirse plenamente, porque nuestros ojos estén ya bien dispuestos á ver cómo esta tendencia que ahora va adueñándose tímidamente de la moda ha alcanzado el completo dominio de ella.

Cierto que esta nueva modalidad sería absurda sobre los trajes deportivos ó simplemente callejeros; pero para el paseo, la hora del te, fiestas de tarde y



Vestido de «crêpe georgette» negro, con la falda en volantes plisados

(Modelo Martial et Armand)



Vestido de «popelin» azul marino, con una corbata roja

(Modelo Lelong)



Vestido de noche en seda azul pálido, con grandes vuelos en la falda

(Modelo Lauvin)



Vestido de «crêpe marocain» color morado y abrigo de terciopelo del mismo tono

que esos trajes de falla con la falda muy fruncida al talle, colocado éste en su sitio normal, más acentuados aún los frunces en la parte de detrás, la cual gradualmente va alargando hasta descansar los bordes de la falda en los tobillos, y por delante, más abajo de las rodillas.

La amplitud de los trajes en la espalda y en la falda, también en la parte de detrás, es otra nueva tendencia y el tema obligado sobre el cual trabajan con ardor los modistos más renombrados.

Lo que hace escasamente unos meses dormía ignorado, ha sido descubierto por el infatigable espíritu de ese puñado de hombres ávidos de fama y de fortuna, bien ganadas por su tesón y su entusiasmo por el trabajo y la belleza de la mujer.

Poco á poco primero, y más tarde en un desenfrenado vértigo de

para la *soirée* no se ve otra cosa, y la idea la acogen entusiasmadas las mujeres más elegantes del mundo entero.

Para que los abrigos armonicen con esta tendencia de faldas irregulares, éstos lo son también, y forman un conjunto sumamente *chic* y, sobre todo, nuevo, pues este aspecto de los trajes de ahora no está registrado en los anales de la moda.

Antes de adoptar estos trajes ó abrigos irregulares, es absolutamente preciso

que consultemos antes con nuestra silueta en general, pues mientras á unas figuras les va bien la irregularidad en la parte de detrás, á otras les va mejor á un costado ó en ambos, que hay cien maneras distintas de colocar á nuestro gusto y conveniencia los *panneaux*, puntas, drapeados ó *godets* irregulares.

Si se trata de una dama alta y gruesa, el drapeado haciendo escalera, colocado en la parte de detrás de la falda, ó el polisón levemente indicado, dulcifica el contorno y lo elevado de la estatura; si, por el contrario, es una dama delgada, espiritual hasta el extremo, nada le irá mejor



Sombrero de paño negro, con adorno de cinta de seda

La Esfera

creación, han ido haciendo los diseños, tras de estrujar sus cerebros para rebuscar ideas sorprendentes, maravillosas.

¿Es, pues, extraño que el conjunto de estos trajes con *panneaux*, volantes ó drapeados en la espalda resulte armonioso y exquisito?

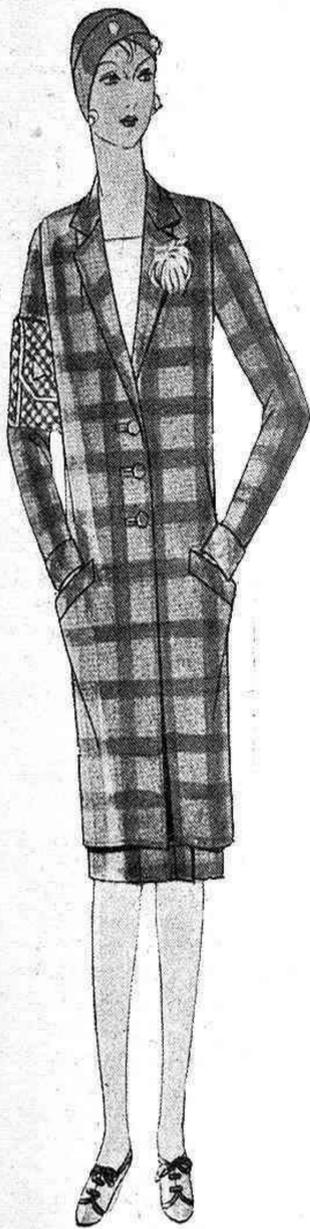
Especialmente los trajes de *soirée* en tul, terciopelo ó *lamé*, confeccionados de esta forma, son dignos de *Las mil y una noches*.

Unase á esto las gamas finísimas de los colores que dominan en esta hora del día, y creemos que no puede soñarse nada más bello y encantador.

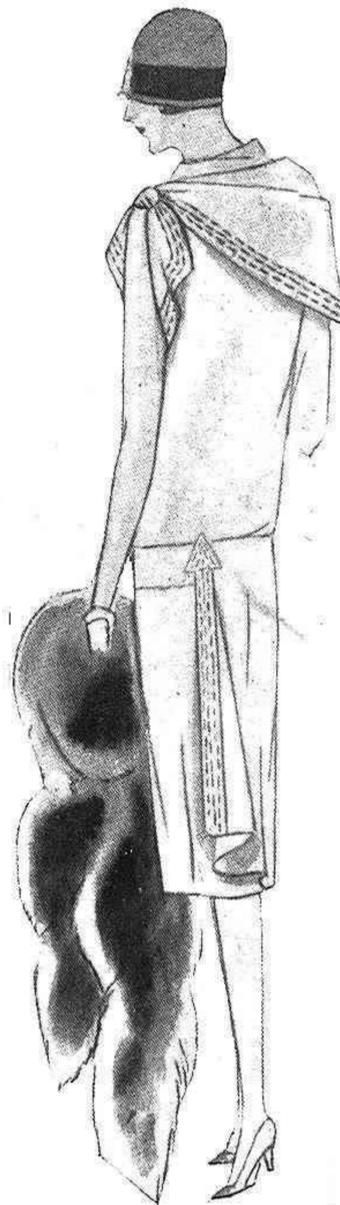
En la presente moda de otoño y en la futura de invierno hay una tendencia renovadora, incluso en los más nimios detalles; las mangas, el descote, el talle, todo se inspira en normas opuestas á las que se vieron en las últimas estaciones; sobre todo, se



Traje de tarde en «crêpe georgette» azul marino, con aplicaciones de terciopelo color verde musgo



Falda y abrigo de lanilla escocesa, muy propio para «sport» y viajes



Vestido de «crêpe marocain» azul marino, con grandes pespunte en rojo fuego

huye de la uniformidad, tan detestable, no sólo porque iguala á la mujer en edad, condición y posición social, sino porque priva á la inmensa mayoría de ese *cachet* que tiene la propia personalidad.

Además, esta moda tiene un concepto más equilibrado de la moral y de la estética, puesto que ha dado al traste con las aterradoras dimensiones que iban teniendo las faldas y descotes; y respecto á la estética, no podemos dejar de reconocer entusiasmas que esta moda favorece mucho más á la línea de gruesas y delgadas, jóvenes y viejas; estas últimas, sobre todo, han encontrado su verdadero punto de apoyo en estas faldas irregulares, que cubrirán, aunque no sea más que á medias, los estragos naturales del tiempo sobre sus piernas.

ANGELITA NARDI

## PASEOS ARQUEOLÓGICOS

### LAS NUEVAS EXCAVACIONES DEL FORO DE TRAJANO EN ROMA

COMO ya hemos dicho en otra ocasión, el Gobierno italiano tiene planteado un vasto programa de excavaciones tanto en Roma como en los demás lugares de Italia donde impuso su sello de grandeza el poderoso impulso de los Césares

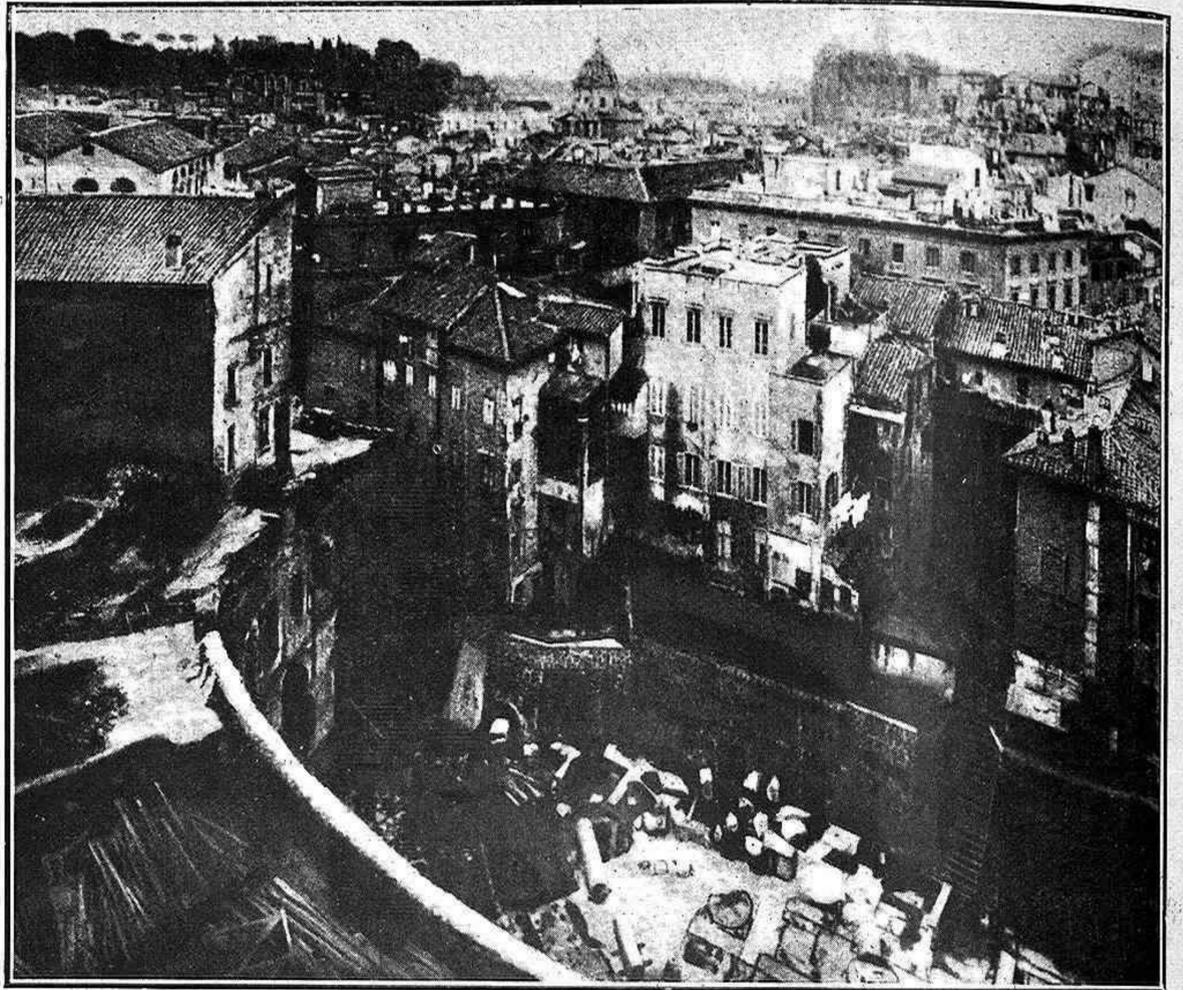
Gran parte de ese programa de exhumaciones históricas ha sido ya realizado en el antiguo puerto de Roma, la comercial ciudad de Ostia, ó está en vías de realizarse en Pompeya y Herculano.

Las exploraciones efectuadas en Ostia han dado tal fruto, que hoy puede ya admirarse, como en un gigantesco plano de mármol en relieve, la urbe magnífica de la desembocadura del Tíber, que en tiempos de los últimos emperadores llegó á contar hasta cien mil habitantes.

Grandes son las sorpresas que la piqueta va proporcionando día tras día á los arqueólogos en los mencionados trabajos; pero, sin duda, una de las mayores ha sido descubrir en el mismo corazón de Roma, al derribar los muros de un cuartel moderno, las formidables construcciones de la época de Trajano, según todas las probabilidades, que formaban el centro de la actividad comercial de la inmensa ciudad.

A decir verdad, el sector de Roma donde se hallan los foros imperiales posee tal abundancia de monumentos bien conservados, que no es de extrañar la preferencia mostrada desde muy antiguo por los investigadores de riquezas arqueológicas soterradas. Parecía que al presente nada quedaba por descubrir en el maravilloso Foro de Trajano, y, sin embargo, cuando menos se esperaba surge casi íntegro un valioso testimonio de las magnificencias imperiales.

La historia del nuevo hallazgo es la siguiente: hace cosa de un año se decretó el derribo de un ruinoso cuartel fascista construído sobre los restos de antiguo cenobio, edificado en el siglo XVI, y del cual se habían aprovechado algunas salas y galerías para dormitorios de tropa. Como se observase que bajo el revestimiento de los muros conventuales aparecía sólida obra de ladrillo romana, la atención de los arqueólogos hubo de dirigirse desde aquel momento hacia el



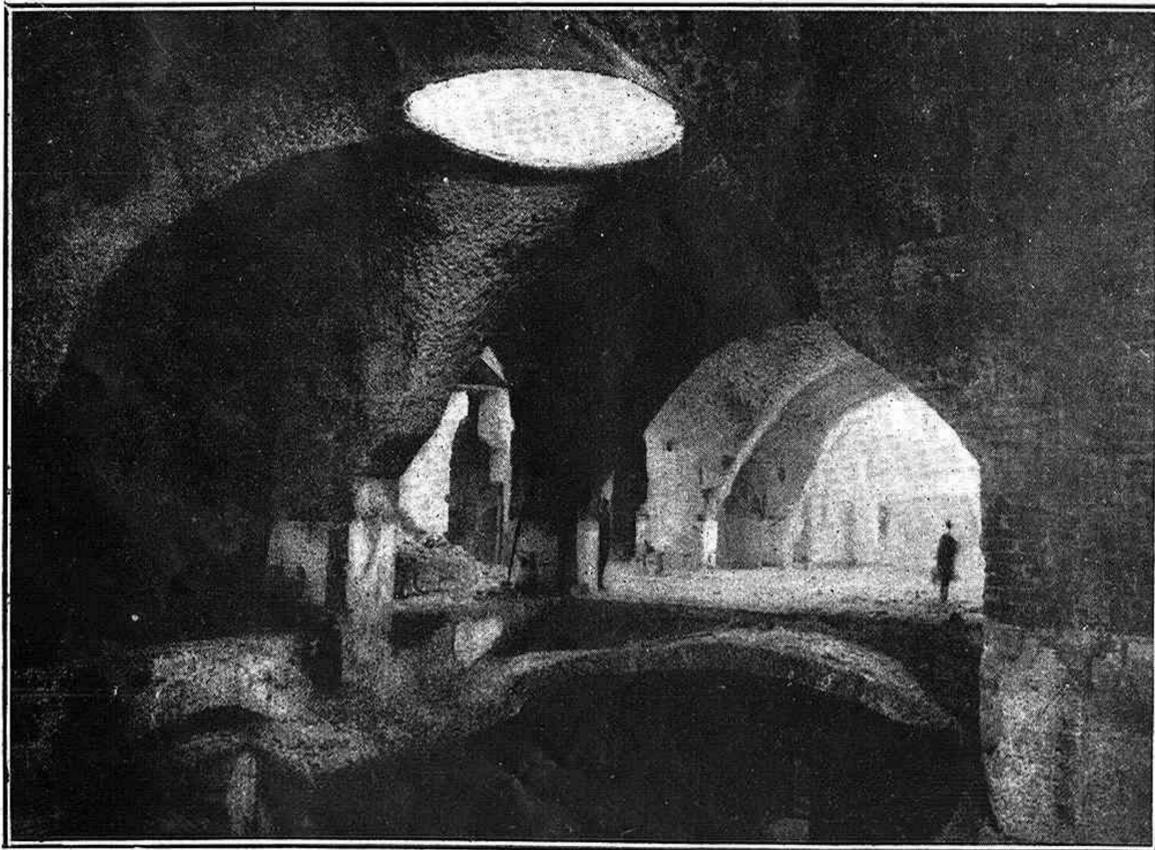
Vista del gran hemicíclio constituido por el mercado general de tiempos de Trajano, descubierto recientemente en el foro de este nombre

derribo de referencia. Y existían para ello razones de peso: primera y principal, la proximidad del edificio en demolición al Foro de Trajano, ya que se hallaba emplazado al este de la columna de dicho nombre, entre el Viminal y el Esquilino, ó sea en pleno barrio de Suburra, el foco de tantas revueltas históricas. Consecuente-

mente, dispuso el Gobierno que sin pérdida de tiempo se emprendiesen las excavaciones, encomendándose la dirección de ellas al eminente arqueólogo profesor Valerio Mariani.

Los trabajos han producido resultados aún más espléndidos de lo que se esperaba, en cuanto ha quedado visible acaso una de las más atractivas curiosidades del mundo antiguo. Se trata, en efecto, del hallazgo del *Ventre de Roma*, inmensa construcción que fué á la vez mercado cubierto, bolsa y banca, centro de contratación y cambio de monedas, y quizá lugar donde abundaban las tabernas y figones, cual lo prueba el gran número de ánforas y otros utensilios de dichas industrias que ha ido rindiendo la exploración. La serie de edificaciones que componían este centro comercial, y cuyo cuerpo central tiene varios pisos con una altura de cincuenta metros, está rematado por una soberbia cúpula que sostiene magníficos arcos.

En cuanto á la fecha de construcción, en un principio creían los directores de los trabajos que databan los edificios del tercer siglo antes de la Era Cristiana. Mas sobre que parece poco probable que semejante monumento fuese levantado en tiempos difíciles para la República romana, de una inscripción de la columna de Trajano se infiere que las obras de este mercado general se llevaron á cabo hacia el año 100 después de J. C., ó sea durante el reinado del glorioso emperador nacido en Itálica. Estímase en dos años el plazo que aún habrá de ser necesario para sacar á luz por completo los soberbios monumentos que componían el *Ventre de Roma*, y ante los cuales han empezado á destacar sus majestuosas líneas un arco de triunfo y el ábside de una basílica, que, una vez restaurado en su integridad, ofrecerá las nobles proporciones del que inmortalizó á Bramante en el Vaticano.



La soberbia cúpula del mercado cubierto que fué el principal centro de contratación comercial de Roma en la época de los Césares, á partir de Trajano

D. R.



Todas las manos  
buscan el delicioso  
**Jabón Heno de Pravia**

Su absoluta pureza, la suavidad de su espuma y la intensidad de su perfume inconfundible, le hacen el predilecto de la mujer cuidadosa.

Compre usted hoy una pastilla. Cuidándose el cutis, cuida usted su juventud.

Pastilla, 1,25 en toda España.

**PERFUMERÍA GAL. - MADRID**

Algunos de los productos más recomendados de la Perfumería Gal.



La PASTA DENS, crema jabonosa antiséptica, limpia los dientes suavemente y perfuma el aliento. Tubo, 2 pesetas Pequeño, 1,25.



El AGUA DE COLONIA AÑEJA se compone de alcohol neutro de 90° y esencias naturales. Frasco, 2,50.



El PETRÓLEO GAL suprime la caspa y contiene la caída del pelo, vigorizando la raíz. Frasco, 2,50.

# «LA ESFERA» EN PONTEVEDRA \* VILLAGARCIA

## HOTEL ENGRACIA BENIGNO SANMARTIN PONTEVEDRA

Completamente reformado. Cuartos de baño en todos los pisos, con agua caliente y fría. Habitaciones exteriores individuales y para familias. Espacioso salón comedor. Sala de billar. Esmerado servicio y cocina selecta. Precios especiales para turistas.

## LUIS G. REBOREDO ISLA

Agente general en España del Norddeutscher Lloyd Bremen  
VILLAGARCIA: Marina, 14 VIGO: García Olloqui, 2

La 3.ª clase de los barcos de esta Compañía reúnen las comodidades del pasaje de cámara de otros barcos. Hay salón de fumar, camarotes independientes, baños, etc.

Inmejorable primera clase en los "SIERRA"  
Magnífica clase 2.ª intermedia en {"WERRA"  
"WASSER"

## MANUEL RASILLA

Agente general en GALICIA

de los Automóviles "Studebaker"

Coches de 6 y 8 cilindros.—Treinta modelos de carrocerías

Calle González Garra VILLAGARCIA DE AROSA

CONSIGNACIONES SEGUROS MARITIMOS FLETAMENTOS  
AGENCIA MARITIMA

## González-Alegre-Hermanos VILLAGARCIA

Agentes de COMPANIA TRASMEDITERRANEA, BANCO VITALICIO DE ESPAÑA, COMPANIA TRASATLANTICA, LLOYD REAL BELGA, etc. Teléf. núm. 14.—Dirección telegráfica, telefónica y cable: ALEGRE-VILLAGARCIA

## HOTEL "LOIS" VILLAGARCIA DE AROSA

En pleno centro - Cerca del mar - Habitaciones confortables - Edificio moderno - Mozo a todos los trenes

PROPIETARIO: ERNESTO GOMEZ

## ADOLFO LLOVO

ALMACEN DE HARINAS, CEREALES Y COLONIALES VILLAGARCIA DE AROSA

Vilagarcía de Arosa (Pontevedra). El «Vilagarcía F. C.», que en la temporada última ha batido a los primeros y más potentes equipos de la región gallega

(Fot. Barral)



## Hijos de Simeón García y Compañía TEJIDOS Y BANCA

Sucursal Nuevo Mundo Gran establecimiento de novedades  
VILLAGARCIA DE AROSA

# CALDAS DE REYES (PONTEVEDRA)

## CAFÉ Y ULTRAMARINOS

DE DON VICTORIANO BLANCO RAMOS  
CALDAS DE REYES (PONTEVEDRA)

Establecimiento con magnífica terraza, inmediato al gran parque de la Villa, y que está dotado de todos los servicios de cualquier café de las grandes capitales.

## La Cooperativa de "LOS PREVISORES DEL PORVENIR" de J. L. CASAL FOJO

CAJA DE PENSIONES DE LOS PREVISORES DEL PORVENIR  
Contra seguros y Caja de Ahorros Representación del Banco Popular de Los Previsores del Porvenir  
Representación local: CALLE DE LA HERRERIA CALDAS DE REYES (Pontevedra)

## MAQUINAS DE ESCRIBIR



MERCEDES. Superior a todas en calidad y precio, completamente desmontable.

MAQUINAS DE OCASION, diferentes marcas.

UNDERWOODS. Ultimo modelo. Ventas al contado y a plazos hasta de 7 ptas. semanales.

AMOR Y AMOR  
Caldas de Reyes (Pontevedra)

## "LA ARGENTINA" Alfonso Goldar CALDAS DE REYES

ULTRAMARINOS — CAFES  
SULFATOS — PASTAS PARA  
SOPA — VINOS — LICORES  
CHAMPAN

## JOSÉ GIDÓN PÉREZ

Banca y Tejidos  
CALDAS DE REYES (Pontevedra)

Corresponsal en Caldas de Reyes:  
D. JOAQUIN PIÑEIRO

## GRAN HOTEL BALNEARIO DÁVILA Caldas de Reyes (Pontevedra)

Aguas cloruradas-sódicas, azoadas, muy radioactivas y termales con temperatura de 48°. Premiadas con medalla de plata y diploma en la Exposición Nacional de Madrid en 1885.

Eficacisimas en el reumatismo, sífilis, enfermedades de la piel y en los catarros de la matriz, laringe, bronquios e intestinales, contando con modernas instalaciones para hacer uso en baños generales, chorros, duchas vaginal y nasal, pulverización, estufa e inhalaciones instaladas directamente sobre la arqueta del manantial, con todo confort e higiene y cuyo número ha sido considerablemente aumentado para mayor comodidad de los señores agüistas.

El Hotel, de moderna construcción y de amplias e higiénicas habitaciones, dotadas de todo lo necesario con arreglo a las mayores exigencias, con extensa huerta a parque y jardín, donde se celebran variados festejos y numerosas verbenas; salones de fiestas y cine, esmeradísimo servicio de comedor a cargo de competntísimo personal, y cuanto es necesario para procurarse salud, bienestar y recreo. Cuenta además con pensiones reducidas desde nueve pesetas en adelante.

Para nuestros compatriotas de América, cuya salud se halle quebrantada, y para los que estando sanos deseen pasar una temporada en el paraíso Caldense, hallarán en este afamado Hotel Balneario las más exigentes comodidades y el confort de los mejores similares de Europa.

Empieza su temporada oficial el 1.º de Julio, hasta el 30 de Septiembre. Está situado al mismo pie de las Burgas y los enfermos tienen la garantía de su Médico-Director, Dr. D. Sócrates González.

## Fábrica de Muebles - MANUEL ABOY PEGO

Grandes talleres montados con las mejores máquinas para labrar maderas, las que le permiten el poder exportar a todas las regiones de España  
ESPECIALIDAD EN MUEBLES  
DE ESCRITORIO  
CALDAS DE REYES (Pontevedra)

Lea usted todos los viernes

# NUEVO MUNDO

50 cts. ejemplar en toda España

Lea usted todos los miércoles

# MUNDO GRAFICO

30 cts. ejemplar en toda España